

CAMINANDO POR EL LIMBO DE LA EXPERIENCIA
DESPUÉS DE LA GUERRA
...como un civil cualquiera

Claudia Juliana Morales Londoño

Asesor:

Dr. Jaime Pineda Muñoz

**CAMINANDO POR EL LIMBO DE LA EXPERIENCIA
DESPUÉS DE LA GUERRA
*...como un civil cualquiera***

Tesis de maestría

**Universidad de Manizales – CINDE
Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud
Maestría en Educación y Desarrollo Humano
Mayo de 2015**

EXCOMBATIENTE

*Y al pasar de los años
sigo aquí soñando,
caminando, cantando e imaginando
pensando en los días desperdiciados.*

*Con mis manos frágiles,
pensamientos inmaduros
he labrado mi camino
así terminaré mis días de seguro.*

*Aunque parte de la vida ya no me quiera,
y si escribiendo esto muriera
que lea esto quienquiera,
ya he muerto con todas mis penas.*

*Y si no cumpliera todas mis metas
agradecido con la vida que alguien me diera
he roto las cadenas
que alguien me pusiera.*

*No existirán limitaciones
cuando de vivir se sea,
ni encontrando la propia muerte
la lucha mi alma deja.*

*Acá en el Putumayo escribiendo versos y poemas
contando los días que me restan
ver pasar varias navidades quisiera.*

*Y si algún día yo guerrillero fuera
eso ya no me interesa
terminaré mis días finales
como un civil cualquiera.*

(Santiago L, 26 de diciembre de 2012)

AGRADECIMIENTOS...

Gracias inmensas a mi esposo Julio y a mi hija Marianita que vivieron conmigo, a mi lado, muy de cerca, esta experiencia de investigación desde el lugar del afecto, del respaldo, de la confianza en mí, que tantas veces se hizo huidiza en este camino. Gracias por los tiempos cedidos, por la paciente espera, por la escucha comprensiva, por el amor expresado.

Gracias a mis padres quienes no cesan de manifestar su compromiso conmigo, su amor y su apoyo incondicional.

Gracias infinitas a Dios por permitirme empezar, continuar y culminar este camino.

Gracias Jaime, gracias Rocío, por ayudarme, en los múltiples diálogos con ustedes, o en los ejercicios de indagación, de escritura y de lectura, a decir lo que aún no sabía decir, a escribir lo que aún no sabía escribir; a exponerme desde lo que soy y desde lo que me ha pasado en la experiencia de encuentro, de diálogo, de relación con jóvenes excombatientes, con los muchachos, con Camila, Sofía, Simón, Esperanza, Jorge, Linda, Patricia, Cindy, Juan, Antonio... con todos y cada uno de ellos, con sus nombres casi propios... a quienes debo no solo esta obra sino la esperanza de reconciliación en nuestro país.

A todos mis compañeros del CEDAT, infinito cariño y gratitud por ser interlocutores significativos y acompañantes permanentes en este caminar.

CAMINANDO POR EL LIMBO LA EXPERIENCIA DE JÓVENES EXCOMBATIENTES DESPUÉS DE LA GUERRA

PRESENTACIÓN.....	7
CAMINANDO POR EL LIMBO DE LA PROTECCIÓN	12
<i>Dejar la guerra.....</i>	13
<i>Sustituir la casa... ..</i>	22
<i>La vida en los tiempos del futuro, el aplazamiento de ser... ..</i>	31
<i>Elaborar los dolores y heridas del pasado, ¿posibilidad de experiencia?.....</i>	41
<i>De sujetos de la guerra a sujetos de la protección... ..</i>	46
CAMINANDO POR EL LIMBO DE SÍ MISMOS	47
<i>Se rompe la burbuja de la protección... ..</i>	48
<i>La libertad de poder construir la propia vida... ..</i>	57
<i>De sujetos de la protección a sujetos de la experiencia: Reconociéndose como otros</i>	62
CAMINANDO POR EL LIMBO DE LA LIBERTAD.....	66
<i>La vida en búsqueda de libertad... ..</i>	67
<i>Paradoja: de cara a la sociedad, nuevas prisiones</i>	71
CAMINANDO POR EL LIMBO DE LAS RELACIONES DESPUÉS DE LA GUERRA	79
<i>Después de la guerra ¿dónde queda el grupo armado?</i>	81
<i>Después de la guerra ¿dónde queda la familia?</i>	83
CAMINANDO POR EL LIMBO DEL VIVIR Y MORIR EN EL DECIR.....	90
<i>Narraciones después de la guerra... ..</i>	91
<i>Cuando la palabra se torna imposible.....</i>	93
<i>La experiencia se torna innombrable... ..</i>	98
CAMINANDO POR EL LIMBO DE LA PERTENENCIA	102
<i>Después de la guerra, experiencias en tránsito... ..</i>	103
<i>Tránsitos por el desprendimiento.....</i>	107
<i>Tránsitos por el extrañamiento... ..</i>	117
<i>Tránsitos hacia sujetos de la experiencia.....</i>	123

LA SALIDA: *CAMINANDO EN EL LIMBO DE LA EXPERIENCIA DESPUÉS DE LA GUERRA ...como un civil cualquiera* 127

BIBLIOGRAFÍA..... 131

PRESENTACIÓN

“... se trata de mantener siempre en la experiencia ese principio de receptividad, de apertura, de disponibilidad, ese principio de pasión, que es el que hace que, en la experiencia, lo que se descubre es la propia fragilidad, la propia vulnerabilidad, la propia ignorancia, la propia impotencia, lo que una y otra vez escapa a nuestro saber, a nuestro poder y a nuestra voluntad” (Larrosa, 2003a, 4).

Esta investigación nació de mi experiencia vital con jóvenes excombatientes¹ que participaron en el programa **HOGAR TUTOR** desarrollado por la Universidad de Caldas en convenio con el ICBF. Las certezas, los hallazgos, los balbuceos y las incertidumbres de este ejercicio de indagación y reflexión, se nutrieron de mi formación académica en el semillero de investigación “Niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado”, perteneciente al grupo de investigación CEDAT de la Universidad de Caldas; y del proceso de formación en el Taller de Línea Jóvenes, Culturas y Poderes de la MAESTRÍA EN EDUCACIÓN Y DESARROLLO HUMANO.

Esta investigación se preguntó por la *experiencia después de la guerra* que viven jóvenes excombatientes que pasaron por programas de protección del Estado siendo menores de edad y que ahora están por fuera de ellos. Sus narraciones configuraron los caminos en los que encontramos indicios de las nuevas guerras a

¹ Las narraciones que sirven de soporte en esta investigación corresponden a jóvenes excombatientes desvinculados de las estructuras guerrilleras. En esta investigación participaron de forma directa Simón, Sofía y Camila con quienes se reconstruyó sus historias de vida. Sin embargo, de esta también hacen parte las voces de muchos otros jóvenes excombatientes a través de conversaciones sostenidas con ellos en el marco de los proyectos del Centro de Estudios sobre conflicto, violencia y convivencia social -CEDAT y del semillero de investigación *Niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado*, de la Universidad de Caldas con los jóvenes excombatientes egresados de programas del ICBF, y como parte de mis relaciones cercanas con ellos... Aparecen también, las voces de Linda, Esperanza, Julián, Alberto, Patricia, Juan, Margarita, Joaquín y los recuerdos de otras voces de jóvenes también egresados de los programas de protección dentro de mi experiencia como trabajadora social en el marco del programa hogar tutor desarrollado por la Universidad de Caldas a través del CEDAT, entre diciembre de 2005 y diciembre de 2013.

Sus nombres fueron cambiados para preservar no sólo su identidad, sino también su integridad. Simón, 21 años, 3 años de haber egresado del ICBF; Camila, 25 años, 6 años de haber egresado del ICBF; Sofía, 24 años, 2 años de haber egresado del ICBF; Patricia, 25 años, 6 años de haber egresado del ICBF; Juan, 24 años, 5 años de haber egresado del ICBF; Margarita, 23 años, 1 año de haber egresado del ICBF; Esperanza, 22 años, 1 año de haber egresado del ICBF; Alberto, 22 años, 1 año de haber egresado del ICBF; Santiago L., (2007). Nacido para triunfar. Testimonio de un adolescente desvinculado de un grupo armado ilegal. Unicef – Universidad de Caldas.

- Para efectos de lectura, se denominarán de forma genérica “jóvenes” a las y los jóvenes o las y los niños excombatientes con el propósito de hacer ágil la lectura. Esto no implica desconocer las características, particularidades y diferencias de género entre niñas, niños y jóvenes.

las que se ven enfrentados al intentar entramarse en la vida civil. Al arribar al cierre de este escrito, esos jóvenes caminan por el *limbo* de estas experiencias.

Sus narraciones me revelaron la opción metodológica. A través de distintos encuentros y conversaciones con jóvenes excombatientes, egresados de estos programas, encontré en sus palabras el testimonio de sus vidas. Éstas se convirtieron en el manantial del cual brotaba el sentido de sus experiencias. Es por eso que las escrituras que se despliegan en este informe adquieren una dimensión vital y existencial que terminó por esculpir de otra manera mi modo de ser en el mundo.

En esta búsqueda encontré que a los jóvenes excombatientes, la guerra les permitió ser y, al salir de ella, les permitió reconocerla como experiencia. En este complejo escenario, los programas de protección del Estado limitan la autonomía y dificultan la manera como vuelven al ágora de la vida pública. En sus narraciones es evidente que estos programas hablaron por ellos, hicieron por ellos y terminaron por postergar el nacimiento de un nuevo ser después de la guerra. Egresados de los programas, los jóvenes excombatientes se encuentran con nuevas jerarquías, presidios, y lamentablemente, nuevas formas de la guerra, más silenciosas y en ocasiones invisibles para la sociedad.

Pese a ello el deseo de libertad, extraña paradoja de sus vidas en el presente, ideal que alimentaba las luchas de un pasado en armas, se transforma en la experiencia que los arroja al futuro y les permite reconstruir quienes son y quienes quieren ser.

Esta experiencia investigativa no sólo me permitió reconocer el limbo y la paradoja que atraviesa a los jóvenes excombatientes; también me atravesó en todo lo que compone mi existencia; atravesó mi vida familiar, mi vocación docente, mi condición de trabajadora social, mi forma de ver la vida, de comprender el presente y me aproximó mucho más a los jóvenes que han estado en la guerra.

Se trata de una investigación que me confrontó de principio a fin conmigo misma; fue una experiencia de pasión, de descubrir mis propias vulnerabilidades, fragilidades, temores; pero también de encontrar mis posibilidades, de construir mi camino y descubrir y encontrar mi propia voz, el arribo a un lugar de enunciación que me perteneciera.

Vaya camino este: nada fácil. Y como diría mi querido profe Jaime, un punto en el camino, no la llegada sino la posibilidad de partida a nuevos horizontes... desde el comienzo, mi profe veía el camino... él estaba seguro de mí, de mis aprendizajes, reconocía mi experiencia previa y mi experiencia actual; sin embargo, siento que me costó tiempo *darme cuenta* del sentido y del curso que esta investigación estaba llevando; espacios de escucha, de conversación con mi profe, con compañeros del CEDAT que trabajan alrededor del tema, conversaciones con los jóvenes, lecturas de textos, espacios de silencio y escritura, mis espacios de clase...

Eso fue muy importante y necesario. ¿Qué me pasó? Me transformé, encontré un sentido, comprendí cosas que antes no entendía alrededor de la investigación y de mí misma y en medio de mis resistencias, emergieron posibilidades de reconocer el camino, de reconocirme como investigadora y partícipe de éste.

En este escrito descubrí que no es posible comprender y reconciliarse con la historia de nuestro país a través de las vidas de estos jóvenes, si no existe la apertura y disposición a la escucha, si el encuentro no es genuino; si no se está dispuesto a la experiencia del *camino del reconocimiento*.

Inmensa gratitud a los jóvenes que con tanta sencillez, disposición y generosidad me permitieron entrar a una parte de sus vidas, sus sueños, sus temores y frustraciones; me enseñaron, en clave de la narración y de relación, el fondo de sus experiencias, la valentía en que asumieron y siguen asumiendo sus vidas, la capacidad de levantarse y aprender de las adversidades y el deseo por construir historias de vida con sentido por fuera de la guerra. Esto se dio no sólo en el marco de esta

investigación sino de forma paralela a los proyectos del semillero de investigación y al proyecto de memoria histórica del CEDAT pues colectivamente durante todo el 2014 compartimos, propusimos y desarrollamos otros encuentros y conexiones con los jóvenes excombatientes.

Después de escuchar, leer, releer, conversar, pensar, reflexionar, escribir, repensar, volver a escribir lo que en términos de experiencia ha pasado en la vida de jóvenes excombatientes, siento que estas palabras se quedan cortas para transmitir la sensación de lo que ha implicado para mí reconocer sus experiencias; quisiera que este texto tuviera vida, quisiera traer aquí sus voces audibles hablando de esto, quisiera tener imágenes de todo lo que esto representó y ha representado para sus vidas... El muro de Patricia, las palabras y los dibujos de Simón, la canción de Juan, los poemas de Santiago L... En esos lenguajes encontré lo indecible, lo que pervive al margen de estas páginas y que no se deja atrapar entre palabras escritas.

**CAMINANDO POR EL LIMBO DE LA
PROTECCIÓN**

Dejar la guerra...

Los jóvenes [desvinculados] dicen yo soy... [del grupo armado] eso se les queda como grabado... pero uno tiene que cambiar de mente (Simón).

Después de la salida del grupo armado, jóvenes excombatientes viven la experiencia de DEJAR LA GUERRA y de “re-encontrarse” con la vida civil, “cambiar de mente”. Para los excombatientes que se salen de los grupos armados siendo aún menores de edad, la nueva vida se enfrenta a un escenario específico: el de la protección del Estado, los espacios de la institucionalidad.

La experiencia de dejar la guerra, toma así unas formas particulares relacionadas con unas nuevas lógicas de vida, requisitos y actores que participan en el “reordenamiento” de las vidas excombatientes, poniendo límites y formas a lo que es y no es posible “en la vida civil”, “en esta sociedad” y “en la institución” para aquellos que siendo niños y jóvenes vivieron la guerra como combatientes en el campo y que ahora deben inscribirse en la ciudad como civiles, como ciudadanos. La experiencia que marca este recorrido, no sólo es la de dejar la guerra, es la de DEJAR aquello que ésta les dio: SER combatientes, dejar la investidura que los cubría, que daba sentido y que configuró sus vidas.

Jóvenes excombatientes ya no pueden ser eso que fueron en los grupos armados: “guerreros”. Ahora, en los programas de protección, tienen que dejar su pertenencia y cambiar sus revestimientos, las múltiples vinculaciones y significados que tienen con relación a la vida armada y al grupo. Tienen que *ser otros*, distintos de los que eran; ya la guerra no puede ser la experiencia que construye sus vidas, ni el ser guerrero su forma de vivir la vida; el respaldo ya no es el grupo, ni el arma; ya el Estado no es el enemigo, supone ser el protector.

¿Cómo sobreviven a tantas contradicciones e imposiciones? ¿Cómo aparecen nuevas versiones de la vida cotidiana? ¿Cómo se resisten a la institucionalidad y a la sociedad que se imponen queriendo delinear el sentido de sus experiencias después de la guerra y asignando un nuevo rumbo?

La experiencia de jóvenes excombatientes está llena de tensiones. En el horizonte de la institucionalización, sus vivencias se ven controladas por una serie de mecanismos que les reasignan una posición en un entramado de relaciones de poder, si bien distintas a las de la guerra, éstas reproducen un estatuto de heteronomía sobre su voluntad (estados de subordinación); al mismo tiempo, los jóvenes excombatientes van encontrando un estatuto de autonomía en el cuerpo. La tensión más significativa en este horizonte, aparece entre los modos como se replican los estados marciales del alma en la vida civil y las maneras como se intenta escapar a las anestias que lentamente esculpió la crueldad de la guerra.

Aparecen el dolor y las heridas, la culpa y la vergüenza, el odio y el rencor; se actualizan los temores y en respuesta a ello, posiblemente emergen opciones para reconstruir las historias de vida y los vínculos con su pasado; reconstrucción como evocación, reconstrucción como imaginación y reconstrucción como interpelación de las experiencias previas, hasta distanciarse y *darse cuenta* de la guerra como una vivencia.

En los horizontes de institucionalización, las vivencias son contenidas a través de mecanismos de olvido, de control y disciplinamiento de los jóvenes que se ven impedidos para reconocer la experiencia de la guerra; y al mismo tiempo estos mecanismos intentan brindar oportunidades para elaborar su experiencia de vida a través de unas prácticas de atención y regulación de sus recuerdos.

Los programas de protección atraviesan las vidas de jóvenes excombatientes, pero ¿emergen de ellos los signos que convierten la guerra en una experiencia? ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad para elaborar las vivencias en la guerra y para

hacer del *presente excombatiente* una experiencia tenida en cuenta en los programas de protección? ¿Podemos pensar en una protección que no intente elaborar la experiencia de los jóvenes, que no intente reemplazarlos en la construcción de sus propios sentidos? “*No podemos elaborar nuestras experiencias porque vivimos nuestra vida como si no fuera nuestra, porque no podemos entender lo que nos pasa*” (Larrosa, 2009b, p.58); no podemos elaborar *nuestras experiencias* (la de jóvenes excombatientes) porque otros deciden vivir *nuestras vidas*, porque otros, bajo el sofisma de la protección ordenan y direccionan lo que será una nueva vida. Ese otro que pretende entender lo que *nos pasa*, adquiere la forma institucional del ICBF, un lugar de enunciación jurídico, político y asistencialista que declara *sujeto de protección y víctima* a todo aquel al que le sustrae la posibilidad de elaborar su propia experiencia.

La “protección” se convierte en “reducción”, en negación, en acallamiento, en dependencia, en subordinación de la narración de sí mismo. ¿Puede un sujeto de la protección disponer de sus propias palabras para donar de sentido el flujo de sus vivencias? ¿Por qué toda protección es una sustracción de la autonomía y un detonante de la heteronomía?

A *contrario sensu* de la experiencia de reconocimiento obtenida en el grupo armado, los jóvenes excombatientes que pasan por los programas del ICBF, se encuentran en situación de desconocimiento.

En el grupo armado los jóvenes se encuentran en relaciones de sujeción: sujetos a la comandancia, sujetos a la jerarquía del grupo, sujetos a las lógicas de la guerra; así, frente a la población civil, la superioridad la expresan a través del poder de las armas; situación que se desdibuja en la experiencia de dejar el grupo. De un momento a otro, estas relaciones de sujeción se transforman en relaciones de vulnerabilidad. Nuevas sujeciones aparecen, desprovistas de armas, pero inscritas en renovadas jerarquías.

En las nuevas relaciones de poder la institucionalidad actúa sobre los jóvenes, al transformar sus maneras de actuar como combatientes en modos de vivir como niños/adolescentes; un tránsito de victimarios a víctimas donde la sujeción guerrera se convierte en sujeción institucional, centrada en mecanismos de protección y control.

El estatus de los jóvenes excombatientes adquiere importancia porque transitan a un lugar social de víctimas a quienes proteger, a quienes restablecer sus derechos, a quienes atender. Sin embargo, no dejan de ser sujetos excombatientes a quienes vigilar, controlar y reintegrar. Dentro de las nuevas tácticas de vida, estos jóvenes exploran otras formas de resistencia que buscan evadir los mecanismos institucionales. En esta tensión, la desconfianza es una forma de protegerse de las nuevas imposiciones que buscan definir el camino a seguir y los valores que lo constituyen. En sus narraciones se revela cómo la experiencia vivida por ellos no coincide con las prácticas institucionales y los ideales que ellas buscan inscribir.

Eso es muy duro [cambiar la mentalidad del grupo] porque, por ejemplo, para mí fue duro y aun estando en hogar tutor [después de pasar por el proceso en instituciones cerradas] era duro... (hhmm) porque toda mi niñez en un grupo a venir a salir a la vida social, donde uno juemadre: si yo hablo me van a tachar por haber pertenecido a un grupo armado, por... quizá dirán que yo maté a alguien, si de pronto lo hice o no lo hice pues ¡no! hmm... si ve... entonces son como cosas así que uno como que ¡ay no!, prefiero quedarme en el grupo porque allá nadie me tacha en cambio en la sociedad sí. (Camila)

“En el programa lo creen a uno niño, en el grupo nos tratan como adultos”.

En esa nueva condición de “niños, niñas y adolescentes” bajo la protección del Estado, se sienten estigmatizados y victimizados. Una de las implicaciones de ser considerados como víctimas pasivas, como niños inocentes e inmaduros es el desconocimiento y la invalidez de los significados que la guerra tuvo para ellos, de las búsquedas que emprendieron y que quieren seguir emprendiendo en términos de reconocimiento.

Lo que se impone es el nivel de la sociedad dominante, el nivel de la sociedad que se atribuye el derecho a señalarles que están equivocados, a no acompañarlos en la búsqueda del propio camino, sino a decirles cuál es. Es evidente que desde esta perspectiva, los discursos, lenguajes y prácticas de la vida institucional, se distancian de los lenguajes de la experiencia; de la misma manera los relatos, las narraciones, las poéticas, las expresiones corporales, toman distancia de los ideales institucionales. En esta lógica, la experiencia de dejar la guerra, en el marco de la institucionalidad y los ordenamientos de la “nueva sociedad”, se va convirtiendo, para los jóvenes excombatientes, en la experiencia de dejar de ser lo que eran en la guerra.

En síntesis, ¿Cómo garantizar la construcción de la identidad de los jóvenes excombatientes y la emergencia de una subjetividad no guerrera articulada a la vida civil, si los lenguajes institucionales y vivenciales permanecen separados por un abismo y separados por múltiples contradicciones?

Camila lo nombra en su relato:

Apenas llegamos nosotros, hablo por mí, apenas yo llegué al CAE, la trabajadora social, el psicólogo y la directora del ICBF nos dijeron: “ustedes ya no pertenece a un grupo, ustedes pertenecen a una vida social, a eso es lo que tienen que apuntarle ahorita, ya dejen su pensamiento ideológico... todo, todo lo que traían y métanse más bien en esto” y ya... entonces como que siempre nos llevaban era por eso, por tratar de olvidar eso y seguir el presente y ya... (Camila)

Las lógicas sociales incorporadas, en vinculación con las lógicas institucionales, actualizan prácticas discursivas que tienden a asumir la experiencia de la guerra de jóvenes excombatientes desde la negación, el olvido, el borrón y cuenta nueva; las formas institucionales de la bienvenida a la “vida civil” buscan agenciar lo imposible, decretar abandonos, renunciaciones, desprendimientos: “dejar el pasado atrás”, “echarle tierra”, “ustedes ya no son...”, “tienen que cambiar de mentalidad”... Gesto imposible porque el hombre es ante todo la persistencia de la

memoria como afirmación de la identidad; imposible porque el hombre sólo cuenta con su pasado para saber quién es y esperar algo de sí.

Una nueva paradoja se abre en este instante: para ser incluidos, jóvenes excombatientes deben negarse como pasado, silenciarse como experiencia de vida y olvidarse de sí. Negar la palabra sobre sí y sobre su pasado, limita el proceso de significación de la experiencia de guerra en el presente y lo que será el futuro. ¿Una estrategia de inclusión sin evocación a qué tipo de identidad puede responder?

Cuando el único sentido que se le atribuye a la palabra, está implicado en el ámbito del lenguaje jurídico, el joven excombatiente queda atrapado en un estado de orfandad existencial pues sólo en el reconocimiento de su palabra vital subyace el sentido de una nueva experiencia en la vida con otros. El único horizonte posible es el silencio.

En este horizonte se perpetúan formas de violencia hacia estos jóvenes y la inclusión se transforma en exclusión; el reconocimiento en desconocimiento y lo más absurdo de la guerra vivida se traslada como absurdo a la institucionalidad padecida.

En el silencio y en el olvido, en el dejar de ser, en el perderse de sí, en la comparecencia ante lo innombrable y ante lo inaudito, los jóvenes excombatientes regresan a una vida civil sin palabras. Como si se tratara de una réplica de *El narrador* de Benjamin:

Con la Guerra Mundial comenzó a hacerse evidente un proceso que aún no se ha detenido. ¿No se notó acaso que la gente volvía enmudecida del campo de batalla? En lugar de retornar más ricos en experiencias comunicables, volvían empobrecidos (1991:112)

Paradójicamente, en la vida de jóvenes excombatientes, el enmudecimiento se prolonga. En los programas de protección, el olvido y la negación del pasado, tornan la experiencia innombrable; se niega no sólo lo que dejaron en el grupo, lo

que no pudo ser, sino que también se niega lo que fueron, lo que son, la posibilidad de elaborar y darle un sentido al pasado guerrero para un presente en la vida civil.

El olvido hace imposible elaborar la experiencia previa. La elaboración de las experiencias demanda presencia, evocación, memoria. Para que la experiencia pasada adquiriera un significado en la vida de los excombatientes, es necesario tejer un puente con la reflexión e identificar otros lugares desde los cuales se pueda orientar la mirada como un gesto retrospectivo que funda el carácter en el presente. Sin embargo, no es esto lo que se logra bajo la tutela del Estado.

En una de las conversaciones con Simón, decía sobre el olvido y el dejar de ser:

(...) es que los muchachos –refiriéndose a los compañeros desvinculados- cuando llegan a la institución, hablan como si todavía fueran... y entonces el padre les decía, ‘pero es que ustedes ya no son, ustedes fueron’; es que a uno le toca aprender que ya no es (Simón).

Ese aprender que ya no se es, es llevado por las voces externas. La imposición de lo que no se debe ser, de lo que deben dejar, de lo que tienen que ser y hacer ahora, es la impronta institucional (esto se vive sobre todo en las primeras etapas de los programas del ICBF, en modalidades institucionales; aunque persiste desde otros lugares del control y con otros actores en las modalidades socio-familiares).

Las imágenes de lo que ya pueden o no pueden ser van imponiéndose a través de las exigencias, los ordenamientos y las nuevas imposiciones que se tienen para sus vidas. Aquí lo que se construye y parecieran configurarse son imposibilidades de experiencia.

...pero es mejor hogar tutor, porque un CAE o casa juvenil, eso es brutal usted a toda hora está encerrado, por ejemplo en B... era una reja, no nos dejaban ni asomar a la ventana, todo el día que cosas pedagógicas, que estudiando y uno no tenía tiempo de respirar y si lo dejaban salir a la calle, que como con un policía o un trabajador social detrás de uno, no que pena, en cambio acá uno tiene más libertades porque somos en la casa y es totalmente diferente, pero es que en un CAE uhh no. (Camila)

¿Cómo es posible darle lugar a la experiencia en estas limitadas formas de vida? Estas imposiciones pretenden producir a jóvenes excombatientes como sujetos institucionalizados y normalizados. Si no pueden ser guerreros, entonces ¿qué pueden ser? La institucionalidad parece tener la respuesta: “niños y adolescentes”, “estudiantes”, “sujetos de derechos”, “hijos”, “ciudadanos”; jóvenes excombatientes que habitan y acontecen en la extrañeza y la enajenación de espacio-tiempos de vida nunca antes visitados, ni explorados por ellos.

El programa persiste en hacerse cargo de sus vidas; de esta forma la experiencia de dejar de ser guerreros, se convierte en un modo de parecer o aparecer desde las espacio-temporalidades ya mencionadas. En el fondo, se trata de una *experiencia en el limbo de la pertenencia*; no se es combatiente, no se es civil, no se es victimario, no se es víctima; no se es alguien; paradójicamente, después de la guerra se es nadie.

Crear que la des-vinculación de niños y jóvenes de los grupos armados, se logra sólo con la separación física, es una ilusión; la guerra pasa y atraviesa sus devenires, marca y deja huellas; la guerra es la Experiencia que divide sus vidas en un *antes* y un *después*. Para conquistar un nuevo sentido capaz de nombrar el flujo de vivencias, tendrían que ser posibles las palabras brotando de las experiencias; pero a lo que asistimos es a palabras imposibles brotando desde el olvido, la negación y la estigmatización.

Quizá el desafío más importante al que se enfrentan los jóvenes excombatientes, está atravesado por esta imposibilidad; dado que reflexionar en torno a la experiencia de la guerra implica volver sobre ella, reconocer sus palabras, visitar su pasado. En las lógicas del control, en los limbos de la pertenencia, en las circunstancias de la protección, nada de esto puede surgir.

En síntesis, las lógicas institucionales, antes de convertirse en una posibilidad para comprender la experiencia de dejar la guerra, se convierten en un obstáculo ante el

cual se torna imposible reconstruir la condición humana de los jóvenes excombatientes.

Lo que intenta constituirse en una experiencia de paso a la vida civil para los jóvenes excombatientes en el marco de la vida institucional, ha sido más una experiencia elaborada por otros a través de los dispositivos del control que termina por reproducirse en transitoriedades que desdibujan la posibilidad de ser otros, existir de otra manera, habitar más allá de la guerra bajo la impronta de una identidad reconocida por otros.

Sustituir la casa...

Cuando me capturaron, tenía 14 años... iba a cumplir 15... En ese entonces me procesaron y en ese entonces la ruta de reintegración no era clara y sobre todo si era menor... Me llevaron a una correccional, no me dejaron ver a mi familia ni que supieran hasta que me llevaron para audiencia... allí definieron que quedaba en libertad bajo custodia del ICBF y ahí inició la ruta realmente. Llegué a hogar sustituto en N..., porque no sabían para donde me iban a echar... estuve como un mes... Luego me llevaron para el hogar transitorio en C..., como 6 meses... Luego en el CAE estuve un tiempo... Me iban a mandar para Casa Juvenil pero yo todavía estaba muy pequeño... No me quería ir del CAE porque había estudiado mecánica de motos, estaba ubicado, tuve trabajo, había estudiado... hasta que me llevaron a hogar tutor. Me habían dicho que venía para una casa con familia entonces se pintaba chévere... pero estaba muy asustado porque me dieron unos papel para la coordinadora de Hogar Tutor entonces yo pensé que otra vez me iban a encerrar (Joaquín).²

La vida de los jóvenes excombatientes está marcada por la transitoriedad: entre múltiples contextos de origen; de la familia al grupo armado, del grupo armado a los programas del ICBF, de los programas al anonimato y del anonimato al olvido.

Al ***dejar la guerra***, se reproducen otras transitoriedades. Al interior del ICBF se disponen espacios que profundizan esta lógica de inestabilidad y permanente tránsito: del hogar sustituto o la correccional³, al Hogar transitorio⁴; de éste al CAE; luego a la Casa Juvenil y posiblemente al Hogar tutor; allí, de familia en familia⁵.

² El programa del ICBF para la atención especializada de niños, niñas y jóvenes -NNJ desvinculados del conflicto armado, está diseñado por etapas (ICBF, 2010). Éste pretende atender y preparar a niñas, niños y jóvenes para la inserción social y productiva y vivir autónomamente.

³ Los jóvenes que se desvincularon en los primeros años de funcionamiento del programa, pasaron por correccionales para menores infractores en tanto no era conocida ni suficientemente claro el manejo y las rutas de atención para ellos (aprox. entre 1999 y 2005).

⁴ El hogar transitorio “Es una modalidad de atención institucional, que da cumplimiento a la primera etapa de atención del Programa Especializado para Niños, Niñas y Adolescentes Desvinculados de los Grupos Armados Organizados al Margen de la Ley. El Hogar Transitorio es el lugar de llegada, acogida, estabilización emocional y de construcción de confianza entre el adolescente y el programa. Población titular de atención: Adolescentes

En los escenarios que enmarcan esta transitoriedad, se configura un tipo de experiencia en la que se manifiesta la tensión entre los deseos de jóvenes excombatientes y las decisiones de operadores estatales. Quien decide lo que “es mejor”, “lo que conviene” y “lo que se necesita” no reconoce la voz de los jóvenes. El Estado se convierte en el único lugar de enunciación: “garantiza derechos”, “condiciones materiales de existencia” y “proyectos de vida”. Jóvenes excombatientes, se encuentran atrapados en un régimen de protección que anula su ilusión de *ser otros*.

Para mantenerse en este régimen de protección, los jóvenes aluden motivos similares a los que los llevaron a la guerra. Se someten y se adaptan a cambio de lo que parece ser la mejor opción de sostenimiento económico y personal en el nuevo contexto de la vida civil que poco a poco va abriendo camino hacia una libertad progresiva, contraria a la experiencia de “cautiverio” vivida en el grupo armado⁶.

Paradójicamente, en el umbral de la vida civil, los jóvenes excombatientes se ven inmersos en escenarios de encierro. Se trata de una continuidad del cautiverio. La vida civil se empieza a parecer a la vida guerrera. Simón encuentra en este encierro lo más difícil:

En ese tiempo –después de salir del grupo–, lo más difícil era, es estar encerrado, un poco encerradito es lo que uno necesita. (Simón)

mayores de 13 y menores de 18 años de edad que se hayan desvinculado de grupos armados organizados al margen de la ley, por recuperación o entrega voluntaria” (ICBF, 2010, p.22).

⁵ El ICBF (2010), en los lineamientos del “Programa de Atención Especializada para niños, niñas y adolescentes que se han desvinculado de los grupos armados organizados al margen de la ley” plantea unas modalidades de atención a través de las cuales, los jóvenes excombatientes que ingresan al programa pueden ser atendidos para desarrollar el proceso de restablecimiento de derechos que “entraña la restauración de la dignidad e integridad como sujetos” (p.21). Para ello plantea las siguientes modalidades de atención: Hogar transitorio, Hogar gestor, Hogar tutor, Centro de Atención Especializada –CAE- y Casa juvenil. “A cada modalidad le corresponde el cumplimiento de La Ruta de Atención del Restablecimiento de Derechos y el Modelo de Atención. Este programa dar cumplimiento igualmente al Lineamiento de atención especializada de esta población” (p.21). Para ampliar la información sobre la Ruta de atención del ICBF puede seguir este enlace: <http://www.icbf.gov.co/portal/page/portal/PortalICBF/NormatividadC/Transparencia/NormativaSUIT/Resolucion/AnexoRes5929RutayModelodeAtencionDefinitivo.pdf>

⁶ Esta progresividad en la libertad se da a través del tránsito entre modalidades institucionales (de más cerradas a más abiertas) y de éstas a modalidades sociofamiliares a través del acogimiento en familias voluntarias que acompañan a niños y jóvenes mientras se encuentran en el programa.

Sometidos a diferentes situaciones de encierro en el tránsito hacia la vida civil (en correccionales, centros de emergencia, hogares transitorios), los jóvenes reconocen esta etapa como una de las “más duras” de todo el régimen de protección. El encierro contrasta con la promesa de una libertad progresiva.

Esta fase dura generalmente de 1 a 3 meses y es en la que viven con mayor contradicción e intensidad la experiencia de DEJAR LA GUERRA. Los jóvenes advierten la tensión que procura enfrentarse cara a cara con el enemigo. Ahora se está protegido por aquella figura que intentaba derrocar: El Estado. Este es el tiempo en el que empieza a sentirse la pérdida: los compañeros, el arma, la protección del grupo, la ilusión de poder; este es el tiempo de lo irreparable: una vida sin pasado, un presente sin voz, un futuro sin opciones; este es el tiempo de lo irrenunciable: la esperanza de volver a casa, abrazar la patria de los afectos, retornar al lecho, la añoranza por lo vivido, los “baños calientes”; este es el tiempo de una paradoja: entre la añoranza y la circunstancia; en esta etapa se empieza a reconocer que la guerra es la marca imborrable, la huella indeleble en la vida de estos jóvenes.

En este tiempo yo me soñaba todos los días con el grupo... soñaba que iban a rescatarme, que yo me volaba, que volvían por mí...Lo más duro, cuando recién salí del grupo fue estar encerrada. Yo salí porque el Gaula me cogió y me encerraron en C... [una correccional] ¡ese encierro fue lo más duro!... y dejar esa costumbre del grupo armado fue muy duro para mí... A veces yo salía del cuarto y cuando ya estaba afuera me devolvía toda asustada y buscaba y buscaba en mi cama y cuando caía en cuenta estaba buscando el arma y me daba cuenta que ya no estaba allá en el grupo.”
(Patricia)

La experiencia se torna extraña. La vida civil no adviene con la libertad. Los primeros días del régimen de protección se viven bajo el signo de la crisis; son situaciones en lenguajes desconocidos y dinámicas ajenas. Lo común es el encierro. Se viven momentos de espera por un rescate, deseos de retorno al entorno “seguro” y conocido del grupo armado; se empieza a sentir el peso de la muerte, del combate; la tensión por la convivencia con los antiguos enemigos se hace evidente y

la imposibilidad de seguir siendo combatiente adquiere la fuerza de una dura realidad.

El restablecimiento de derechos no es visible, ni diáfano, ni tangible para los jóvenes. El Estado se torna desilusión y desencanto; las promesas incumplidas desvanecen la voz del Leviatán en el vacío jurídico y en el abismo institucional. El encuentro se torna desencuentro, y el recuerdo de Sandra parece evidenciar esta amargura. Sandra cuenta que se desmovilizó por efecto de la publicidad que hablaba del retorno a la familia: *“guerrillero tu familia te espera”*. Allí se encarna su mayor desilusión. Cuando se desmovilizó no pudo retornar a su familia y permaneció varios años bajo la tutela del Estado. Camila evoca una experiencia similar, las promesas incumplidas desatan su ira:

Cuando lo capturan a uno, le prometen el cielo y la tierra y al final no cumplen nada entonces eso es lo que más le da a uno ira, entonces si es el Estado que le dice a uno: si usted me entrega tal cosa, le damos tanta plata, pero sale uno y nunca ve nada, entonces es uno bueno, si esto es el Estado que se supone que está prometiendo que va a esperar uno más adelante. (Camila)

La desilusión, la ira, la ausencia de libertad, configuran el limbo de la protección. En el fondo de este régimen, la experiencia de la *desvinculación física* del grupo armado contrasta con la continuidad y la permanencia de una *vinculación simbólica* y emocional de la que no es fácil desprenderse. En la esfera pública se deviene excombatiente; en el mundo onírico se sigue siendo un guerrero.

Cansancio, incomodidad, angustia, evasión, retorno a la guerra, deseos suicidas, son sentimientos que habitan en los jóvenes excombatientes. Incluso para quienes su mayor anhelo era la desmovilización y el grupo armado no se había constituido en un referente de identidad, la experiencia de encierro, la convivencia con otros jóvenes, cuyas marcas guerreras eran más profundas, la interacción con los educadores, desatan estos mismos sentimientos:

Creo que lo más difícil fue compartir con compañeros que... que no eran del mismo grupo, porque allá [en el hogar transitorio], usted siempre ve que los farianos están en un lado, que los elenos en otro y los paramilitares en el otro. Entonces eso es lo más difícil, tener que compartir con los paramilitares sabiendo que había personas que yo distinguía del grupo y que estaban ahí mismo, eso fue como lo más maluco... (Camila)

Empezar a convivir, relacionarse y aceptar a quienes pertenecieron a otros grupos armados y enfrentar las tensiones de la lógica guerrera que se reproducen en el marco institucional, representa uno de los retos y “tareas” de mayor impacto para los jóvenes. La paradoja reside en que los hogares transitorios parecen disponer de lógicas similares a las vividas en la guerra: obediencia, disciplina, ordenamiento y control.

Allá [en el hogar transitorio], lo levantan temprano a uno como a las 5... y allá todo es estricto, la comida a tal hora, es como en un régimen, entonces uno como que se cierra... muy horrible. (Esperanza)

(...) lo más maluco, tener que obedecerle a los psicólogos, a los trabajadores sociales y a los profesores, que teníamos que hacer lo que ellos mandaran... y el encierro porque durábamos mucho tiempo encerrados, llegando de primero después del grupo, durábamos dos, tres meses encerrados, que no lo dejan salir solo a uno a la calle, entonces duro. (...) Era diferente en el grupo. Pues si allá nos tocaba obedecer: a mí me decían usted se va con fulano, y usted está al mando de fulano pero ya; yo sabía lo que me tocaba hacer y ya, tenía que responder por lo que a mí me tocaba y ya, y eso era todo, en cambio en la institución no, estaban pendientes de que usted tenía que hacer las cosas como lo mandaran y ya, era lo que dijera el educador y ya. (Camila)

El encierro y la intervención continua de los profesionales sobre las vidas de los jóvenes, impiden reconocer la dimensión negativa de la experiencia de la guerra; ya no se *obedece* a un comandante pero se *obedece* a un *educador*; se trata, paradójicamente, de una reproducción de las lógicas de la vida armada.

Por otro lado, la fuerza del encierro, cuando imposibilita reconocer, recordar o abrir una compuerta reflexiva al pasado, retiene o contiene lo que la experiencia previa deja como pérdida. En la etapa del encierro, el buen comportamiento, la conducta

adecuada, el cumplimiento de las expectativas de otros, no son suficientes para empezar a elaborar la experiencia de guerra, son insuficientes para dejarla atrás:

Uno allá [en el hogar transitorio], era pues el psicólogo no más allá... yo cuando llegue allá como no daban salida, oportunidades... no dejaban salir entonces por eso cuando yo llegué a hogar tutor fue que ya me sentí como ya para despejar pues la mente y sacar la mente a pensar un poquito... entonces ya había más tiempo, porque la mente mía estaba como era, como encerrada, sí me entiende, allá [en el hogar transitorio]. Y eso fue lo que me mató a mí, haber llegado yo al hogar tutor y hacer cosas que no debía. O sea, pues yo ya me acostumbraba a estar encerrado allá, si me entiende, entonces yo salir a una parte como a sacar la mente un rato al aire, fue lo que a mí pues me acababa... ¿si me entiende?, y yo pues mantenía allá como encerrado y estar encerrado significa que yo no tenía oportunidades de salir a la calle, en cambio yo en hogar tutor, pues hacía mis cosas, yo sí salía pero hacía cosas que yo... ya quería por mi propia cuenta... son cosas que uno no puede tomar así... Yo, pues, me comportaba muy mal... de una manera extraña como si fuera, como si me dieran crisis de, de rabia y que todo lo que miraba lo quería como destruir y gritaba mucho. Cuando me acordaba del grupo armado me daban esa crisis, eso es. (Simón)

Simón reflexiona sobre lo que significó esta etapa del encierro, contrastando el cambio que vivió cuando fue remitido a una de las siguientes etapas del proceso, no en modalidad institucional CAE (como sucede a una gran mayoría de jóvenes) sino en la modalidad sociofamiliar. Simón fue remitido a un Hogar Tutor y la sorpresa fue encontrarse con una mayor libertad, con un proceso más individualizado, con tiempos y espacios para “despejar la mente”. Bajo estas circunstancias, vinieron los recuerdos, dolores y contradicciones que lo arrojaron a un nuevo encierro.

Para muchos jóvenes, el encierro tiene un doble carácter: es físico y psíquico; el encierro es de la mente, de los recuerdos, de los sueños, de los deseos, de los sentimientos, de las heridas; encerrarse para no pensar, para no sentir, para no recordar, para que todo lo que estuvo anestesiado por el impacto de la guerra no duela tanto. En los jóvenes excombatientes el dolor no duerme con los recuerdos.

Esta fase del proceso de atención es contradictoria y una de las más complejas en la experiencia de dejar la guerra y de dejar de ser guerreros. Una vez los jóvenes

excombatientes logran asimilar o reconocer qué es lo que les está pasando y nombran la guerra como experiencia, se enfrentan a la paradoja del régimen de protección. La posición de combatiente se desplaza hacia otro campo de experiencias: nacer para la vida civil sin poder ser-otro. Los choques, los cuestionamientos, las rupturas van marcando los nuevos lenguajes de la vida “civil” que comienzan a vivir.

La vida institucional podría verse como un primer tránsito hacia la vida civil; sin embargo, esta no es una experiencia que, en este momento, deseen vivir los jóvenes que se han desvinculado, en tanto esa “libertad” y esa “nueva vida” con la salida de la guerra, no es lo que esperaron, tal vez nunca la imaginaron y trae un poco más de lo mismo: obediencia, sumisión, privación de las libertades.

En el limbo de la protección, la experiencia de dejar la guerra *les llega* a los jóvenes; *les llega* y la reciben con toda su carga de interpelación sobre lo que fueron y frente a lo que se les exige ser. Para muchos dejar la guerra fue una opción, para otros no; sin embargo, en ambos casos, la opción de vida civil que se presenta en estos primeros marcos de vida institucional no fue una elección, ésta se impuso por la fuerza de la salida. Dejar la guerra en regímenes de protección, parece ser algo lejano y que requiere tiempos y espacios para la experiencia.

Las respuestas a estas lógicas de imposición en los centros de encierro van desde la rebeldía, la sumisión y el silencio, hasta el hecho de mostrarse fuertes e indestructibles. Los jóvenes se defienden ante lo que perciben como una amenaza: el régimen de protección amenaza la posibilidad de ser-otro y construir otra experiencia de vida. Sin embargo, hay momentos en los que el paso a la vida civil logra ser más consciente y asumirse como una decisión de vida:

Personas que para mí han sido importantes: Un soldado cuando me cogieron, me dijo muchas cosas: me dijo a partir de aquí su vida va a cambiar y eso después lo recordaba y me marcó. Lo mismo que en C... [cuando estaba en el Hogar transitorio] el profesor... un docente pedagogo me dijo: “usted tiene cara de que se quiere volar, dese una

oportunidad de 8 días, de conocer el programa o sino yo le ayudo a salir. Después de ese momento yo mire bien las cosas, conocí lo que él me proponía y decidí quedarme. Entonces él me dijo: “bienvenido, yo sé que usted tenía mucho potencial” (Juan).

En este marco es difícil que lo que intenta constituirse como una nueva experiencia, traspase del todo la vida. Los jóvenes se resisten a ella, a tener que dejar la experiencia previa, permanecen anclados a ella. En esta etapa de la vida institucional, no hay muchas posibilidades de ex-ponerse. Aquí los jóvenes casi están sumergidos en el deseo y lógica de imponerse, proponerse como otros pero nunca exponerse; esto implicaría mostrarse débiles, traicionando la marca guerrera que aún los constituye. Incluso ese ex-ponerse sería difícil para quienes en el marco de estas etapas sí desean una vida distinta y la guerra no dejó una marca profunda, porque la fuerza de la experiencia previa y la lógica del encierro no ofrecen otras posibilidades:

Fue un tanto difícil porque convivir con todas esas personas que tuvieron el mismo conflicto que uno es muy difícil, porque todos tienen una experiencia diferente, entonces te tachan de creído porque no viviste unas situaciones, entonces se vuelve una cosa muy maluca, y estar encerrados con esas mismas personas a veces es algo muy conflictivo y como las relaciones para manejarlas en esas situaciones es algo muy difícil. Es complicado. (Esperanza)

Además de entrever la complejidad del encierro, Esperanza deja ver la multiplicidad de experiencias en el proceso de dejar la guerra y de los tiempos que pueden configurarse en ellas. Y este tiempo de dejar la guerra, no se vive únicamente en la primera etapa del proceso y aunque se reviste de acontecimientos similares para jóvenes excombatientes es vivido de forma particular por cada uno, es un tiempo subjetivo. Para algunos podría ser una experiencia que dure años, para otros un poco menos y, quizá otros no la asuman y decidan retornar a la vida armada.

Así, esta experiencia se va reconfigurando y reconstruyendo en la medida en que “el tiempo pasa” o que “los tiempos pasan” (el cronológico, el institucional, el subjetivo, el de la experiencia); en la medida en que van conquistando mínimos de

“libertad”; en la medida en que la vida avanza en otros tiempos, se experimentan otros tránsitos y se sitúan en otros contextos.

La vida en los tiempos del futuro, el aplazamiento de ser...

Después de que salí, no sé, tenía 15, 16 años, entonces yo no sabía si seguir como explotando la niñez que nunca explote que realmente era jugar con mis amigos... no sé cosas así, o ya pensar en un futuro, qué iba hacer de mi vida, si quería estudiar o no quería estudiar o qué quería estudiar si ve... entonces ahí es donde yo tenía el conflicto, no sabía si disfrutar mi niñez ya que podía, o pensar en un futuro... a terminar la escuela, porque no había terminado la escuela, seguir el bachiller, hacer una carrera que a mí me gustara... (Camila).

Para una gran mayoría de jóvenes, *empezar a construir* la vida, tal vez a caminar sus propias vidas por fuera de los grupos armados, se da después de la primera etapa del encierro que se vive con muy poca libertad. De los Hogares transitorios jóvenes excombatientes son trasladados, generalmente, a los Centros de Atención Especializada –CAE⁷, como una de las siguientes fases de la atención del ICBF contemplada aún en modalidad institucional o algunos de ellos viven este tránsito directamente hacia los Hogares Tutores en modalidad sociofamiliar⁸.

En este tránsito por cualquiera de las dos modalidades, empieza el proceso de afrontar la vida por fuera del grupo, es el tiempo de asumir los roles y las responsabilidades designados por la sociedad, por la institucionalidad y aunque se sigue bajo la custodia y el control del Estado se alcanza un peldaño de libertad al poder explorar otros espacios y otras relaciones humanas en la vida civil.

⁷ El CAE es una “modalidad institucional, dirigida a adolescentes desvinculados de los grupos armados organizados al margen de la ley que da continuidad a su proceso de desarrollo integral, mediante la vinculación y el acceso a los servicios de salud; el ingreso, la permanencia y la promoción en el sistema educativo; el desarrollo de actividades deportivas, culturales y recreativas, el acercamiento y contacto con la familia y el acceso a procesos de capacitación. (...) Población titular de la atención: Adolescentes de 13 a 18 años provenientes de la primera etapa de atención” (ICBF, 2010, p.60).

⁸ La modalidad hogar tutor “Es una modalidad de atención en la cual una familia seleccionada y capacitada, según criterios técnicos del ICBF13, acoge voluntariamente y de tiempo completo, a un niño, niña o adolescente, con medida de ubicación familiar. La familia tutora, le garantiza un ambiente afectivo y una atención integral en el que se restablecen sus derechos” (ICBF, 2010, p.44). Ingresan a esta modalidad, los niños, niñas o adolescentes, que principalmente estén preparados “para vivir en un núcleo familiar”, según los equipos interdisciplinarios de las entidades que operan el programa en las modalidades Hogar transitorio y Cae. Además “Niños, niñas o adolescentes menores de 15 años, adolescentes gestantes y adolescentes (hombre y mujeres) con sus hijos menores de cinco años)” (ICBF, 2010, p.44).

Camila expresa la disyuntiva frente a lo que implica la salida del grupo armado y la vida en el programa: *pensar en un futuro, qué iba a ser de su vida, seguir como una niña, actuar como una persona madura, estudiar, capacitarse, hacer una carrera*. Si el tiempo en el grupo armado fue un tiempo del ahora, mediado por la sobrevivencia, donde el único afán era vivir el día sin sucumbir a la muerte, ahora el tiempo del programa es un tiempo de proyectarse al futuro, de pensar sus vidas a un largo plazo. Simón lo expresa en estas palabras:

Cuando yo salí pues del grupo armado me cuidó Bienestar Familiar. Estuve con Bienestar Familiar en hogar tutor con una familia con la cual no me sentía a gusto inicialmente, pues de allá me mandaron otra vez para la ciudad de donde venía a internarme en un centro de allá... en un CAE y había otros jóvenes como yo también, y de ahí fue que yo también hice ya mi vida. Ahí tuve muchas, muchas experiencias en ese centro estudiando, capacitándome y llevando un futuro por delante mi vida. (Simón)

Lara (2011), nos ilustra lo que sucede con los jóvenes excombatientes, en esta etapa que es la que les implica mayor contacto con la sociedad y de allí se desprenden las exigencias institucionales y sociales frente a lo que implicará su vida como civiles:

(...) los jóvenes en la vida civil llegan a una sociedad estratificada donde ya no se es uniforme e indiferenciado entre los demás, y donde la familia, el estudio, el trabajo y el dinero, como también el ser joven, ser estudiante, trabajador, ciudadano y tener un plan de vida, son los nuevos referentes de identidad y pertenencia que determinan necesidades y oportunidades (p.7).

La experiencia en los programas del ICBF, se empieza a dibujar como una experiencia en presente que se proyecta hacia el futuro, hacia lo que querrían o podrían ser y hacer, hacia lo que vendrá. Ello sucede por las lógicas ya mencionadas, que buscan trascender el pasado a través del olvido y porque en los programas del ICBF, las acciones y los esfuerzos se remiten a promover “la construcción y vivencia de un proyecto de vida alternativo a su vida anterior, cuando

eran parte de un grupo armado” (ICBF, 2010). Ello hace que todo el tiempo se les hable de construir el proyecto de vida, desarrollar e implementar el proyecto de vida, consolidar el proyecto de vida.

Recuerdo un joven, en el marco del programa Hogar tutor, a quien al preguntársele qué quería para su vida, se mostraba confundido, inquieto y decía... *“es que antes de estar en el grupo, yo no pensaba en el futuro, mis planes eran pensar qué iba a hacer el fin de semana, salir a tomar unas cervezas... esa era mi mayor preocupación”*.

Ahora el encuentro con otras lógicas de construcción de la vida, empiezan a exigir nuevas perspectivas y competencias para los jóvenes. Aunque se empieza a construir la esperanza de una vida distinta, entran en juego las tensiones de lo que implicará empezar a pensar en ella, cuando el único afán anterior era vivir el día sin sucumbir a la muerte, cuando el contexto ciudadano exige destrezas y competencias que no eran requeridas ni en el contexto rural ni el ámbito de la guerra y cuando esas proyecciones de vida siguen estando muy mediadas por otros que dicen, influncian y guían sobre cuál es la opción de vida a escoger, en un ambiente que busca desconocer y desestimar la experiencia anterior como parte de la vida de los jóvenes que participaron en la guerra. Molina (2011), nos invita a pensar en esta situación a partir del análisis de la vida de estos jóvenes en uno de los Centros de Atención Especializada en nuestro país:

El autocontrol y formular la vida en términos de proyecto son requisitos básicos para vivir la independencia que la sociedad promueve. Cuando el individuo se define como independiente y autónomo es mayor el control social que tiene que introyectar. Independencia y autonomía son los valores universales, desde los que se pide a los jóvenes que evalúen su propia vida. Esto se logra a través de un prolongado ejercicio diagnóstico en el que se establece que todas, o casi todas las características que portan los jóvenes deben ser objeto de transformación y a través de la disciplina (rutinaria y normativa) continua durante uno o dos años. En el discurso de derechos se acopla a este sistema disciplinar, pues aunque los derechos son connaturales a los menores de edad, cotidianamente se les apareja unos deberes que marcan es la forma como deben ser ejercidos, introduciendo a los jóvenes en una lógica distinta. (Molina, 2011, p.188)

En estos marcos sociales e institucionales y con los dispositivos de control y disciplinamiento ya referidos, es donde la experiencia de dejar la guerra empieza a tener oportunidades por lo que implica aventurarse a nuevas experiencias pero sigue en contradicción en las vidas de jóvenes excombatientes, al resistirse a dejar lo que les es propio, a resistirse a someterse a las imposiciones de la sociedad sobre sus vidas. Algunas cosas suceden. Ellos se adaptan y deciden asumir los discursos institucionales por “los beneficios” que en ellos encuentran y es posible que se vayan abriendo a reconfiguraciones, posibilidades y nuevas situaciones por experimentar. Esto les implica probar nuevos lugares sociales, situarse como jóvenes en un marco social que da unas posibilidades, pero que también les permite confrontarse con las exigencias y tiempos sociales e institucionales que exigen en un corto tiempo estar preparados social, emocional, académica y laboralmente para enfrentarse a una vida sin la protección del Estado, como sujetos independientes, responsables, controlados y competentes. En todo caso, sujetos no guerreros.

No se pueden desconocer las contradicciones que siguen viviendo algunos jóvenes con lo que implica el control institucional, expresadas en el deseo de retorno a la seguridad de las armas y las complejidades de la convivencia en el marco de la cotidianidad institucional que hacen que ellos se cierren, se rebelen, se escondan, se replieguen y que también le hagan el juego a las lógicas de cumplimiento.

Antes no tenía pues, yo antes no me gustaba estudiar allá. Yo, yo me volaba del colegio, y cuando llegaba al CAE, me decían “¿usted estuvo en el colegio?” y yo “sí, claro”. Pero mentira que yo le decía eso pa’ que el profesor, el profesor decía que yo no aparecía por allá, entonces me castigaban, un mes con el comedor, el comedor tan grande que me tocaba hacer aseo en la noche. En veces me acostaba como a las once de la noche y comenzando por ahí a las ocho y media, sí y así es una experiencia... Bueno yo de ahí pa allá, pues me gusta mi estudio y yo lo que yo deseo es graduarme. (Simón)

En este contexto, jóvenes excombatientes aprenden a aparecer según las demandas de la institucionalidad, se ubican en el lugar de la protección o de parecer lo que los otros buscan que sean. “El estudio” es lo que se valora, se busca y se vive dentro del programa, pese a los contrastes en las dificultades para el rendimiento académico,

pese a la dificultad de construir los acompañamientos adecuados para ellas y ellos; pese a todo ello, hay una confianza en la educación como esperanza de construir un futuro con mayores oportunidades a las que tuvieron en sus contextos de origen y en el mismo grupo armado. En la educación, se mueven entre la esperanza y la resistencia, en ella han encontrado gusto, aceptación social e institucional pero también las complejidades de tener que hacer aceleradamente y en condiciones de extra-edad la primaria y el bachillerato, la educación como esperanza y promesa de una vida distinta en el futuro.

Simón lo expresa con estas palabras: *“Estar fuera del grupo armado, es hacer una vida, llevar su futuro adelante, seguir estudiando, seguir ayudando a las personas que lo necesitan”*. El programa, en contraste con lo vivido en el grupo armado, trae posibilidades de “hacer una vida”, pero paradójicamente, se vive como una situación de preparación para lo que vendrá después, como un vivir el momento, estudiar para el futuro, como una experiencia de aplazamiento frente a la vida que se quiere, como un *mientras tanto*.

Jóvenes excombatientes se someten, se acomodan o juegan a las lógicas de la institucionalidad. La lógica de cumplimiento sigue operando a través de esos roles que se les exigen asumir, los deberes con el programa a cambio del “beneficio” de la protección que otorga tener las necesidades básicas resueltas, que otorga beneficios jurídicos, un pasado limpio, unas opciones económicas al terminar.

Molina (2011), expresa lo acontecido con los jóvenes en estas lógicas que impone la institucionalidad, así:

Los jóvenes resisten esta tendencia, pues pasan del grupo, una institución militar en donde la edad se anula, al Programa, una institución civil en donde la edad se exalta. En este cambio de contexto no pueden validar toda la lógica de la institución de protección, pero la viven esperando obtener algunos beneficios y seguramente también transformándose, pero no en los términos propuestos por la institución. (Molina, 2011, p.188)

Simón, expresa en estas palabras el sentido del paso por el programa siendo menor de edad: “...por esa única razón yo no pagué cárcel, porque era menor... si no hubiera sido por eso yo estaría en la cárcel”. Se cumple con el proceso, se obtienen los beneficios, se sitúan como jóvenes bajo protección para obtener unas posibilidades, aunque no se reconocen aún como víctimas ni han reelaborado lo que implicarían sus responsabilidades, ni la reparación de la que son objeto, en el marco social por su participación en la guerra.

La experiencia de dejar de ser guerreros en el marco de los programas de protección, se evidencia como una experiencia que se proyecta hacia el futuro, se va situando como una experiencia de aplazamiento de ser, es una experiencia en el limbo de la pertenencia, ya no pueden decir que son guerreros pero tampoco son civiles. Aparecen o parecen según los lugares sociales les demanden o les permitan ser: jóvenes, ciudadanos... cumplen el proceso, en medio de adaptaciones y resistencias a las lógicas propuestas, para luego poder hacer lo que quieren con sus vidas, lo que ellos decidan y como lo decidan.

Esta experiencia de dejar de ser guerreros que en el marco de los programas se sitúa como vivencia de proyección a futuro, es una experiencia en la que jóvenes excombatientes valoran y proyectan una vida en libertad. Esta libertad se vive como ganancia en presente que obtienen en el tránsito por las diferentes modalidades del programa y hoy es valorada en sus relatos desde la posibilidad que encontraron de movilizarse y de empezar a entablar relaciones con otras personas fuera del entorno institucional.

Esta libertad es la que permite un mayor acercamiento y encuentro con las formas de vida de la sociedad que los recibe y se experimenta en diferentes ámbitos trayendo consigo también nuevos aprendizajes y responsabilidades.

Al igual que la etapa del encierro, esa libertad se valora según la etapa previa que han vivido. Para los jóvenes que estuvieron en correccionales, estar en Hogar

Transitorio ya es libertad, para quienes estuvieron en Transitorio, estar en el CAE, pasar los primeros meses, ya es libertad y para quienes llegaron del grupo a Hogar Tutor, esta libertad es aún más valorada por los contrastes que pueden vivirse entre la vida en el grupo armado y la vida civil:

En el transitorio, ahí yo ya me sentía libre... ya podía caminar por las calles, no como cuando estaba en la correccional que hasta para caminar estaba uno vigilado y hasta le ponían a uno esposas. (Patricia)

Después [del encierro inicial], fueron cambiando las cosas. Yo llevaba por'ay 6, 7 meses en el CAE, ehh, ya nos dejaban salir, podíamos salir a la cancha a jugar, ehh, estudiábamos de noche y ya nos daban más libertad. Como que cada muchacho se ganaba ese privilegio de salir, eso ponían una cartelera en la pared y el muchacho que en la semana se portara mejor, el fin de semana le daban el privilegio que era salir al parque, comer helado y eso, entonces como que todos se esforzaban para que pudiéramos salir dos o tres al parque, pero dependía del comportamiento de cada uno para que nos dejaran salir. En el Cae, estuve como dos años... sí dos años. Y ya de allá para hogar tutor. (Camila)

De haber salido del grupo armado a estar acá, es claro, obviamente más libertad. Usted puede encontrarse con otras personas porque usted en el grupo solo veía solamente a las personas con las que usted estaba y de pronto si salía al pueblo veía otro poquito de gente. Yo allá no podía tener un teléfono para estar hablando, yo allá no podía saludar a la otro normalito vamos este fin de semana a tomar, yo no podía hacer eso allá. Tenía que cumplir como con reglas... en todas partes hay reglas que unas más malucas que otras, pero obviamente hay una gran diferencia al salir: uno se siente libre, que uno puede andar por donde quiere andar sin miedo de que lo van a matar a uno, de que uno tiene que cumplir con reglamentos, de usted sentirse libre, normal, es que yo a nadie le debo nada por acá, eso significa mucha libertad y mucha diferencia. (Sofía)

... cuando estábamos, en el programa había un acuerdo, nadie podía llegar al otro día a la casa, eso pues inviolable o que uno quería salir, todo tenía que ser un permiso es como eso... si yo voy para otro pueblo allá, solo el defensor tenía la respuesta, si nos íbamos o no nos íbamos... (Sofía)

En los relatos de estas jóvenes, la libertad se enuncia como ganancia en relación con la etapa previa en el proceso de integración a la vida civil. Esta es la expresión de Sofía. Ella, a diferencia de la mayoría de los jóvenes excombatientes que pasan primero por modalidades institucionales y luego a las sociofamiliares, ingresó

directamente a Hogar tutor por encontrarse en estado de gestación. Sofía resalta y marca la diferencia entre estar en el grupo armado y la vida civil, en términos de la libertad de movilizarse, hacer cosas cotidianas y poder encontrarse con otras personas.

Sin embargo, sigue siendo una libertad controlada y restringida: se deben ganar los permisos, andan en grupo, los llevan y los traen, siguen bajo el control y la vigilancia del programa.

Una de las jóvenes, ya en la modalidad hogar tutor, hablaba de la ganancia de libertad en términos de no sentirse señalada, de poder estar un poco más distanciada de la filiación institucional y la búsqueda de un proceso más personalizado en una familia donde no se evidencia tanto que son jóvenes excombatientes. Sin embargo, esta misma experiencia la sitúa Camila como una dificultad, subrayando las nuevas adaptaciones en el tránsito de la vida institucional a una vida familiar, en términos de las responsabilidades que se van asumiendo en el proceso de hacerse cargo de sí.

En hogar tutor, además de tener el apoyo de la familia tienes más libertad, y por ejemplo si estas en un CAE todo el mundo va a saber, siempre tienen que salir en grupo y ahí si te van a tachar de guerrillero de no sé qué, en cambio en la casa como en la familia, y ellos son la familia y nadie se da cuenta porque si no sería algo más difícil. (Esperanza)

Es importante poder hablar abiertamente del pasado, porque no siento la necesidad de estar ocultando eso siempre, de mentir, entonces es algo muy beneficioso para uno, porque después entonces la presión: que no quiero estar aquí porque se van a dar cuenta, entonces eso es un tanto difícil. Por ejemplo, antes para mí era muy difícil venir al Programa, porque yo decía tengo muchos amigos que estudian en esta universidad entonces me van a preguntar porque estas allá, entonces ¿qué les digo?, era un tanto difícil, entonces yo decía, mejor no voy, entonces por eso era que yo casi nunca iba. (Esperanza)

Salir de la institución es duro, pues porque ya en el hogar tutor ya no van a estar tan pendientes, entonces ya tú te tienes que defender por ti mismo, ya no lo van a llevar y lo van a traer del colegio, o ya no lo van a llevar donde usted esté trabajando, o cosas así,

ya usted mismo es quien tiene que empezar a conocer la ciudad, que empezar a conocer calles, que... jepa! Es un poco de cosas, es duro. Los primeros días es muy duro, es uno como con ganas de devolverse, pero ya después uno se adapta y ya da hasta pereza que lo acompañen a uno a salir... (Camila)

Esta libertad trae como retos y ganancias –según lo represente para cada joven, mayor responsabilidad sobre la propia vida pero además, empezar a dar cuenta a otros de la vida pasada, de la procedencia, de la historia y la movilidad en las lógicas y ordenamientos de la ciudad y de la vida urbana. Estas circunstancias que les permiten interpelar e ir reconfigurando su experiencia previa en relación con la actual, generan tensiones obligando a los jóvenes a moverse entre la visibilidad y la invisibilidad, se mueven entre aparecer como otros, camuflarse entre los civiles, para “parecer”, con el fin de intentar encajar y construir una vida en los marcos de la vida civil... una vida urbana.

Una de las cosas más difíciles, es hablar... la dificultad que uno tiene cuando llega para expresarse... uno no llega uno siendo el mejor orador sino hablando muy montañeramente... Uno sale hablando muy machetero, uno cree que la gente se va a dar cuenta o lo van a juzgar a uno... pero luego uno comienza a estudiar y empieza a caer en cuenta, escuchar a otras personas, me tocó irme puliendo poco a poco. (Juan)

Cuando a uno lo escuchan hablar, a uno le notan el acento distinto y la gente empieza a preguntar que de dónde es uno y empiezan a querer saber más. Uno no sabe que decir. (Linda)

Recién empecé en el ICBF, a uno le da miedo estar en la ciudad, porque como yo siempre viví en el campo... pasar las calles y todo eso, pero uno se acostumbra. (Patricia)

Con estas posibilidades y tensiones, jóvenes excombatientes van configurado la experiencia de dejar la guerra, de dejar de ser guerreros. En esta la libertad se marca como experiencia, como la posibilidad de ir siendo –aún en una escala pequeña, como ganancia inicial para hacerse a una vida, en medio de los estrechos

marcos de posibilidad que los dispositivos de control y disciplinamiento quieren imponer sobre sus vidas.

El proceso de dejar la guerra, de hacerse a una vida distinta, también como enuncia Lara (2011), va dando posibilidades a los jóvenes para que construyan nuevos valores, pertenencias y relaciones que influyen en la reconfiguración de sus vidas.

Elaborar los dolores y heridas del pasado, ¿posibilidad de experiencia?...

El programa para mí fue una ayuda que no tengo como describirla ni nada porque pues es algo que a mí me ayudó mucho y es algo que como le digo, me ayudaron a superar muchos miedos y muchos temores que yo tenía, entonces fue algo muy chévere, igual el acompañamiento de todo el equipo técnico es muy chévere pues porque si usted necesita ellos están ahí, entonces es súper genial el programa y yo ya pasé muy chévere. (Camila)

Larrosa (2009b), plantea que:

si las experiencias no se elaboran, si no adquieren un sentido propio, sea el que sea, en relación con la vida propia, no pueden llamarse, estrictamente, experiencias. Y, desde luego, no pueden transmitirse en forma de relato. Y, por tanto, no pueden constituir eso que Kertész llama una personalidad, una persona, un individuo personal, y que nosotros podríamos llamar, quizá, un sujeto (p.58).

En los relatos de los jóvenes que pasaron por los programas de atención del ICBF, hay algo que atraviesa y marca una forma de experiencia distinta, aún bajo los dispositivos de control institucional. La experiencia va siendo posible cuando encuentran espacios, tiempos y posibilidades para sanar sus dolores, para resignificar sus heridas y darle otro sentido a sus experiencias previas.

Esto tiene que ver con poder elaborar aquello que la guerra deja como pérdidas, como huellas que quisieran borrarse y marcas que no quisieran tenerse. Pero no sólo las heridas de la guerra se sienten y empiezan a pesar en la vida civil, aparecen también las heridas de la vida previa a la guerra. En el después, jóvenes excombatientes se ven de cara a enfrentar el pasado, las situaciones que los motivaron o los llevaron a participar en el grupo armado: sensaciones de abandono y desprotección, soledad, situaciones de violencia familiar y social, fracturas en las relaciones familiares. Además, nuevas situaciones y dolores se viven en la experiencia de dejar la guerra en relación con aquellos otros que, como diría Larrosa (2003c), les conciernen: nacen culpabilidades en relación con lo que fue el

abandono de sus familias por su participación en el grupo armado, temor e incertidumbre sobre cómo explicar lo sucedido a ellas y a las personas que van conociendo y van siendo parte de sus vidas, ¿qué poder decir al respecto?, ¿cómo enfrentar eso que se vive y se siente como responsabilidad con los cercanos? y ¿cómo, además, enfrentar todo lo que la guerra en su crueldad, en su impronta de destrucción y muerte hizo a las propias vidas e hizo a las vidas de otros?, ¿cómo borrar las marcas de su participación en la guerra?

La experiencia de dejar la guerra y de construir una vida distinta, empieza a conjugarse desde el proceso de dar sentido a la propia vida, a quien se fue, a quien se es y a quien se querrá ser. En ese proceso no es posible negar el pasado, pues este hace parte de la vida, es necesario incorporarlo para reconstruirse un sentido en el hoy y poder proyectar sus vidas a futuro.

El presente no es un punto en el tiempo, ni tampoco un mero transcurrir. (...) El presente es a apertura de un horizonte temporal (...) un momento que contiene todo el camino, lo que hemos dejado atrás y lo que está por llegar. Por eso, el pasado y el futuro en tanto que nuestros sólo son significativos desde el horizonte abierto en el presente, desde el modo particular como el antes y el después están contenidos en este trozo del camino. Análogamente, la conciencia de sí en el presente es siempre conciencia de quien somos en este proceso momento de nuestras vidas y contiene, por tanto, alguna forma de conciencia de quién hemos sido y alguna forma de anticipación de quién seremos (Larrosa, 2003c, p.611)

Por más que la institucionalidad y la sociedad enuncie en sus discursos y en sus prácticas que el olvido es la vía, sólo es posible dar sentido a la vida, a las experiencias cuando es posible volver a ellas, cuando el presente de la vida puede incorporar lo que a ésta le ha dado sentido y así poder proyectarse a futuro. Y esto no implica, como también suele suceder en los procesos institucionales, visitarlo para tener que recalcar el dolor, para encontrar en los relatos la crueldad de la guerra y caer en el sensacionalismo o la revictimización, sino lograr reconocer las vidas de jóvenes excombatientes y los sentidos que ellas y ellos les dan a estas en toda su dimensión.

Generalmente, desde los Programas del ICBF, lo que se brinda para ello es el espacio de atención psicológica, que tiende a ser individual y se complementa con un acompañamiento psicosocial del área social generalmente también en escenarios individuales.

Los jóvenes ven estos escenarios y relaciones generalmente con mucha desconfianza, se resisten a ellos, los evaden. El hecho de recontar su historia, con la dificultad que ello comporta, por el dolor frente al recuerdo, sumado al hecho de abrirle sus recuerdos, sus vidas, sus experiencias a otra persona, son cosas que no están dispuestos a hacer sin antes verificar y comprobar la confiabilidad del interlocutor y las ganancias de ello.

Durante el tiempo en el programa, los jóvenes se resisten a ello; no es preciso mostrarse vulnerable o afectado porque hay que protegerse de la sensación de amenaza, de prácticas discursivas de poder que quieren dominar las vidas de jóvenes excombatientes desde una sola lógica y posibilidad.

Sin embargo, quienes logran encontrar sentido en estos espacios, cuando sienten respeto, apertura genuina y construyen confianza con el interlocutor, valoran lo que esto representó para sus vidas y representa ahora, ya independientes en la vida civil: dejar el miedo, sanar dolores, superar las marcas de la guerra:

Al principio cuando recién salí del grupo y llegué a hogar tutor lo más duro fue recordar cosas de la guerra... pues con los psicólogos eso se supera un poco... aunque yo todavía sigo teniendo ilusiones de eso... del grupo armado... o sea que todavía no me he superado del todo pero ya me sé controlar y ya no dañar las cosas que están buenas... por ponerme a llorar de la rabia... eso es lo que yo ya aprendí mucho y ya y la experiencia de los psicólogos esos que me ayudaron. (Simón)

Cuando yo llegué al CAE, yo era una de las personas que odiaba tanto a alguien, porque le hizo mucho daño a mi abuela, yo me salí de allá porque yo a ella la quería matar y nunca lo logré, pero yo salí con eso, que yo a ella le tenía que hacer lo mismo que le hizo a mi abuela, entonces ya me cogieron la psicóloga, la trabajadora social y yo

fui como dejando eso atrás, superándolo y como que bueno ella lo hizo, algún día lo tiene que pagar, mas no yo tengo que cobrárselo y fue algo chévere porque o si no yo estaría horrible, o ya me hubieran... (Camila)

El camino para ser distintos, lo van encontrando en la posibilidades de dar sentido a los acontecimientos de vida que marcaron dolores antes de la guerra y a su experiencia de guerra, no en negarla, sino en poder valorarla distinto y valorarse en relación a ella.

¿Cómo, cuándo, dónde y con quiénes es posible elaborar la experiencia en el marco de los programas de atención? ¿Serán esas posibilidades las que, en el marco de los programas de protección, se convierten en experiencia para jóvenes excombatientes?

Cuando jóvenes excombatientes tienen posibilidades de entrar en relación con el acontecimiento, en este caso, de dejar la guerra, con la posibilidad de elaborar lo que esa experiencia les dejó y entrar en relación con otros que les ayudan a decir lo que aún no saber decir, lo que aún no pueden decir o lo que aún no quieren decir, ellas y ellos valoran y significan esto como algo que *les pasa*, que *los atraviesa* y, paradójicamente, les ayuda a transformarse en el marco de los programas de protección.

Dar sentido a la experiencia, tiene que ver con poder escucharse a sí mismos y saberse escuchados, abrir puertas para la reflexión, tener tiempos y espacios para ésta lo cual es complejo y escaso en medio de la cotidianidad y las lógicas de los programas de protección.

Sin embargo, a veces logra darse desde esas relaciones cercanas y comprometidas que los profesionales construyen con ellas y ellos. Allí es posible, para los jóvenes, construir otras posibilidades de pensar y elaborar esas historias y en ese espacio de relación profesional – joven, si logra construirse una relación genuina y de apertura,

no sólo el joven elabora su experiencia, sino que quien lo acompaña logra transformarse, interpelarse, reconocerse y cuestionarse su propia vida, su propia historia. Construyen nuevos horizontes y comprensiones que les permiten abrirse a una relación distinta de cara a la convivencia y la construcción de paz, mediada por el reconocimiento.

Para que esto suceda, se requiere la disposición de una escucha abierta, la construcción de relaciones de cercanía, horizontalidad y confianza; construir espacios de diálogo, de encuentro, de expresión, aquello que es casi imposible porque el peso de la institucionalidad, del cumplimiento, del control sobre la vida de los jóvenes, también pesa sobre los profesionales en el ejercicio cotidiano del acompañamiento a los jóvenes excombatientes en el marco del programa de protección. Sin embargo, en medio de ellos los jóvenes logran reconocer oportunidades para ellos.

Entonces me mandaron otra vez para una institución... para CAE..., yo pues sí otra vez la superé... yo que también, mantenía también encerrado... pero ya, ya tenía más espacios donde pensar, donde recordar cosas que no fueran del grupo armado, tenía muchos psicólogos que me daban consejos y ya no comencé a dañar más las cosas..., que ya me fui controlando de ahí pa' ya. (Simón)

Contradictoriamente a lo esperado en un marco de vida civil, parece que las lógicas de los procesos institucionales lo que les hubieran dado a vivir “fueran unas experiencias encaminadas a destruir la persona y la personalidad” como diría Larrosa sobre Kertéz, pero, paradójicamente, al mirar la complejidad de la guerra, de sus impactos, de los dolores anclados en las historias de vida de niños y jóvenes excombatientes, logramos revisar y reconocer que en el tiempo del programa y fuera de los estrechos marcos de la institucionalidad, se logran también abrir algunos pocos espacios y escasas posibilidades para que jóvenes excombatientes elaboren sus historias, empiecen a dar un sentido a sus vidas, al pasado y al presente de la vida.

De sujetos de la guerra a sujetos de la protección...

La experiencia en el limbo de la protección es una experiencia de paradojas. ¿A quién se protege y de qué se protege? La experiencia en el limbo de la protección transita hacia dejar la guerra, dejar de ser guerreros. Pero no se puede ser un otro desarmado, un otro no-guerrero, cuando todo el tiempo se es amenazado por el olvido, por la negación del pasado, por la negación de sí, por los dispositivos del control y el disciplinamiento. En el programa de protección sus identidades son amenazadas y ellas y ellos parecen ser amenaza para la sociedad (identidades amenazantes).

En el limbo de la protección, encuentran pérdida de poder, desconocimiento, apariencia de libertad y unas pocas posibilidades de abrirse a la reflexión en espacios y relaciones marginales a las lógicas de la institucionalidad y los dispositivos de control.

Ocultarse, disfrazarse, parecer ser otros, parecerse a otros, aparecer como otros, son las construcciones subjetivas que hasta ahora jóvenes excombatientes tienen para caminar en el limbo de la protección.

¿Cómo ser otros distintos cuando lo que le daba sentido y lenguaje a sus experiencias no tiene cabida en sus vidas actuales? ¿Cómo proyectarse hacia el futuro negando la experiencia previa? No son combatientes, pero tampoco civiles, ¿cómo reconocerse o reconstruirse como sujetos no combatientes siendo sujetos de la protección?

CAMINANDO POR EL LIMBO DE SÍ MISMOS

Se rompe la burbuja de la protección...

Cuando salí (del CAE), bueno yo salí precisamente un día... yo no pensaba que yo, bueno... todavía no pensaba yo que iba a salir. Entonces cuando llegó la defensora y ella me dijo: “usted ya termina su programa se presenta a la Alta Consejería”, “uy profe como así que yo salgo ya”, - “sí con vida independiente” y yo “no, no, no lo puedo creer profe no me quiero ir”, “ah no es que usted no quiera, de todas maneras tiene que salir, ya se le cumplió su plazo de estar con nosotros”. Y entonces me tocó y ehh pues sí salí a buscar un hogar para mí y ahí fue donde yo ya fui creciendo poco a poco. (Simón)

La salida de los programas del ICBF representa, para jóvenes excombatientes, ruptura, cambio, discontinuidad. Es un acontecimiento significativo por la forma en que les llega y les toca enfrentarlo; es un acontecimiento inminente, inaplazable, quizá para algunos, hasta sorpresivo.

El egreso transforma el papel que jóvenes excombatientes asumían frente a sus vidas, el tipo de relaciones que van a seguir construyendo con aquellos significativos y el posicionamiento social. Ya sin el amparo de un programa han de dar cuenta de sí, ante otros, ante la sociedad e incluso ante ellos mismos.

La salida del programa y lo que ésta trae, atraviesa lo que son; es una experiencia que los forma, los transforma y los interroga; es una experiencia de **libertad** en la que encuentran la posibilidad de reconstruir quienes fueron, quienes han sido y construir quienes ser.

¿En qué consiste este acontecimiento? ¿Cómo impacta y afecta, las vidas de jóvenes excombatientes?

El programa del ICBF plantea como límite para los procesos de atención de jóvenes excombatientes, los 18 años, tiempo después del cual se espera haber cumplido el

proceso de “preparación para la ciudadanía” y el “restablecimiento de derechos”. Después de ello, la salida de jóvenes excombatientes, se da, generalmente, con el paso al programa de la Agencia Colombiana para la Reintegración – ACR⁹.

En vista de ello, los programas deben realizar la preparación de los jóvenes con el fin de que puedan salir con las "herramientas" (académicas, personales, laborales) para defenderse y asumir la vida ya sin el acompañamiento, ni la tutoría, ni mucho menos el sostenimiento económico de la totalidad de sus vidas como sucedía en el marco de los programas. Sin embargo, como expresa Simón, es una experiencia que desea aplazarse, que llega con sorpresa y tal vez para la que no se está del todo preparado.

Esta etapa, denominada generalmente por los programas y por los jóvenes como la etapa de “la vida independiente”, se constituye en un nuevo *paso*, un acontecimiento significativo para ellos en tanto designa el tránsito en el que ellos, se topan de frente la tan temida y anhelada libertad en la que han de asumir sus propias vidas (lo que asumen como ganancia), pero este afrontamiento les toca en condiciones de desventaja frente a lo que tenían en el programa (lo que asumen como pérdida), es decir en lucha por la sobrevivencia.

Esta experiencia se vive en medio de sentimientos de nostalgia por lo que se deja atrás (los amigos del programa, la certeza de tener aseguradas las condiciones de

⁹ La ACR es una entidad adscrita a la Presidencia de la República, que está encargada de coordinar, asesorar y ejecutar -con otras entidades públicas y privadas- la Ruta de Reintegración de las personas desmovilizadas de los grupos armados al margen de la ley. En coordinación con el ICBF, tramita el paso de jóvenes excombatientes del programa de protección al programa de reintegración. Aunque este tránsito se da entre instituciones del Estado, las características de actuación y de manejo de los programas son diferentes por lo que los jóvenes no identifican una continuidad en el apoyo. Los programas del ICBF, se construyen en una lógica de protección en la que esta entidad asume la tutela del joven como menor de edad. La ACR, trabaja con personas adultas, mayores de edad, quienes han dejado las armas y “voluntariamente” han decidido acogerse a los beneficios jurídicos y socioeconómicos que se otorgan para ellos. Esta entidad asume una dinámica de orientación alrededor de una Ruta de Reintegración en la que el participante -como se le denomina al desmovilizado que se acoge a este programa-, debe mantener el compromiso de no delinquir y sostenerse en los procesos y servicios que se tienen definidos para esta. Aunque con algunos apoyos económicos del Estado, la responsabilidad en el sostenimiento, es la del “participante”, la del “reintegrado”. Cambian las condiciones frente a la forma de asumir las vidas dentro del programa aunque permanecen y siguen presentes las dinámicas de vigilancia y los dispositivos de control del Estado.

vida, lo conocido), y también en medio de sentimientos de alegría y de satisfacción por una etapa culminada, de esperanza por lo que implicará construir su propio rumbo y de expectativa por lo que se toparán de frente.

Cada joven, dependiendo de las circunstancias en las que se dé el egreso, de las posibilidades de retorno y/o acompañamiento de su red familiar, de la claridad frente a su proyecto de vida y del equipaje con que cuente para ello, asume con mayor confianza o inquietud, lo que será su vida después su egreso del programa.

Joaquín expresa este tránsito como encontrarse de cara a la realidad: *“Al salir del programa se rompe la burbuja y se encuentra uno de cara a la realidad” (Joven excombatiente).*

Al salir del programa los jóvenes, pasan de un ambiente de protección y de un acompañamiento permanente en donde otros definen el rumbo de sus vidas, a la vida independiente que implica asumir por sí mismos y, en la mayoría de los casos, solos, la responsabilidad y el rumbo de sus vidas. El paso de tener la satisfacción de las necesidades básicas cubiertas a hacerse responsables de ellos económicamente, es de los asuntos que Camila, Sofía y Simón, enuncian como uno de los de mayor dificultad:

Salir del programa a la vida independiente, fue difícil. Todo fue muy difícil... porque venir de donde a ti te dan todo. A ti te dan desde de la comida hasta la ropa, a ya salir donde tienes que empezar a buscarte si te quieres comprar un pantalón tienes que trabajar o que la plata de dónde, yo no sé, pero si te quieres dar un gusto lo tienes que hacer, que si tiene que pagar un pasaje, hay que sacarlo, entonces cuando estábamos en bienestar familiar, noo a usted le pagaban totalmente todo, mucho o poquito pero usted tenía lo que fuera, lo tenía ahí, entonces ahorita ya es difícil porque para todo usted tiene que pagar facturas, tiene que pagar arriendo... bueno, tiene que pagar muchas cosas y antes no... es a veces complicado... (Camila)

Fue muy duro haber salido del programa... sí... porque es que en el programa a uno le dan todo... Salir del programa marca una diferencia, pues obviamente a uno ya le toca diferente, o sea no es lo mismo. Uno en el programa llegaba y pedía todo; si me hago entender, uno se sentía más protegida... (Sofía)

Para mí fue muy duro, yo no quería salir y pues me tocó... porque allá me acostumbré mucho a la gente de allá, a mis compañeros, entonces pues eso para mí fue como muy durito dejar a todos los compañeros, tenía mucha ayuda, la que tenía allá dentro, tenía psicólogo y eso. Muchos salimos, muchos, pero es que yo no quería salir... no me prepararon. (Simón)

Este acontecimiento rompe con la cotidianidad y con las condiciones de “seguridad” en las que se encontraban los jóvenes excombatientes. En esa ruptura ellos pueden significar el egreso como pérdida; se habían posicionado en los programas como sujetos de protección donde no sólo la reciben sino que la exigen a través de demandas económicas principalmente. La salida entonces se convierte en un quiebre frente a esas condiciones de sostenimiento.

Las condiciones de supuesta protección, terminan convirtiéndose en condiciones de desprotección; jóvenes excombatientes salen sin saber cómo enfrentar los diversos retos y responsabilidades de “la independencia” después de varios años en los que dependían de otros, en los que otros se hacían cargo de ellos.

Esa realidad que se topan de frente, la presión de resolver lo que será de ellos los pone de cara a una nueva experiencia, la experiencia de hacerse cargo de sí mismos, de resolver su sostenimiento aunque con condiciones económicas muy distintas a las que tenían estando en el programa; de “tenerlo todo” pasan de un momento a otro a no tener nada. Si bien la sensación de libertad, es una de las grandes satisfacciones, tener que asumir responsablemente las decisiones y las consecuencias de estas y hacerlos solos en contextos que poco favorecen la inclusión, es un asunto que se contrapone a ello, como lo expresa Sofía:

Hoy por hoy yo pienso que haber salido del programa fue más duro que salir del grupo, porque para el grupo yo no me fui obligada, yo me fui porque yo quise y a mí lo que yo hacía a mí me gustaba, yo hacía normalito lo que me gustaba, pero yo haberme salido porque me tenían mal acostumbrada haberme salido a la calle, ya a vivir sola, entonces

*para mí si fue más duro haber salido del programa que haber salido de la guerrilla.
(Sofía)*

Jóvenes excombatientes deben continuar por fuera del programa con una nueva guerra, ahora por la sobrevivencia. En ella, deben aprender a manejar el dinero, tomar decisiones, afrontar la soledad, la incertidumbre; enfrentarse cotidianamente a estas situaciones, hace parte del combate que acompaña esta experiencia en la lógica de la sobrevivencia, que no espera sino que ponen continuamente los jóvenes excombatientes egresados de los programas del ICBF de cara a la resolución de situaciones que antes no enfrentaron.

Al estar en la vida independiente, uno tiene que preocuparse por tapar el roto del mercado, el arriendo, que para el colegio, que tiene que pagar esto y lo otro, el transporte... (Camila)

Jóvenes excombatientes *salen* a la sociedad no siempre con las condiciones para “competir” en condiciones de igualdad con otros jóvenes ciudadanos de su misma edad. Las condiciones educativas alcanzadas generalmente no son las exigidas para desempeñarse o desenvolverse en mercados laborales ciudadanos.

En estos contextos, jóvenes excombatientes se enfrentan a múltiples decisiones que deben acomodarse a las nuevas condiciones de vida, en las que generalmente no se tiene el presente, mucho menos, el futuro asegurado.

Administrar el dinero tiene que ver con asumir las responsabilidades que trae consigo la libertad pero, en la mayoría de casos, ellos desconocen que esta va acompañada de la responsabilidad, se van dando cuenta de que es su dinero el que tienen que administrar, tomar las decisiones a las que nunca se les había permitido enfrentarse, incluso frente a la ilegalidad:

por ejemplo la primera vez que yo cogí plata, pues la primera vez que yo cogí acá, pues porque de acá le pagaban pero a mí no me daban plata, pero la primera vez que a mí me llegó plata de la ACR, yo dije: “Ahhh y yo que voy a hacer!”, no pues eso no me alcanzó ni para 8 días y a los 8 días nada, y yo a la siguiente vez que me consignaron, yo

pues tengo que empezar a hacer cuentas, cuanto me gasto en pasajes, o sea, lo que yo me podía gastar y lo otro ya... uno se vuelve como más responsable con eso, igual era cuando estaba estudiando en el SENA (Camila).

Cuando uno recién sale los primeros días dice: “¡yo estoy libre!, me siento ya como oxigenada”, pero cuando pasan los días y pasan y uno dice: “¡ay Dios mío! ya tengo que mirar para esto, yo que voy hacer, que me quede sin pagar el arriendo, que yo que voy hacer”... mientras que usted no tenía esa maluquera cuando estaba en el programa porque era normalito era sino comer, estudiar y dormir, y venir a reunión de psicología pero ya uno en la vida independiente es diferente y muy duro y ha sido muy dura la experiencia. ¿Por qué dura? Porque como enfrentarme a la soledad, como yo no decir no yo no puedo hacer esto y no puedo, querer ir a pasear y no puedo irme a pasear, si me hago entender, como querer ir a llamar del programa a que me den los minutos y es como eso... pero entonces eso hace falta y siempre los consejos buenos o malos siempre como que lo hacen recapacitar a uno (Sofía).

De ahí pa allá (después de salir de trabajar en el CAE), siguió pasando cosas malas... pues desde que yo salí de trabajar del Centro siguió pasando cosas malas, desde que me metí a trabajar con... con mi compañero, un compañero de ahí mismo que salió conmigo... ese compañero fue como mi hermano mayor y me daba, pues me daba muchos consejos, pero también me sacó, me fue sonsacando poco a poco hasta que me metió a trabajar con droga con él, entonces eso fue lo que pasó. Que yo trabajé con él, con la droga y ah pues con nosotros trabajaban muchos jóvenes y pues no salidos de ese Centro, sino de otro sector y son jóvenes pues muchos de ellos están ahoritica en la cárcel, o sea que como dijo mi compañero que de esta me salvé de estar en una cárcel, una cárcel fui yo y él, y eso pues le doy gracias a Dios por no haberme metido por allá, yo me hice llevar por la ambición de la plata, si me entiende eso es lo que pasa (Simón).

En esas situaciones los jóvenes se enfrentan y deben asumir las consecuencias de sus decisiones, elecciones de las que “se les protegió” mientras estuvieron en el programa.

Afrontar todo aquello que se vive con el egreso es mucho más complejo para quienes no cuentan, como Simón, con una red familiar ni vincular de apoyo.

Sofía y Camila, contaban con sus familias tutoras como apoyo para afrontar el egreso del programa, a Simón le tocó enfrentarse sólo a esa independencia. Su mayor reclamo y dolor frente al egreso del programa no son sólo las condiciones

económicas, sino el desprendimiento del “hogar”, del CAE como lugar de refugio, del director de este Centro (el padre), como su protector y refugio. Aun así, Camila y Sofía subrayan los impactos experimentados con la salida del programa:

Ya más adelante, cuando salí a los 18 años, cuando yo salí de los procesos institucionales... Yo no quería ni salir siquiera, yo quería seguir ahí, ahí, porque es que uno se acostumbra cierto, uno se acostumbra al padre... yo pues yo me acostumbré al padre y al padre me da y el padre me lleva y el padre me trae, el padre... bueno. Entonces yo cuando lo que me decía él, que cuando yo saliera de aquí, él no iba a estar más ahí el ahí conmigo sino que yo iba a buscar yo mismo mis oportunidades, a trabajar. (Simón)

La salida del programa me ha marcado más como en lo económico, y a nivel interno y personal como en lo de mi mamá (mamá tutora), porque como han sido 5 años, y ya no estoy con ella. Pues como haberme salido de ella, como ya cada una por su lado, aunque obviamente todos los días nos vemos, ella comparte conmigo pero no es lo mismo. (Sofía)

Al salir del programa, no había terminado el Bachiller nada... al siguiente mes que donde voy a sacar para la pensión, para la matricula que para los módulos... Horrible. Entonces que me tocó a mí, ponerme... trabajar los fines de semana y estudiaba o estudiaba todo el fin de semana y trabajaba entre semana para poderme pagar el colegio y fue un cambio súper busco porque uno queda como... ¡¿aquí que voy a hacer?! Ya se acabó todo... ¿Qué hago? (Camila)

Este tránsito también presentó diferencias para Sofía, quien egresó del programa cuando tenía 20 años, cuando había alcanzado un grado de formación técnica y había explorado la vida laboral. Sin embargo, Camila y Simón, debieron egresar cuando cumplieron sus 18 años, con bachillerato incompleto y sin experiencias previas de formación laboral como le sucede a una mayoría de jóvenes excombatientes como a Julián.

Al salir del programa, no había terminado el Bachiller nada... al siguiente mes que donde voy a sacar para la pensión, para la matricula, que para los módulos... Horrible. Entonces que me tocó a mí, ponerme... trabajar los fines de semana y estudiaba o estudiaba todo el fin de semana y trabajaba entre semana para poderme pagar el colegio y fue un cambio súper busco porque uno queda como... ¡¿aquí que voy a hacer?! Ya se acabó todo... ¿Qué hago? (Camila)

En hogar tutor fue algo genial, pero cuando yo salí es ahí que se complicó. Ya le toca a uno independiente, a ver como se defiende, entonces se le complica el estudio a uno, el trabajo también porque hay lugares que no se le van a aguantar a uno la pedidera de permisos... en ese tiempo [hace 6 años aprox.] le tocaba uno estar reportándose en la ACR, cada 15 días más o menos entonces eso era muy horrible. (Julián)

Los lineamientos del Programa del ICBF para los jóvenes desvinculados, como ya se dijo, marcan como límite para la permanencia de un joven en el programa el cumplimiento de la mayoría de edad, los 18 años. Particularmente, en la modalidad hogar tutor de la ciudad de Manizales, se logró que, en algunos casos, se pudiera dar un tiempo más de permanencia para algunos jóvenes (madres con hijos pequeños, jóvenes con discapacidad cognitiva, jóvenes que estuvieran realizando cursos técnicos o universitarios, entre otros). Sin embargo, esto no sucede en la mayoría de los programas ni con todos los jóvenes de este programa, a la mayoría les toca asumir su egreso a los 18 años, independiente de las condiciones emocionales, educativas y de preparación laboral en las que egresen. Quienes contaron con este tiempo después de los 18 años, hoy significan su egreso desde una mayor capacidad de asumir los retos que la vida independiente les trae.

Esto implicaría reconocer que para lograr impactos significativos es importante considerar procesos de largo aliento, pues los tiempos institucionales no son, la mayoría de las veces, los tiempos personales de cada joven e incluso se tendrían que considerar los acompañamientos en este tránsito de la vida “dependiente” a la “independiente”.

En medio de ello, sobrevivir en estas condiciones de vida, se enuncia como una experiencia que se vive en soledad. Solos se enfrentan a los retos de responder por sí mismos y a los retos de la vida en sociedad, y con nuevos silencios desde el temor de confiarle a otros sus historias, sus vidas:

Una de mis amigas del programa, cuando salió vivió sola y ella fue fatal, nos llamaba a la 1 o 2 de la mañana, “me estoy muriendo, vengan estoy sola” o sea era un rollo horrible

que nosotros éramos para allá y para acá con ella... Era lo que yo les decía, la soledad es muy dura lo aconseja a uno a hacer cosas que no debe hacer, entonces es uno desesperado, "no yo estoy sola, yo que quiero hacer?" Por ejemplo yo cuando me sentía sola en el colegio yo me iba a beber, a tomar con mis amigos pues porque era un ... como que me escapaba y como que ya me olvidaba de todo, pero al otro día yo volvía a la realidad, entonces imagínese era algo horrible. Y eso mismo le pasaba a mi amiga, ella encerrada en un cuarto sola viendo televisión y nada más. (Camila)

En el caso mío la soledad es lo más difícil. Yo a veces llego a la casa y extraño... como me faltan mis amigas, aunque yo no soy amiguera, pues solo habló con mis tres amigas... aunque ellas me llaman, ellas están pendientes, van a la casa, que me llevan una cosa, que me llevan la otra, nos vamos a comer todas juntas, entonces es como que al haber salido tampoco implicó dejar a mis amigas porque ellas siguen conmigo frecuentemente, de irnos a bailar un fin de semana de pronto o de encontrarnos o irnos a comer o vernos en el programa y todo eso... Pero sí es como ese peso que uno dice: "¡Dios mío!", ese peso es muy aburridor estando en el programa desde la familia tutora y de todo, pero cuando uno sale también le hace falta ese peso (Sofía)

Aunque lo complicado, en la vida independiente, no es solo el dinero... también el trato con la sociedad en general. Por ejemplo, en mi caso, cuando estaba pues con Bienestar Familiar, yo tenía mis amigos y eran pues del mismo rol, en cambio ahorita, yo tengo dos o tres amigos y ya... porque pues no me da como la confianza de yo ir a... no... los mismos de siempre y ya... es como, es difícil también por ese mismo lado. (Camila)

Frente a mis relaciones que podría decir... ay de amigos... uno tiene muchos conocidos en el trabajo, yo voy a parrandear con ellos, hablo con ellos... yo los manejo; porque yo manejo personal, pero nunca de pasar a contarles mi vida a ellos. Obviamente por x o y motivos yo me siento bien con mis amigas las del programa porque siempre hemos sido como muy unidas, aunque ahora tengo una muy buen amiga en el trabajo mío pero nunca le he dicho nada... aunque yo he estado que le cuento como yo a veces que la miro a ella, aunque ella trabajó con la alta consejería, con ley de víctimas y ella se pone a decirme y yo me digo: ¡será que le cuento o no le cuento! como que un día en un almuerzo a punto de decirle oiga yo tengo algo que decirle a usted. Pero no hubo necesidad de que la gente le interese la vida de uno y mi relación por fuera tan bien es normal. (Sofía)

Desde esa sensación de soledad y esos silencios, jóvenes excombatientes buscan tejer, reconfigurar y construir sus vidas. Paradojas, elecciones y cuestionamientos que el programa aplazó para ellas ahora aparecen para marcar una nueva forma de vida, después de que se rompe la burbuja de la protección.

La libertad de poder construir la propia vida...

...Salir del programa marca una diferencia, pues obviamente a uno ya le toca diferente, o sea no es lo mismo. Uno en el programa llegaba y pedía todo; si me hago entender, uno se sentía más protegida... y ya obviamente en la libertad es distinto, porque uno ya se va para donde quiera y eso ya es cosa suya, ya no hay acuerdos, ya si usted quiso llegar a la madrugada es cosa suya, ya no hay alguien que esté encima tallándolo a uno, no haga esto, o hay que venir a la reunión, porque lo hizo, porque no lo hizo, cierto. (Sofía)

Pero, ¿qué es lo que rompe la burbuja de la protección? ¿Qué es lo que esperan y ganan jóvenes excombatientes con la salida del programa?

La burbuja de la protección, como se mencionó antes, es rota por la libertad que encuentran y experimentan los jóvenes excombatientes que egresan del programa. Las palabras de Camila muestran esa ganancia con el egreso, en la forma como nombra el después del ICBF: **la libertad**, estar en la libertad. Con ella se hace manifiesto el quiebre de unas condiciones de “protección”, que se contraponen a otras de posibilidad con la libertad que alcanzan para construir sus vidas, tomar decisiones y movilizarse.

Se podría decir que si *la experiencia en el grupo armado* se vive en presente y se reconoce hacia el pasado después de dejarla, y *la experiencia en el programa* es una experiencia que se vive en el presente y que se proyecta hacia el futuro, *la experiencia que acontece con la salida del programa*, es una experiencia que se vive en el presente y se reflexiona en el presente. Es el momento en el que el futuro llega, también llega la libertad anhelada y temida; no hay escapatoria, no hay opción, es un tiempo del ahora.

A diferencia de la experiencia en el grupo armado, que impacta la vida en su totalidad y que sólo después de que se sale de ella, logra reflexionarse, repensarse, narrarse y comprender que fue una experiencia, es decir, se vive en presente pero

se reconoce en pasado. Después de la salida del programa, la experiencia de *la libertad*, es la de hacerse cargo de sí mismos, en el ahora; el ahora que se vive, se sufre, se afronta y se reflexiona en presente. De repente, jóvenes excombatientes sienten que tienen lo que esperaron: la libertad y con ella llegan los problemas, las responsabilidades, la historia; ahora se encuentran solos de cara a sus vidas.

El futuro como expectativa dentro del tiempo en el programa, llega con toda su fuerza y su carga, para convertirse en la vivencia de los jóvenes excombatientes que salen del programa. Culmina el aplazamiento de ser lo que se quiere ser y el día a día implica vivir este acontecimiento y pensarlo, asumir la vida con todos los retos y tareas que esta deviene y transformarse y aprender día a día de ella.

A diferencia del avasallamiento de la guerra, que tuvo que ser vivida a la fuerza, y del tiempo en el programa en que las opciones son limitadas pues se está bajo el control y la vigilancia; el egreso plantea y permite elecciones a los jóvenes, con él lo que ganan es la posibilidad de tomar decisiones, la gran ruptura se da en que ya no son otros los que asumen la vida por ellos, sino que son ellos mismos quienes han de vivirla.

El tiempo del programa se vive como proceso de preparación para una vida futura, de aplazamiento del yo, del “tener que”, más que del ser; la vida independiente, en cambio, es el tiempo de la libertad, del afrontamiento y de empezar a ser quien se quiere ser. Es un tiempo en el que es posible y necesaria la reflexión sobre lo que la misma experiencia configura, reta, implica, enseña, forma y transforma. Es la experiencia de reconstruir quienes son y construir quienes quieren ser.

Esa libertad contribuye a configurar la experiencia de jóvenes excombatientes con su egreso del programa y ésta tiende a representarse como ganancia y como pérdida, como tensión en tanto implica o trae de paso la responsabilidad. Como ganancia les abre el camino a emprender una vida con menor coacción, con posibilidad de tomar decisiones, de buscar, intentar y construir quien quieren ser, y

como pérdida se vive en condiciones de sobrevivencia, de tener que lucharse asuntos que estaban resueltos en el escenario del programa (alimentación, vivienda, vestido, seguridad). Asimismo, al principio los jóvenes experimentan la dificultad para conjugar estos dos aspectos, libertad y responsabilidad en el tiempo de la salida del programa y poco a poco van asumiendo como llevarla. Sus voces hablan de ello:

... y ya obviamente en la libertad [por fuera del programa] es distinto, porque uno ya se va para donde quiera y eso ya es cosa suya, ya no hay acuerdos, ya si usted quiso llegar a la madrugada es cosa suya, ya no hay alguien que esté encima tallándolo a uno, no haga esto, o hay que venir a la reunión, porque lo hizo, porque no lo hizo, cierto. (Sofía)

Cuando uno sale del programa sigue la vida común y corriente, usted es libre de vestirse como quiso vestirse, de reírse, de enojarse, de salir, de bailar de todo eso, obviamente con acuerdos, obviamente yo digo que como que marca una diferencia entre estar en el programa y salir de él, porque cuando estábamos, en el programa había un acuerdo, nadie podía llegar al otro día a la casa, eso pues inviolable o que uno quería salir todo tenía que ser un permiso es como eso... si yo voy para otro pueblo allá, solo el defensor tenía la respuesta, si nos íbamos o no nos íbamos, mientras que usted sale ya a la vida normal, a la vida civil, a la vida independiente ya si usted quiso miija se fue bajo su responsabilidad, ya usted verá qué le pasa y que no le pasó, es como a lo que yo me refería. (Sofía)

En lo que narran jóvenes excombatientes, parecería que la vida civil, **“la vida normal”**, la vida común y corriente, sólo logra “vivirse” en pleno cuando se egresa del programa, cuando en palabras de Sofía se está *“en la libertad”*.

Antes, en los programas de protección, hay aparente acercamientos y ejercicios de civilidad, pero se está bajo unas condiciones ficticias de vida donde los otros (profesionales, instituciones, hogares tutores), tienen un gran peso en el curso de la vida de los jóvenes.

Estar “bajo el control de otros”, reproduce la lógica de la vida armada. La vida civil tendría que tener como base el ejercicio de la libertad, la toma de decisiones, la responsabilidad de sí, pero de esto se hacen cargo los programas y los jóvenes apenas viven un remedo de “libertad”, una apariencia de ciudadanía, de inclusión social. El tiempo en el programa se vive como la experiencia del aplazamiento de ser, en contraposición al tiempo de la vida independiente.

Camila lo resalta muy bien en su relato: *“ya era como más independiente, ya era como yo misma... ya tomaba mis propias decisiones, y yo ya manejaba mi plata, ya era como que ¡ehh qué descaso por fin!”*

Otros jóvenes resaltan lo que el egreso del programa representa en términos de la reflexión y la toma de decisiones sobre el rumbo de sus vidas:

Por fuera del programa es como ya ser responsable uno mismo... Es duro saber que no van a estar los que nos guían. Ese es el reto más grande para nosotros, es como comenzar una nueva vida. (Diario de campo – reunión con jóvenes a egresar dic 2013)

Cuando salí yo me sentí desubicado, ahora sí me tocó ponerme a pensar qué iba ser de mi vida, qué es lo que voy a hacer conmigo. Aunque eso es muy duro, salir me ha parecido chévere, estar cerca de mi familia, poder conseguir las cosas por mí mismo... es que yo estaba como acomodado en el programa y tenía mucho miedo de salir... pero acá me ha ido bien... estoy cerca de mi familia, estoy trabajando y estudiando, yo me pago mis cosas... eso ha sido bueno. (Antonio, joven que egreso del programa teniendo 21 años)

Cuando se encuentran un poco más distantes de esa carga institucional, de esa situación en la que aparecieron como jóvenes bajo protección, los aplazamientos terminan, y afrontar esas paradojas es una cuestión cotidiana de cara a la sobrevivencia y a la construcción de la propia vida, con las voces de otros, por supuesto, pero sin el control, la vigilancia y el ordenamiento de la institucionalidad protectora del ICBF.

Ese silencio, ese detenerse a pensar, es lo que Larrosa asume como condición de posibilidad para que un acontecimiento se transforme en experiencia. Aquello que “nos pasa”, “nos forma”, “nos transforma” es posible cuando se hace el gesto de detenerse. Así lo que pasa, empieza a *pasarnos*, *nos sucede* ya no como un acontecimiento externo o lejano sino como algo cercano que *nos atraviesa*, *nos llega* y eso ocurre en este tiempo de la vida de los jóvenes... la fuerza del suceso de la salida del programa hace que ese *hacerse cargo de sí* se convierta en experiencia.

Larrosa (2003c), plantea la metáfora del joven que emprende el viaje fuera de casa para hablar de la experiencia, un viaje que le permite construir lo que se es, repensarse su vida, hacerse cargo de sí. La salida del programa para jóvenes excombatientes se asemeja a un camino de aquel viaje, camino que deviene de otros caminos lejos de casa. Este viaje puede ser largo y con muchos destinos pero con escalas de libertad y autonomía que contribuyen a la construcción del propio camino y a la reconfiguración de la experiencia de vida.

De sujetos de la protección a sujetos de la experiencia:***Reconociéndose como otros***

Nadie sabe qué es lo que llega mientras va llegando, nadie sabe hacia donde avanza cuando avanza, cuando va dando pasos. Solo una mirada proyectiva o retrospectiva pueden dar un sentido general a ese paso del tiempo (Larrosa, 2009b, 63).

La sensación de libertad experimentada por los jóvenes excombatientes, con el egreso del programa, es la que interpela y permite hacer de la salida del programa una nueva experiencia. Esta libertad la genera un gesto de interrupción en sus vidas, es la que cuestiona e interpela (en un primer momento), la experiencia de vida actual y permite configurar sus búsquedas en torno a quienes son, a quienes quieren ser como reconocimiento de quienes han venido siendo.

Esa vivencia de libertad es la que en palabras de Camila, le permite ser *ella misma*:

Después, ya terminé mi colegio, ehh, Bienestar Familiar me apoyó hasta que estaba en 7º, 8º... ya pasé a la ACR, ve al CROJ, allá eran más estrictos, estaban más encima de uno, que por que sale, que porque no, brrr y... ya terminé mi colegio y empecé mi carrera... ya era como más independiente, ya era yo misma, ya tomaba mis propias decisiones, y yo ya manejaba mi plata, ya era como que ¡ehh qué descaso por fin! Sin tener nadie que le controle la vida... síii, solo los de mi casa, si pues porque yo siempre, pues ellos todavía me controlan, pero era diferente porque ya yo no iba a una reunión y no llamaban a los del programa o que a los del CROJ o los de la ACR, sino a mi mamá y yo ¡ahh, qué alivio! Ya no empezaban a decir; “¿Por qué vienen los del CROJ?, o los de Bienestar familiar aquí, ¡venga, uste que es!, ¿uste fue violada? Uste qué?” (Camila)

Podríamos reconocer que si la experiencia en el grupo es la experiencia de SER guerreros o de un ANHELO DE SER, y la experiencia en los programas es la experiencia de DEJAR DE SER guerreros, de APARECER o PARECER otros, podría decirse que la experiencia de la vida independiente se convierte en la experiencia

de CONSTRUIR QUIEN QUIEREN SER, como resultado de RECONOCER QUIENES HAN VENIDO SIENDO.

Es el momento en el que se da respuesta al aplazamiento de asumir la “vida civil”; “por fin”, expresaba Camila: el tiempo anhelado llega pero no sólo llega con libertad sino con un acontecimiento inevitable: hacerse cargo de sí. Es el tiempo en el que se asume y se afronta el reto de pensar y de construir lo que son y lo que quieren ser, sin imposiciones, en condiciones de libertad, no guiados, ni sostenidos, ni orientados por otros que se asumen en condiciones de “saber” qué es lo que los jóvenes excombatientes necesitan.

Ese hacerse cargo de sí, les implica reconocerse como sujetos de responsabilidades, sujetos de toma de decisiones, sujetos de derechos, sujetos de deberes, sujetos que se equivocan, sujetos que aprenden. Los jóvenes excombatientes van siendo otros en tanto pueden decidir con más libertad, en tanto responden por sí mismos e incluso por otros. En el caso de los jóvenes que empiezan a construir sus propias familias o en el caso de quienes retornan a su red familiar y asumen la responsabilidad de “sacar adelante” hermanos y madre, generalmente.

El hacerse cargo de sí, no es una experiencia de un instante o que se construya de la noche a la mañana, ésta se construye *en el camino*, ésta se va asumiendo mientras se vive y se afronta la propia vida. Pero es un acontecimiento importante, en tanto los jóvenes a partir de él y a través de él se van configurando como jóvenes, ya no combatientes, ya no dependientes ni sujetos de protección sino responsables de su propia protección, otro tipo de *guerreros* con la marca y el sello del pasado pero que ahora guerrearán y luchan en el marco de la vida civil por una vida otra.

Esto toma tiempo y para la mayoría de los jóvenes, choques y confrontaciones consigo mismos, con los otros significativos, con la sociedad, con sus ideas de libertad, con las necesidades de sobrevivencia. También se topa con las limitaciones y oportunidades de vinculación laboral y social del mundo que los circunda, es una

experiencia en el limbo de sí mismos: que les permite un distanciamiento del pasado, de las experiencias previas en el hoy, confrontaciones entre lo anhelado y lo posible, entre quien se fue, quien se es, quien se viene siendo y quien se quiere ser.

Una experiencia que sucede en la medida que encaran situaciones que se les presentan desde las tensiones frente a la sobrevivencia, las relaciones, la vinculación social y el proyecto de vida.

En esas luchas y tensiones, jóvenes excombatientes, estudian, trabajan, algunos de ellos tienen un proyecto productivo propio, sueñan, sufren, lloran, para algunos el peso del pasado empieza a alivianarse pero llega con nuevos retos, temores e incertidumbres por el curso del presente y del futuro no lejano; para otros en el deseo de retorno al hogar, al origen, al terruño, el tiempo pasado vuelve a hacerse presente y en medio de la sobrevivencia incluso, el retorno forzado al grupo pareciera inevitable para algunos.

En medio de múltiples circunstancias, después de la salida del programa en el proceso de hacerse cargo de sí, los jóvenes empiezan a fundar unas vidas atravesadas por la re-construcción de sí mismos (identidades en reconstrucción) como jóvenes que deciden, que se posicionan, ante sí mismos y ante otros, como jóvenes que buscan salir adelante, seguir caminado con sus vidas en el limbo de la experiencia.

Cuando uno sale [del grupo armado] y cuando uno llega acá [a la ciudad, al programa] uno es así: duro, y nosotros no nos veíamos como víctimas, nos daban el estudio y eso, pero nosotros no nos veíamos como víctimas además porque veníamos de algo muy rudo, veníamos de haber pasado momentos muy difíciles y de haber pasado por cosas muy duras como para uno decir: ay le voy a abrir el corazón al psicólogo, voy a abrirme a que le conozcan a uno la vida, no, uno no es capaz, yo tuve muchas sesiones con L... [la psicóloga], y no, uno nunca como de abrirse, uno no viene con esa mentalidad, con esa capacidad como de hablar y de alojarse con las personas... y pienso yo, que ahora sí hablamos así porque nosotros ya hemos pasado por muchas cosas y porque ya hemos de cierta manera hemos podido superar mucho y han pasado años... o sea han pasado años, hemos madurado, nos hemos dado cuenta de lo que hicimos, del proceso del

CEDAT, del proceso de la ACR, del estudio, hemos tenido tiempo para reflexionar de muchas cosas y por eso ahora, ya podemos vernos como víctimas de personas mayores que en el momento, de cierta forma, abusaron. (Patricia)

¿Quiénes son los sujetos que hablan hoy? ¿Qué es lo que jóvenes excombatientes dicen de la guerra, de sus vidas, de sus experiencias?

Ellos se distancian de su propia experiencia para reconfigurarse. Los sujetos que hablan hoy son otros distintos frente a los sujetos que relatan. Sus narraciones son distintas cuando estuvieron en el programa y hoy varios años después de haber salido de estos, ellos son otros, hablando de su historia.

A ello se refiere Ricoeur (2006); éste que habla hoy de él y vuelve sobre su historia, es otro distinto que aquel otro sobre el que él está narrando, quien se posiciona claramente como otro y que en ese otro, los rasgos de carácter son los que le dan una continuidad a un sí mismo, a la mismidad, pero este otro es distinto y por efecto de la reflexividad, éste (el de hoy) está hablando desde su identidad *ipse*, desde un otro que vuelve sobre sí mismo y reconoce que en ese sí mismo hay otros y que puede mirarlo desde el punto de vista ético, de la responsabilidad.

Los jóvenes lo evidencian cuando reconocen el lugar que el grupo tuvo en sus vidas, lo complejo de sus tránsitos en el programa, las responsabilidades frente al afrontamiento de sus propias vidas fuera de la guerra.

Los jóvenes que hoy nos narran sus experiencias, son jóvenes muy distintos a los que transitaban por el grupo, por los programas de protección y reintegración del Estado para los excombatientes. Ellos han visitados sus historias y las revisitan de forma singular en los silencios y soledades de su vida diaria, pero también cuando deben dar cuenta ante otros de su historia, cuando encuentran espacio y lugar para la reflexión, para el reconocimiento y la escucha, paradójicamente también cuando se sienten señalados y amenazados por la sociedad que juzga a los hoy combatientes.

**CAMINANDO POR EL LIMBO DE LA
LIBERTAD**

La vida en búsqueda de libertad...

En la experiencia de tránsitos que atraviesa las vidas de jóvenes excombatientes hay un elemento que configura y se mantiene presente en sus búsquedas, inquietudes y realizaciones: La libertad.

Hoy, ya jóvenes adultos cuando reconstruyen su historia, hay algo que valoran, reconfiguran y enuncian como lo valorado en cada uno de sus contextos de desarrollo: La libertad.

Es una libertad que atraviesa todos los caminos en el limbo de sus experiencias: del hogar al grupo armado: “libertad”; del grupo armado a la vida civil: “libertad”; del encierro al hogar tutor: “libertad”; del programa del ICBF a la vida independiente: LIBERTAD; del ICBF a la ACR; de las redes de apoyo a valerse por sí mismos: libertad...

De haber salido del grupo armado a estar acá, es claro, obviamente más libertad. (...) Es que usted allá no puede hacer nada, el que diga pues que estuvo en la guerrilla y que pidió permiso para ir a bailar, eso es una vil mentira, cierto, porque eso allá no se vive. (Sofía)

...para mí es preferible, mil veces Hogar Tutor a una institución, aunque yo decía: que tal decirle mamá a otra señora que no sea mi mamá, nunca me veía en eso, pero es mejor hogar tutor, porque un CAE o casa juvenil, eso es brutal usted a toda hora está encerrado, por ejemplo en B... era una reja, no nos dejaban ni asomar a la ventana, todo el día que cosas pedagógicas, que estudiando y uno no tenía tiempo de respirar y si lo dejaban salir a la calle, que como un policía o un trabajador social detrás de uno, no que pena, en cambio acá uno tiene más libertades porque somos en la casa y es totalmente diferente, pero es que en un CAE um no. (Camila)

...en el programa –hogar tutor-, pues si había libertad pero pues ya como, pues no como la libertad de que usted se fue y ya no hubo nada más... ¿si me hago entender? como que ahh están llamando para psicología, venga que acá le tenemos el paquete de dotación... o sea ya la libertad es cuando uno sale, porque ya usted verá que hace, cómo se defiende... porque obviamente ya después de que uno sale, ya uno no tiene el psicosocial a un lado de uno, si me hago entender yo no tengo porque aunque el psicólogo pues fuera un vínculo muy afectivo, yo soy una carga y él siempre fue mi

psicólogo, y él me dice: Sofía cuando necesite bien pueda, me marca, hablamos, saco tiempo, entonces es como eso. (Sofía)

Salir de ICBF es como dar un paso más, o sea como un paso ahora independiente. La personas que me acompaña en la ACR pues se llama psicosocial y me llama a una reunión que ellos dan, que ellos hacen y... seguir estudiando para que le lleguen más oportunidades a uno, para uno ya salir pues de... como de ese programa más adelante con un diploma a decir: “yo si fui alguien en la vida, ya salí de la Alta consejería, ya, bueno... ya toda mi experiencia ya quedó... ya cumplí con el gobierno”... y con uno mismo también, eso es. (Simón)

Pareciera que en la vida de jóvenes excombatientes, la libertad tuviera niveles que se escalan de forma progresiva. Libertad que sostiene una relación estrecha con la configuración de las identidades de los jóvenes excombatientes: la libertad como experiencia que les da la posibilidad de ser, de configurarse, de pensarse y de construirse como sujetos de experiencia.

Sin embargo, ¿es posible hablar de libertad cuando no se tiene la posibilidad de decidir por sí mismo ni de hacerse responsable de sus elecciones? Paradójicamente, en esos contextos de tránsito se puede decir que no hay completa libertad; hay remedos y apariencias de libertad: en el grupo armado se vive a fuerza de miedo y obediencia; la vida en el programa poco aporta a esas condiciones de posibilidad de libertad para ser a los jóvenes excombatientes; en la vida civil, siguen presentes el control y la lógica de la institucionalidad cuando se intenta ser “una persona normal”. La filiación institucional (ser del ICBF, ser de la ACR), se convierte en otro asunto a esconder en la vida civil para evitar la estigmatización, el rechazo, la comparación, la exclusión.

Después, ya terminé mi colegio, ehh, Bienestar Familiar me apoyó hasta que estaba en 7º, 8º... ya pasé a la ACR, ve al CROJ, allá eran más estrictos, estaban más encima de uno, que por que sale, que porque no, brrr y... ya terminé mi colegio y empecé mi carrera... ya era como más independiente, ya era yo misma, ya tomaba mis propias decisiones, y yo ya manejaba mi plata, ya era como que ¡ehh qué descaso por fin! Sin tener nadie que le controle la vida... síii, solo los de mi casa, si pues porque yo siempre, pues ellos todavía me controlan, pero era diferente porque ya yo no iba a una reunión y

no llamaban a los del programa o que a los del CROJ o los de la ACR, sino a mi mamá y yo ¡ahh, qué alivio! Ya no empezaban a decir; “¿Por qué vienen los del CROJ?, o los de Bienestar familiar aquí, ¡venga, uste que es!, ¿uste fue violada? Uste qué?” (Camila)

Sin embargo, sólo hasta la etapa de “vida independiente”, en el camino hacia sí mismo, la libertad se reconoce como lo que buscaron y esperaron en cada momento de sus vidas. La LIBERTAD es uno de los aspectos fundamentales, enunciados en los relatos de jóvenes excombatientes, que hace que egresar del programa sea una experiencia para ellos. En ésta experiencia, paradójicamente, se encuentran presentes también los retos, las dificultades, la exclusión y la estigmatización a la que se enfrentan, pero es sobretodo encontrarse de cara con la libertad y reconocer qué es por lo que tanto lucharon y que ahora encuentran de frente: ¿qué es esto que tanto quise? ¿Y ahora qué hago? La libertad abre la vida a una nueva experiencia.

La Libertad se argumenta como lo logrado después de dejar el programa del ICBF. “Por fin”, como lo enunciaba Camila, libertad para tomar decisiones, para vivir sus vidas sin el control ni la vigilancia continua de otros, libertad para elegir quien quieren ser y quien no quieren ser, libertad para decidir cómo y con quién vivir.

Salir de ICBF es como dar un paso más, o sea como un paso ahora independiente. (Simón)

Salir del programa marca una diferencia, pues obviamente a uno ya le toca diferente, o sea no es lo mismo. Uno en el programa llegaba y pedía todo; si me hago entender, uno se sentía más protegida... y ya obviamente en la libertad es distinto, porque uno ya se va para donde quiera y eso ya es cosa suya, ya no hay acuerdos, ya si usted quiso llegar a la madrugada es cosa suya, ya no hay alguien que esté encima tallándolo a uno, no haga esto, o hay que venir a la reunión, porque lo hizo, porque no lo hizo, cierto. (Sofía)

La salida del programa del ICBF, se vislumbra por jóvenes excombatientes como una posibilidad para SER. Esa posibilidad de ser, tiene que ver con una realización desde la libertad. Cuando son ellos quienes toman la responsabilidad de sus vidas, y quien se hacen cargo de sí, empieza a configurarse la experiencia de SER, una experiencia buscada, como podríamos reconocerlo en los relatos de Camila, en los

que siempre se cuestiona y se plantea la tensión entre “hacer lo que otros le piden” o “buscar qué es lo que ella quiere”.

De esta forma la salida del programa permite sentirse como realización, como conquista y, en medio de ello, con las contradicciones y paradojas que marcan las experiencias de jóvenes excombatientes, sigue siendo un reto, en tanto la construcción de esa vida para sí está en relación con las nuevas relaciones que ellos empiezan a construir con sus parejas, con sus hijos (en el caso de quienes los tienen), con las familias tutoras que los siguen acompañando en ese trayecto después del programa y con la sociedad que quiere imponer formas de ser y hacer, que limita las posibilidades y genera nuevos cuestionamientos para los jóvenes en la construcción de sus vidas.

Paradoja: de cara a la sociedad, nuevas prisiones

Cuando me refiero a ser libre, me refiero a la sociedad, o sea, que la sociedad nos permita ser quienes somos, no ser lo que fuimos, o sea que nos dejen renacer, a ese es el punto que yo voy. (Alberto)

Yo si quiera, pues contar a la gente que, pues que quiere saber y... que sé que no me va a echar el agua sucia a mí, de lo que pasó con el grupo armado, que no me vayan pues a criticar, que ya lo pasado quedó en el pasado, eso es lo que yo quiero: no sentirme discriminado por los demás. (Simón)

Entre el silencio y la palabra ¿Cómo es posible ser excombatiente?

La guerra es una experiencia que marca: no se olvida, deja huella. Sin embargo, después de haber salido de ella, es una experiencia que “se trata de llevar”, pues aunque marca, traspasa la vida de jóvenes excombatientes y hace parte de lo que los constituye, parece que se convirtiera en una carga, en un impedimento para vivir en sociedad.

El encuentro con la sociedad se da de forma progresiva según el paso por las etapas del programa de protección, con un aparente escalonamiento en la libertad. Sin embargo, cuando los jóvenes salen del ICBF, este encuentro se experimenta con mayor fuerza e impacto porque ya no los cobija ni los respalda la institucionalidad que “los protegía”.

Este es uno de los hechos que les interpela la experiencia de hacerse cargo de sí. Es el momento de la aparición pública; ahora en libertad llega el momento de responder, ante sí mismos, ante otros, ante la sociedad por el pasado vivido y por quien se quiere ser en la vida civil. Ese proceso de reconstruir la identidad, de reconocer quien se es, se ve nuevamente interpelado, ahora por los marcos sociales, culturales, políticos con los que antes habían tenido una escasa relación o una

relación casual, circunstancial, poco pensada o reconocida y muy controlada por los dispositivos de la institucionalidad del Estado.

Estando en el programa no siento la necesidad de decir víctima o no lo soy, ahora que estoy afuera tengo la necesidad de recorrer todo, o sea, ir al pasado y decir yo fui esto, ahora estoy acá... me doy cuenta, ah es que yo fui una víctima, y ahí empezamos todos a reconocernos y a decir el por qué de las cosas...

Ahora, ya no vestidos de la defensa o argumentación institucional, les toca verse avocados ante sí y ante otros a asumir la historia de vida, el pasado guerrero que se mira con un mayor *distanciamiento* que el que tenían cuando estaban en los programas.

Esa experiencia de ser guerreros y la de haber dejado la guerra sigue interpelando la vida actual, la forma como se posicionan ante ella en términos de decidir cómo seguir, quien se quiere ser y como ser y de ello ¿qué decir a otros?, ¿cómo aparecer ante otros? Pareciera que sigue vigente la pregunta ¿es posible ser algo más o algo distinto que “el desvinculado” o “el excombatiente”?

Camila lo explica exponiendo esa búsqueda de forma que la experiencia en el grupo y después de ella, “no sea un impedimento para seguir viviendo” o “para seguir el proceso”... “pero eso siempre está ahí”.

Sobre la salida del grupo y vivir en la sociedad... yo creo que uno no cambia de mentalidad... pues yo digo que yo... pues mejor dicho, uno nunca olvida... aprende a vivir con eso, porque yo he tratado de olvidar y yo no he sido capaz de olvidar porque eso siempre va quedar marcado en mi vida... que lo he tratado como de llevar y como que, como que eso no sea un impedimento para yo seguir viviendo o para yo seguir el proceso, pero eso está siempre ahí y pues igual de algunas cosas de eso uno aprende porque nada es totalmente negativo, entonces yo cojo cosas de esas para hacerme más fuerte... He aprendido como la rudez, como para no ser tan débil como que todo me afecte, entonces cojo como eso que ellos siempre nos decían, de... no sé... yo que sé... sacar lo más fuerte que uno tenga y seguir para no dejarse derrumbar por cualquier cosita. (Camila)

Siempre está ahí porque precisamente es una experiencia, “aquello que les pasó”, porque esto contribuyó a la configuración de quienes son hoy, hace parte de aquello que los formó, que les transforma. Sin embargo, la sociedad no acepta ni permite y muchas más veces, excluye las voces, las historias, las vidas y experiencias de los jóvenes excombatientes. Incluso ellos mismos se ocultan. Nuevamente la identidad en reconstrucción se ve amenazada.

Pareciera que la única forma que encuentran a veces, de asumir su experiencia guerrera después de haber salido de ella, para vivir en sociedad, implica “*no hacer de cuenta que yo tuve un pasado sino contar desde el CAE –desde la salida del grupo-, para acá*”, o no contar nada de ello, hacer de cuenta que no existió esa parte de la vida, negarse a sí mismos, negar su historia, negar, ocultar o silenciar aquello que ha contribuido a la configuración de quienes son hoy.

Sin embargo, no es posible comprender la experiencia de la guerra sin las voces, las palabras, las imágenes, los recuerdos, las evocaciones, los relatos de los jóvenes que la han vivido y los significados que ellos le han dado a éstas.

Cuando el ocultamiento, el silencio y la lógica del olvido se reproducen institucional, política y socialmente, siguen estando los jóvenes excombatientes de cara a la exclusión.

¿Cómo es posible pensarnos una sociedad que construya la paz, en la que sea posible la convivencia si no es posible reconocer, comprender y asumir los impactos y consecuencias de esta guerra para quienes la han experimentado, sufrido, padecido por sí mismos y han sobrevivido a ella? y ¿qué significa para nosotros como sociedad, que acogemos a esos jóvenes que en sus cortas vidas han atravesado por circunstancias tan complejas? ¿Cómo entender lo complejo, crudo, doloroso e injusto de la guerra? ¿Cómo entender que ello también representó vivencias significativas, se convirtió en experiencia y dotó de sentido las vidas de jóvenes excombatientes que fueron víctimas de ésta?

Nuevamente, aparecen otras interpelaciones y cuestionamientos, amenazas para ser, regresa el miedo; la libertad se hace nuevamente huidiza.

El temor dificulta vivir la libertad de ser. Si ésta se ganara con la salida del grupo armado en un primer nivel, y luego se experimentan con mayor intensidad y claridad con la salida del programa, cuando los jóvenes excombatientes se ponen de cara a la sociedad, vuelven a encontrar nuevas prisiones, nuevos cautiverios que se vuelven barrotes para ser. Esos miedos son a la crítica a ser juzgados, pero también a represalias contra ellos o los cercanos:

Yo lo hago por temor –intentar ocultar su pasado-, pues porque... no sé, temor de que me juzguen, o de que... hay mucha gente que no le gusta, entonces como que de una, uno ve y uno escucha cosas, y uno dice bueno si... como por ejemplo están hablando así: “es que los guerrilleros tal cosa”... bueno como que ellos todavía no están, como que bueno, la sociedad no tiene conocimiento de que hay menores de edad que llegan a un grupo porque no se sabe... entonces ellos como que los juzgan en general, que porque unos son malos, todos son malos, pero nadie sabe la vida de nadie... (Camila)

Y en la sociedad ¿qué encuentran? Rechazo, estigmatización, discriminación, desconocimiento. La discriminación en ocasiones es directa (cuando a veces otros se dan cuenta de su historia o en las veces que se atreven a contarla y encuentran rechazo o que las puertas se cierran), pero la mayoría de las veces es indirecta.

A través de comentarios de rechazo, de odio, de sentencias y deseos de muerte, de juicios sobre la vida de los que hoy son “guerrilleros”, “paras”, los jóvenes sienten continuamente persecución, la sensación de ser juzgados aún sin que la gente los conozca y conozca sus historias, adultos o niños y jóvenes son juzgados socialmente sin distinción. Son lenguajes de la guerra que atraviesan la vida en sociedad y que poco no dan cabida a la experiencia, a pensar y a convivir después de ella.

En ese contexto jóvenes excombatientes perciben que no hay posibilidad de ser distintos, de ser otros no combatientes, ni la libertad de ser como se es, con toda una historia guerrera.

Mucha gente distingue a la gente -a los desvinculados- porque estaban en la guerra cierto, pero yo digo también... cuando salen también siguen llevando del bulto porque no les van a dar trabajo fácilmente, porque entonces dicen: "allá va el guerrillero", "yo no ando con usted porque le tiran a usted, porque de pronto lo están persiguiendo y me matan a mí". Yo no lo digo porque a mí me hayan discriminado pero a mí sí me ha pasado que le he contado algo a alguien y me dice que miedo por seguridad. Eso pasó en mi casa tutora, mi mamá no le contaba nada a nadie y no se a quien le contó que también le dijo que miedo por seguridad... Entonces uno dice pero esas bobadas, si uno deja eso es porque uno quiere una vida nueva, como regenerarse será, pero si hay mucha población que lo ha visto, a mí no me ha pasado pero si he visto eso, demás que a mí no me ha pasado porque yo no le he dicho a nadie, pero si hay muchas veces que también le cae, ve uno las noticias y la gente dice esos malditos guerrilleros, asesinos y uno dice hay Dios mío, pero la gente no sabiendo, pero uno se siente huy juemadre eso será que iba para uno, pero si la gente debería darle la oportunidad a uno, es que todos somos iguales, el estar o no estar no lo hace a uno diferente nos hace normales, es que todos somos iguales. (Sofía)

...la verdad personas que han sabido pues acerca de lo mío, no es como de discriminación, si no como de atre, porque son muy metidos, como de curiosidad, venga y eso como era por allá, y eso es verdad que por allá que una cosa y la otra. Preguntan, '¿Y si es verdad que por allá las violan?' y yo digo, pues no, son cosas que no. '¿Verdad que el que no esté en eso lo matan?', o sea como muchas cosas, '¿Venga y usted conoció al comandante de tal frente?' Como cosas sensacionalistas, que a uno le da como risa, pero igual uno también debe ser cortante, uno esa información no se la va a dar a todo el mundo, como que preguntan es eso. (Sofía)

Pero los jóvenes no se han quedado sólo con la experiencia del temor y del ocultamiento. Cuando logran construir con otros relaciones de confianza, cuando encuentran lugares de escucha, formas de reconocimiento aún en medio del limbo de las experiencias, sus historias aparecen en la narración, en el encuentro con el otro. En estos casos, han recibido apoyo, aceptación o silencio.

...lo supo el administrador de la finca, pues porque se convirtió en mi mejor amigo y era súper chévere, entonces yo sé mucho de la vida de él, algo pues parecido, entonces cuando el psicosocial de la ACR me llamaba mucho que a las reuniones, que esto, que lo otro, entonces yo le decía a él, tengo cita con el psicólogo y él: “¿Por qué? usted no está loca”, entonces, es que uno no va al psicólogo porque esté loco, entonces él siempre como que con la respuesta que yo le daba no quedaba tan convencido y él empezaba a preguntar y él siempre me decía: “¿Qué pasa?, ¿hay algo más que no sé?” Entonces yo le dije: “yo pertenecía a un grupo y ya”, nunca me preguntó por qué, y me dijo que la experiencia ya quedó en el pasado, y eso me dio tranquilidad. (Camila 2012)

Frente al hecho o no de hablar de ser desvinculada, yo tuve una experiencia que nunca se me va a olvidar, con mi profesor de física y matemáticas. Una vez tocamos el tema; entonces yo le dije profe lo que pasa es que yo soy del programa, yo soy desmovilizada y a él no le causó por excluirme como muchas otras personas como de una empresa, que dicen: ¡ay que miedo eso! o lo miran feo o algo. El caso fue diferente, él quería como saber todo como de aterración, como venga: ¿usted qué es tan diferente?, ¿usted si estaba en eso? ¿Verdad usted si estaba en eso?, “yo si decía usted como que tenía algo raro” (Sofía)

Normalmente quienes han sabido lo del grupo, ha sido con personas de mucha confianza, por ejemplo mis amigos, entonces me dijeron: “¿Quieres compartir tu testimonio?”, entonces yo dije “sí” y conté toda la situación que viví, pero ellos nunca me preguntaron nada, ellos simplemente se quedaron como en silencio, entonces fue algo como que ya pasó. (Esperanza)

En el SENA, pues la instructora sabía [que era desvinculada] y una compañera que un día se dio cuenta y no, ella simplemente nunca me preguntó nada, ella solo me dijo: “¡¡Esperanza yo no lo puedo creer!! ¿Es en serio?, y usted como se ve como tan delicadita, ¿en serio usted estuvo por allá?” y yo, “Sí”, entonces fue algo súper gracioso pero nunca me preguntaron más. (Esperanza)

Frente a la relación con la sociedad, los jóvenes conversan sobre la necesidad y el deseo de poder hablar abiertamente o con más libertad de su pasado:

porque no siento la necesidad de estar ocultando eso siempre, de mentir, entonces es algo muy beneficioso para uno, porque después entonces la presión, que no quiero estar aquí porque se van a dar cuenta, entonces eso es un tanto difícil, por ejemplo antes para mí era muy difícil venir al Programa, porque yo decía tengo muchos amigos que estudian en esta Universidad entonces me van a preguntar por qué estás allá, entonces ¿qué les digo?, era un tanto difícil, entonces yo decía, mejor no voy, entonces por eso era que yo casi nunca iba. (Esperanza)

Yo quisiera mostrarle a la comunidad que nosotros fuimos mas no lo somos, porque mucha gente piensa que porque nosotros estuvimos en un conflicto lo seguimos siendo, y no las cosas han cambiado nosotros somos diferentes, ya hemos pasado por una serie de programas y de personas que nos han enseñado cosas (Camila).

En una de las conversaciones con Simón, él hablaba sobre la libertad y decía: *para mí libertad es poder tener personas a quienes contarles con tranquilidad mi vida, con quienes poder desahogarme.*

Superar la desconfianza, encontrar reconocimiento aún desde las paradojas de sus experiencias, apertura genuina, que otros abran la propia vida y se dispongan al encuentro con la vida de jóvenes excombatientes, son aspectos que contribuyen a construir condiciones para la convivencia, desde el reconocimiento de esas identidades que emergen en la reconstrucción de sus vidas, de esas experiencias en limbo que buscan pertenencia y un lugar social en el que sea posible ser.

Hacernos parte de las historias y las vidas de los jóvenes, participar en la conversación y la narración de sus historias, reconstruirse en la narración, poder hablar con libertad, allí hay posibilidades de superar los temores, de construir confianza e incluso encontrar nuevas formas de ser, y ser en sociedad, posibilidades de reparación para sí y para otros, de reconciliación, posibilidad de hacerse responsables de su pasado y de asumir, incluso, social y políticamente sus vidas.

(...) ahora que estoy afuera tengo la necesidad de recorrer todo, o sea, ir al pasado y decir yo fui esto, ahora estoy acá... me doy cuenta, ah es que yo fui una víctima, y ahí empezamos todos a reconocernos y a decir el por qué de las cosas. Nosotros todos estando en el programa pensamos: "pues sí yo tengo todo aquí, de qué me voy a preocupar, quién va a saber quién soy yo", pero ya estando afuera, ya es otra cosa, nos da la necesidad de pensar más, de analizar más las cosas, de ver cómo son... por ahí nos damos de cuenta de que sí somos víctimas, así digamos que no, pues porque a veces uno dice o muchos dicen, no soy víctima porque me fui voluntariamente, pero nos recogieron chiquitos y al recogerlos chiquitos nos violaron los derechos y al violarnos los derechos somos víctimas. (Alberto)

Nosotros somos jóvenes si ve y la gente puede que haga preguntas que tememos o no debemos responder, que no quisiera responder, o no sepa responder... cosas del pasado. Por ejemplo, voy al punto de un niño de 9 años que me preguntó, años atrás, que si yo era de la guerrilla porque escuchó a un joven decir que nosotros éramos del conflicto armado, desvinculados, entonces el niño se me acercó a mí y me dijo “¿ustedes son de la guerrilla? Y pues yo ¿que le voy a responder? O sea, temo responderle porque la reacción del niño puede ser muy mal y la gente es... lo que yo tengo temor es que la gente me pregunte, ¿tú has matado? ¿tú has herido? ¿tu qué comías allá? ¿tenían secuestrados allá? ¿los torturaban? Entonces muchas personas preguntan eso porque han tenido gente secuestrada, entonces nosotros les respondemos lo que debemos responderles se van a sentir mal, no van a tener como una buena reacción en lo que nosotros estamos respondiendo. (Simón)

La práctica de inclusión, de vida en sociedad, es en doble vía. El programa aplazó la experiencia de vida civil, aplazó tener que pensar quien se es y el encuentro con la sociedad que lo interpela. Tal vez, para poder aparecer, para ser en sociedad, para tener la experiencia de vida civil, los jóvenes excombatientes necesiten aclarar, reconocer, reconstruir quiénes son y desde allí asumir una posición, ¿víctimas, victimarios, sobrevivientes, ciudadanos? Ahí empieza el camino para tejer pertenencias y quizás encontrar nuevos sentidos y posibilidades en el limbo de la experiencia... **como un civil cualquiera.**

**CAMINANDO POR EL LIMBO DE LAS
RELACIONES DESPUÉS DE LA GUERRA**

Las experiencias de los jóvenes excombatientes no se configuran en soledad; aunque una mayoría de las veces, las sienten y las viven desde ella, éstas no se constituyen en el vacío. Aquello que es la experiencia, “lo que nos pasa”, pasa con otros. Los contextos de interacción por los que transitaron y las relaciones construidas con otros cercanos y distantes, influyeron e influyen de forma significativa en los acontecimientos que han configurado experiencias para los jóvenes excombatientes y en las formas como se reconocen o se posicionan hoy. En ellas sus relaciones hacen parte de la historia que pueden recontar de sí mismos y de su trayectoria vital.

Estas relaciones configuran posibilidades, oportunidades y limitaciones para los jóvenes en los distintos tiempos y contextos de las experiencias después de la guerra: la salida del grupo armado; la vida en los programas del Estado (ICBF y de la ACR), *los espacios de la institucionalidad*; la vida independiente, la vida en sociedad.

Así aparecen con mayor o menor fuerza y protagonismo en cada una de ellas, pero siempre está la mirada a otro que aparece, que posibilita o limita, que acompaña y que media en la construcción de lo que para ellos se constituye en experiencia: Las familias biológicas y de origen, el grupo armado, el ICBF, las instituciones que administran y desarrollan los programas del ICBF, los educadores y profesionales que trabajan en estos, la ACR, las amigas y los amigos desvinculados y desmovilizados (todos estos antes y después del programa del ICBF); los nuevos otros de la vida civil: las familias de procreación, los amigos, los compañeros de estudio y trabajo, la pareja, la ciudad, la misma sociedad. Ellos, son parte de su pasado y de su presente y de lo que imaginan y esperan de estos a futuro, son quienes acompañan y contribuyen a dar forma y sentido a las experiencias de los jóvenes en su paso a la vida civil, aunque con protagonismos diversos de acuerdo con el tipo de relación construida y los sentidos que los jóvenes le otorgaron y otorgan a ésta.

Después de la guerra ¿dónde queda el grupo armado?

Dejar el grupo armado es la primera experiencia que marca y ocupa la vida de jóvenes excombatientes. Para muchos de ellos, el grupo fue la familia, el comandante fue como el padre, tejieron relaciones significativas con compañeros y compañeras que le dieron sentido y soporte a su permanencia en éstos. Para muchos otros, el grupo fue más una amarga experiencia en todos los sentidos y el deseo de olvido de ella, pesa sobre la vida. Para otros tantos, fue ambas cosas y se mueven en tensiones continuas frente a las contradicciones que todo ello les genera.

En medios de ello, como se ha dicho, la guerra marcó sus vidas. Tras la salida, es inevitable pensarse y redefinirse como personas sin esas relaciones que fueron significativas en algunos casos, dolorosas en otros, porque siguen estando presentes en sus recuerdos y memorias. Sin embargo, por las múltiples negaciones de la sociedad, de las instituciones que se hacen en el marco de la vida civil, sobre el olvido de la experiencia del pasado, parecieran no tener lugar ni cabida “en sus nuevas vidas”.

Dentro de la lógica institucional, es necesario retomar y reconstruir las relaciones con sus familias de origen, fortalecer vínculos con otros miembros de la familia de origen con quien se pudiera estar. A la familia se le puede buscar (aunque en muchas ocasiones no logran encontrarla o antes ni la hubo), se puede reconstruir la memoria sobre lo que implicó ella, sin embargo, el grupo armado queda sin lugar, pareciera no tener cabida ni en la palabra, ni en los recuerdos, ni en la vida, a veces aparece como inquietud en los sueños. El amigo fallecido, la pareja dejada atrás, los compañeros de aventura, el grupo como colectivo, el reclamo y la denuncia de lo allí vivido, tardan en emerger después de la negación y el olvido.

Después de la guerra ¿dónde queda el grupo? ¿cómo poder elaborar la vida sin poder incluir en ella la relación con el grupo armado que sigue siendo parte de ellas

y ellos en lo que son hoy, en lo que no quieren ser, en lo que quisieran ser o dejar de ser?

Poder entender que lo vivido por jóvenes excombatientes fue complejo, doloroso, en muchos casos atroz y brutal y reconocer las injustas, inequitativas y doloras condiciones en que tuvieron que vivir ellas y ellos, es necesario para movilizarnos y poner la cara a la construcción de un país en paz y de condiciones de vida distintas para los niños y los jóvenes.

Sin embargo, la guerra no fue sólo ello. Además de ello, otorgó sentidos y posibilidades desde lo que pudo representar como experiencia en la que hubo relación con otros; se tejieron amores y desamores, relaciones significativas y representativas para ellos que contribuyeron incluso, a que hoy puedan estar fuera, contando, viviendo y construyendo una historia distinta. Negar una u otra parte de la experiencia implica seguir perpetuando condiciones de exclusión y limitando las posibilidades de que jóvenes excombatientes puedan reconstruir sus historias y hacer de ellas experiencias.

Después de la guerra ¿dónde queda la familia?

Cuando jóvenes excombatientes se encuentran en el marco de los programas de protección, restablecer el contacto y la relación con la familia de origen se convierte en posibilidad de reconstruir la vida, dejar que el peso de la salida del programa sea tan fuerte. Muchos sentimientos de incertidumbre, culpa, tristeza se viven cuando no se sabe de la familia. No saber si están vivos o muertos, si el grupo armado tomó represalias con ellos por la desvinculación, qué estará viviendo la familia. Éstas son preocupaciones que asoman y llegan con fuerza a la vida de jóvenes excombatientes tras su abandono del grupo armado y durante su trayecto en los programas de protección.

Entonces los primeros días fue muy duro y los psicólogos y las trabajadoras sociales estaban encima mío a toda hora, el año que yo no hable con mi mamá no sabía si estaba muerta o estaba viva. Pero volver a hablar con ella, fue como otra vez volver a vivir y volver a dejar el pasado atrás y ya seguir adelante. (Camila)

Me iban a dar reintegro familiar, pero no... Yo no podía ir donde estaba mi mamá y... mi abuela la que vivía en Bogotá me iba a recibir pero yo no sé qué pasó, me rechazó, me dijo que no, que no me quería, entonces me mandaron pa' hogar tutor. (Camila)

Algunos de los motivos que mueven la desvinculación de jóvenes de los grupos armados es el deseo de retorno a la familia. Debido a las medidas de protección asumidas y a los riesgos de seguridad que se presentan tras su salida del grupo armado, ésta es una de las metas de más difícil logro en los procesos de protección y en lo que podría ser el retorno a la vida civil.

El ahora de jóvenes excombatientes los pone de cara a sus familias de diversas formas: para no retornar, para hacerse cargo de madres y hermanos, para distanciarse y también para reclamar, para tal vez, quedarse solo con el recuerdo de una familia con la que no tuvieron más contacto desde su salida del grupo o incluso

con la que nunca tuvieron contacto, para vivir con el interrogante de qué pasó, y en pocas ocasiones para configurar una nueva vida junto a ella.

Muchos de ellos, se acercan ahora a sus familias como jóvenes independientes, responsables de sí, que ya no necesitan de la protección y cuidado de la familia, situación que no fue muy cercana a sus vidas, sino que dejaron sus hogares y asumen por compromiso moral y afectivo con sus familias, cierta responsabilidad en lo económico, en lo moral, pero siguen independientes.

Después de muchos años lejos de sus familias, ahora ellos son otros, sus familias son otras y si bien en el marco de los programas de protección tienen espacios y momentos para re-encontrarse, reconciliarse o tal vez distanciarse, ahora ya jóvenes adultos y con la certeza de ser capaces de vivir solos, la familia es recuerdo, un recuerdo presente, a veces un poco más del tiempo pasado pero no del presente físico y aun así sigue siendo parte de sus vidas, pero con menor fuerza que la que tuvo en el marco del programa.

La verdad es que yo con mi tía no hablo casi ni con mi hija... yo soy muy distante con ellas. (Sofía)

Y con mi familia propia, pues o sea, hablo muy poco de ellos, porque yo desde que yo estuve en hogar tutor y tuve encuentros familiares y vino una tía, entonces desde ahí para acá no he sabido más de ellos... ni cómo están, no sé quién esté vivo o quien esté muerto, ya no sé nada de ellos... Antes de entrar al grupo, yo vivía con mi abuela, ella fue la que me crió y un tío, con esos me crié... (Simón)

En el tiempo después del programa, en la experiencia de hacerse cargo de sí, también han decidido alrededor de sus familias, ya no es una relación influenciada o guiada por otros, ahora ellos también han decidido que quieren y qué no quieren en la relación con sus familias.

Yo digo, ella es mi mamá, definitivamente esa señora [la madre tutora], es mi mamá (Sofía)

Quienes vivieron la experiencia del encierro en el programa del ICBF, hacen una valoración mayor de la experiencia de libertad y posibilidad que brinda, por ejemplo, la modalidad familiar.

Para Sofía, representar lo que actualmente la familia tutora significa para ella, pasa por hacer una relación con lo que no logró significar su familia de origen debido al fallecimiento de su madre a temprana edad, a estar con distintos cuidadores, sometida al maltrato y abandono de su padre.

*Entonces no solamente mi papá sino esa familia somos la familia, de papá, mamá, hermanos y tíos y primos que tenemos proyectos y la abuelita... entonces todo es como recoger con 6 personas y que hayan sido significativas y es más aún yo a veces hablo con mi tía verdadera y ella le da rabia que yo le diga eso: es que mi familia es esa. Entonces ella me dice quédese con su familia, pero yo digo como yo hablaba a veces con la trabajadora social. Ella me decía: Sofía es que familia uno tiene tanta, pero mire la que la apoya a usted, la que está con usted es la tutora; yo como le voy a... y yo se lo juro que yo no voy a dejar de darle algo a mi mamá por ir a darle a mi tía. Primero mi mamá, en cada quincena es primero mi mamá, yo a mi mamá es llevarla a comer, mami vámonos a una cosa, mami vámonos a la otra, y también la trato de disipar porque ella mantiene tan aburrida por la muerte de mi papá, entonces es como eso, yo mami vámonos por ahí, ahh vámonos para el concierto este fin de semana, o sea, trato pues como de disiparla... obviamente la tengo en mente, porque cuando yo tengo novio, yo la llamo y le digo: mami yo hoy no voy a amanecer para que le diga a mi tía que no voy a llegar a la casa hoy sino que hoy voy a quedarme por fuera, entonces primero llamo a mi mamá y le cuento que es lo que yo voy a hacer y ya después llamo donde mi tía: yo no voy a llegar ya con todos los argumento que ay como le parece que es que ay que mi mamá me dijo que me daba permiso, si me hago entender... **obviamente ella es como una mamá**, yo en una quincena yo llego con toda mi quincena yo la voy y retiro o le doy la tarjeta: mami vaya y retire por favor... vamos esta tarde al centro, entonces yo sé que no hay deshonestidad de nada, es como usted y su mamá, normal. (Sofía)*

Cuando yo salí del programa, yo me quedé en el hogar tutor. Yo a ellos les cogí mucho cariño, y ellos igual a mí. Allí yo vi en ella mi segunda familia... ellos en toda parte me presentan como..., la abuela como la nieta, los hijos de ella como la sobrina y mi mamá como la hija y mi hermanito como la hermana, entonces como que, ve como que... me hicieron sentir como si yo fuera parte de la familia. Todavía vivo con ellos... y me voy y los dejo que se chiflan. (Camila)

Camila, enuncia la forma en que la construcción de nuevas relaciones “de familia”, le permitieron y permiten tejer algunas pertenencias y construir su vida no solo durante el programa hogar tutor sino incluso después de salir de él.

Desde este tipo de relaciones, el hogar tutor trasciende los compromisos, lógicas y discursos de la institucionalidad y en este espacio se tejen vinculaciones y compromisos afectivos que van más allá de la mediación económica e institucional del Estado.

Sin embargo, ¿qué pasa cuando el hogar tutor no se convierte en familia? Las experiencias vividas por Camila y Sofía no son la generalidad. El tránsito de los jóvenes en los espacios de la institucionalidad, no sólo se da entre diferentes modalidades (del ICBF), sino también entre distintos hogares, casas, familias, entre formas de vida que amplían o reducen las exigencias y dispositivos de la institucionalidad.

Los jóvenes, en medio de ellos continúan sus búsquedas. Lugares y relaciones que inspiran confianza, reconocimiento y apoyo parecen ser los que dan la posibilidad a una nueva experiencia de pertenencia, aunque para algunos puede durar hasta tanto otro cambio, otro viaje, otro destino emerja en sus vidas.

Simón logra tejer pertenencias en uno de los centros cerrados de atención del ICBF. En algunos de los relatos ya enunciados, Simón resalta frente a la pérdida que le implicaría la salida de este programa: *“Es que el padre era como mi papá, “Es que el*

CAE era mi hogar". El nacimiento de la pertenencia, Simón lo enuncia con la posibilidad de sentirse acogido y en confianza desde su llegada al CAE:

Fue difícil en ese CAE hasta que llegó un padre que es el director... fue una de las personas con que yo hablé primero, él me dio la confianza, una buena amistad, hasta se convirtió en mi padrino... él me bautizó allá en el Centro (Simón).

Esta pertenencia no se presenta por lo que la institucionalidad da u ofrece. Tanto Simón como Camila y Sofía, valoran la experiencia de ser reconocidos, de construir confianza y sentirse acogidos, por otros, en un principio extraños, pero con quienes las relaciones construidas parece permitirles encontrar o construir familia.

Así, la familia se amplía. Ya no sólo hace referencia a la del origen, a la biológica sino al lugar del afecto, al nicho, al lugar y espacio en donde tejen confianza, oportunidades para SER.

Ahora, para ellos, jóvenes adultos también se abren nuevas posibilidades en la construcción de relaciones de pareja y familias de procreación. Empiezan a pensarse y a abrirse a nuevas experiencias de familia que permitan reconstruir con otros esa experiencia del pasado. A estas experiencias, transitan poco a poco, aunque con cautela y cierta desconfianza. En muchas de estas relaciones nuevamente se tejen sujeciones, dependencias, violencias; en otras logran encontrar mayor estabilidad y confianza pero con la cautela de no revelar el pasado que pueda poner en riesgo una aparente aceptación.

en las relaciones cercanas, ¡a no! Pues cuando empiezan a preguntar, yo les digo: "si me quieren, me quieren como soy y como ven acá, no me pregunten de más" si quieren saber más ya chao... Creo que sólo a un novio hace un tiempo le conté, pero porque se dio cuenta. Porque yo duré 5 años con él, y él trabajaba como con la ACR en otra ciudad...yo no sé, la cosa es que trabajaba con algo que tenía que ver con los desvinculados y por allá vio mi nombre en un archivo, me llamó y me preguntó, entonces yo le dije que debía ser otra persona y él me dijo "nooo", entonces "nada, ya sabe, ¿por qué me pregunta?" le dije yo... duró bravo como tres, cuatro días y ya pues,

después de tener abierto el archivo, ya tenía mi historia, para que me pregunta si ya la sabe... y ya... pues igual las cosas cambiaron desde ahí... (Camila)

Con mi pareja tampoco ha habido dificultades frente a eso [ser excombatiente]. Pues claro, él sí sabía porque era mi profesor de cocina. Él sabía, aunque yo no voy a negar, muchas veces él me lo restregó de decirme esta guerrillera o cosas como así; eran cosas muy fuertes pero yo le decía usted se metió conmigo hermano entonces qué vamos hacer... ¿sí me hago entender?... era como eso. (Sofía)

Muchas veces [el compañero] me lo decía cuando nos sentábamos a conversar por la noche porque él fue suboficial del Ejército, entonces decía: “en ese tiempo yo no estaba si quiera detrás de usted”, quiere decir que no nos estaba persiguiendo, entonces se ponía a decir y yo le decía no pregunte cosas personales porque eso es vida íntima entonces no... pero sí era como muy incómodo pero él me aceptaba tal y como era pero en ese sentido no hubo ningún problema, él siempre estuvo ahí como apoyándome. Preferíamos no tocar el tema. Yo nunca le preguntaba a él ni dejaba que me preguntara, inmediatamente él me iba a preguntar tapamos el tema, le cambiaba de conversación como que, ahh entonces que vamos a hacer hoy, o sea como que no lo tocábamos a fondo. (Sofía)

Realmente y de corazón que yo pudiera devolver el tiempo no cometería esa calaverada [renunciar al programa]... porque yo salí perdidamente enamorada que fue como lo más tonto que yo pude haber como cometido... que yo salí enamorada, que me iba a ir muy bien porque era una persona mayor que yo, que me llevaba como 28 años. Entonces, yo no mejor dicho, yo enamorada... pues no, no las cosas como que no, no me salieron como yo quería que me salieran, pero igual son las experiencias como que se aprende... (Sofía)

Nuevamente, experiencias contradictorias, paradójicas, jóvenes excombatientes, se debaten entre la exposición o el ocultamiento, la confianza y la desconfianza, entre una identidad que se reconstruye o que se repliega. Van ensayando posibilidades de relación en las que, con el tiempo y según el resultado de cada experiencia evalúan y se arriesgan a una nueva experiencia, no sin el temor, la inquietud y una persistente lucha por sobrevivir a los estigmas que puede revelar o traer el pasado.

**CAMINANDO POR EL LIMBO DEL VIVIR
Y MORIR EN EL DECIR**

Narraciones después de la guerra¹⁰...

“eso, el sentido o el sinsentido, es algo que tiene que ver con las palabras. Y, por tanto, también tienen que ver con las palabras, el modo como nos colocamos ante nosotros mismos, ante los otros, y ante el mundo en el que vivimos. Y el modo como actuamos en relación a todo eso” (Larrosa, 2003b, p.166).

Este camino está mediado por la reflexión. Hace algunos años deseamos comprender las maneras como se configuran las experiencias y las subjetividades de tres jóvenes excombatientes en Colombia. Partimos de sus narraciones y de sus esfuerzos por *aparecer* y *volver a ser* en el mundo de la vida. No teníamos más opción que buscar en el fondo de las narrativas, en la densidad de los encuentros y en la profundidad de las conversaciones, el sentido de sí mismos.

Caminamos para expandir el horizonte de reflexión en torno a las tensiones que estos jóvenes excombatientes enfrentan al momento de aparecer en la esfera pública, re-incorporarse a las formas de vida civil, instalarse en hábitos no guerreros y suspender sus inscripciones en el tejido simbólico beligerante que dotaba de sentido y de lenguaje sus experiencias.

Caminamos hacia el reconocimiento del difícil tránsito de la condición de *combatiente* a la de *ciudadano* situados en el ámbito del *decir*, del hecho narrativo que configura y hace posible una natalidad no beligerante, un segundo nacimiento afuera de las trincheras y adentro de la ciudad.

Sin embargo, en una sociedad en la que todavía no estamos preparados para escuchar al otro y su pasado guerrero, nacer y aparecer en el ágora no basta si se tiene que callar.

¹⁰ Este capítulo, hizo parte de un artículo denominado “Vivir y morir en el decir, narraciones después de la guerra”, construido en co-autoría con el tutor de la investigación, el Dr. Jaime Pineda y enviado a la revista Eleuthera (vol. 11) de la Universidad de Caldas.

Finalmente, es este un esfuerzo por participar de las múltiples fisuras que se abren en el espacio y el tiempo después de la guerra. La fisura que nos inquieta está en el doble acontecimiento del *vivir y morir en el decir*.

Cuando la palabra se torna imposible...

Transformar la experiencia en un hecho narrativo, convertir las vivencias en palabras, hacer de las huellas de una vida una gesta en el lenguaje; es este nuestro punto de partida y al mismo tiempo un momento más en el camino que hemos emprendido; un hallazgo preliminar en una aventura investigativa que transita por los signos de la narración después de la guerra.

De este primer indicio nos inquietan las posibilidades que tiene la experiencia en el *decir*, en el contar, en el comunicar. Nos preguntamos: *¿es toda experiencia susceptible de ser y aparecer en el lenguaje?*

Ludwig Wittgenstein (2008) afirmaba que el lenguaje es público, que es imposible pensar éste en el ámbito de lo privado. Sin embargo, nosotros sentimos que existen algunas experiencias que al transformarse en lenguaje no pueden aparecer en la esfera pública, salvo que quién hable esté dispuesto a soportar una negación de sí, una marginación, una exclusión, una muerte social; porque quien escucha no siempre está dispuesto a reconocer que la vida del otro, su experiencia en el lenguaje, proviene, emerge o procede de la guerra.

Cuando se trata de una vida cuya trayectoria ha estado enmarcada en las dinámicas de la guerra, cuando la vida es la historia de un guerrero, cuando las experiencias son las de un combatiente, y la esperanza es interpelada por la inminencia de la muerte, las palabras no bastan, los recuerdos no siempre se encuentran en el habla, el pasado no encuentra fluir en el hablar. En ocasiones, cuando la experiencia es guerrera, no es fácil encontrar un lenguaje para nombrarla.

Difícil búsqueda, extraña circunstancia: alguien intenta convertir su pasado guerrero en un recuerdo narrado para un presente excombatiente. Narrar y darse a otros es la condición para compartir la vida, para aparecer en la esfera pública, para

inscribirse en la pluralidad humana. Era de esta inmersión de la que hablaba Hannah Arendt (2005) cuando se refería a la Condición Humana:

Si la acción como comienzo corresponde al hecho de nacer, si es la realización de la condición humana de la natalidad, entonces el discurso corresponde al hecho de la distinción y es la realización de la condición humana de la pluralidad, es decir, de vivir como ser distinto y único entre iguales. (Arendt, 2005:202)

No se es humano si no se está en la pluralidad, y en ésta se aparece, se *nace*, sumergido en una poética de la natalidad atravesada por las palabras. Pero aquel que aparece entre los hombres (*inter homine esse*) se tiene que mostrar en el acto narrativo de su propio pasado. Sin una narración de lo que se ha sido no es posible comparecer ante el presente de lo que se es.

La historia es ante todo un hecho tejido con palabras; a la manera de García Márquez *hay que vivir para contarla*, y de la vida sólo se tiene, no un recuerdo de lo que se fue, sino una narración de lo que se ha sido. Toda biografía es una narración de sí mismo, no existe otra manera, otro modo, otro camino para afirmar la identidad personal si no es en el ámbito de la identidad narrativa (Ricoeur, 2006). Esto significa que *yo soy* es al tiempo *yo narro*; *yo me doy* a otros en palabras, *yo soy* un relato, soy el pasado que guardan mis palabras, soy en el presente un testimonio de palabras, soy en el porvenir la palabra que vendrá.

Reinventando una extraordinaria afirmación de Derrida (2005), (*cada vez única, la palabra como el fin del mundo*), nosotros afirmamos, *cada vez única la palabra*, como las huellas, como el tono de una voz, como las grafías de una vida. *Cada vez única* como el sujeto que las porta, que habita en ellas, que se da por ellas.

Lo terrible de no poder vivir entre palabras que se expresen en el ágora, que le permitan a alguien aparecer en la esfera pública, reside en la imposibilidad misma

de ser. Si no es posible la palabra de sí, tampoco es posible ser. Si la identidad personal es identidad narrativa, y la narración necesita, reclama y demanda de unas condiciones de posibilidad, cuando éstas no se dan, aparecen *sujetos sin identidad*, no porque no sepan quiénes son, sino porque no pueden decirlo. Sujetos anónimos porque no hay quien los nombre; sujetos sin rostro porque no hay quien los mire, que existen como personajes beckettianos, *boca arriba en la oscuridad* esperando una voz, lejana, tenue, que diga “*allí estoy, solo, boca arriba en la oscuridad*” (Beckett, 1990:18).

Si no es mi voz, no soy nada. *No soy* significa *no soy ante otro*. El sí mismo, la subjetividad, sólo es posible en la correlación con el otro, en la intersubjetividad. Si los vínculos, los lazos, las coligaciones, las responsabilidades, las obligaciones, el estar ligado a otros no se da en el ámbito (en el medio) o en las mediaciones de las palabras, sólo queda la habitación vacía de la que hablaba Melville cuando sus personajes salían a buscarse en el interior del sí mismo. Saber algo de sí mismo sólo es posible en el correlato de otros; toda existencia está condicionada por la alteridad, y en ésta, *yo soy otro*.

De las antiguas sentencias de los filósofos griegos (navegantes de un mediterráneo exuberante y pletórico), a las construcciones conceptuales de los filósofos materialistas del siglo XIX (vagabundos en un paisaje industrial, humeante y hambriento), se ha sostenido que el *ser* es social, es entre otros, está con otros, no vive aislado, no se da en una soledad absoluta.

Del ágora al taller, el *ser* siempre se traduce como un *ser-con-otros*. Este vínculo lo garantizan las palabras como lo pensaba Jorge Luis Borges (2005), porque “*las palabras son los símbolos de recuerdos compartidos*” que nos coligan con los otros.

¿Puede la palabra dar cuenta de lo que pasó, de lo que fue, incluso de lo que no fue o lo que dejó de ser? Nos preguntamos si es posible narrar las experiencias atravesadas por la guerra; incluso para hablar de aquello que dejamos de ser, de lo

que ya no somos, de lo que ya no será, de lo que alguna vez fue la única experiencia de ser, de lo único que garantizó la identidad.

Pero hay excepciones en el decir, hay voces, hay palabras, existen testimonios que encontraron la identidad personal, la consolidación de la subjetividad, el rostro, el oído atento, la mirada detenida y fija cuando de sus labios la guerra alcanzó el difícil, pero no imposible, registro de palabras. Hubo un tiempo para alguien (un joven excombatiente) en el que gracias a la guerra fue posible ser.

Ya sin armas, un excombatiente conquista su ser ante otros a partir de la enunciación de los hechos y recuerdos de la guerra. Para un joven excombatiente la historia del conflicto le ha dado la posibilidad de aparecer, de gestionarse, de nombrarse, de tener reconocimiento.

Situados en los días finales de los campos de batalla, en el ocaso y en la aurora que adviene al final de los días guerreros, nosotros nos preguntamos si estos pasados combatientes pueden narrarse y contarse a otros. Nos preguntamos si la experiencia de la guerra, única experiencia disponible en algunas historias de vida, puede aparecer entre palabras, puede ser testimonio del ser y evidencia de lo que se es. Un joven excombatiente es la excepción a una triste regla: Por lo general los excombatientes callan su pasado para poder sobrevivir en el espacio público.

Ocultos en el silencio de sus recuerdos inenunciables, lo común es vivir en el callar y morir en el decir. La confusión prima. En el fondo de la condición humana, siempre está la imposibilidad de recoger aquello que hay que callar, ocultar y olvidar.

En el limbo de la experiencia de la guerra, se es alguien y al mismo tiempo nadie. Entre los recuerdos de la identidad aparecen los horrores de la barbarie y la guerra se convierte en un límite, *¿dónde estoy? ¿Quién soy?* Se pregunta este joven excombatiente.

Podemos vivir desde el temor, desde la necesidad de contar, de narrar, de tener múltiples versiones del sí mismo para poder vivir en el presente. Sin embargo, el vínculo con un yo fisurado y mutilado por la guerra, sólo es posible reconocerlo si se convierte en experiencia narrativa. Aquí vuelve aparecer nuestra pregunta ¿es posible presentarse ante otros, ser reconocido como alguien, cuando del pasado no quedan sino las palabras, las narraciones, los cuentos de la guerra?

Miramos en la proximidad de una historia de vida y una etnografía del recuerdo la posibilidad de nombrarse junto a otros en la esfera pública. Alguien nos dice: “*Yo soy un excombatiente*”, ¿cómo ha sido recibido por los otros? Un joven excombatiente nos permite considerar la paradoja del *decir* excombatiente; en él la palabra es la única posibilidad de vivir y de aparecer ante los otros. Lo que nos narró, terminó por arrojarnos a la tensión de todo excombatiente: Si la palabra se torna imposible, la vida después de la guerra también se torna imposible. De esta imposibilidad nació una reflexión en torno a lo innombrable, esa experiencia excombatiente que parece condenada a afirmar la vida como guerra incluso cuando no se habita entre trincheras, ni se viste un uniforme.

La experiencia se torna innombrable...

La experiencia de la guerra ha terminado para muchos jóvenes combatientes. La militancia, la cadena de mando, las órdenes, los alistamientos para la batalla, las largas noches en la manigua, el tiempo de una vida amenazada por la inminencia de la muerte, empiezan a ser cosas del pasado. El uniforme y el fusil se han abandonado en los batallones. Sin el tejido inconsútil de un camuflado y sin el útil de la guerra, el cuerpo queda desnudo; desprovisto de sus significados originarios es necesario reasignar sentidos, hacerse a nuevos revestimientos.

Un ritual para un excombatiente es el revestimiento literal y metafórico de su cuerpo. Aparecer en el orden de la legalidad, en el espacio de la civilidad, en la arquitectura del Derecho, en los intersticios del Contrato Social, pasa por exhibir el cuerpo en ropa de civil. En la sociedad civil el cuerpo viste de civil. Pocos meses atrás se trataba a la *población civil* como un afuera, se hablaba de ellos. La identidad estaba anclada en el territorio de los alzados en armas. Los civiles son los otros, *nosotros* somos los guerreros, ¿ahora quiénes somos? En un límite difuso, el cuerpo se viste de civil pero los hábitos siguen estando atravesados por la *héxis* del guerrero.

En el mismo escenario, en caminos riales y senderos de bosque, en las riberas o las cimas de la cordillera, civiles y combatientes se cruzan y se reconocen por la mirada. La impresión que uno y otro dejan de sí mismos es la expresión de sus cuerpos, de sus vestidos, de sus instrumentos. Uniformes y armas hacen la diferencia. La entonación y la declinación de sus hábitos lingüísticos son comunes, los rostros también pasan desapercibidos, pero aquello con lo cual se posicionan en el mundo los hace radicalmente distintos.

Las armas no son azadones, labrar la tierra no es lo mismo que emboscar, minar, atrincherarse. Un combatiente es ante todo un cuerpo dispuesto para la guerra. La

desnudez se reviste para ocultarse y mimetizarse en la selva; en el mundo de civil, por el contrario, el cuerpo se viste para aparecer, exhibirse, mostrarse en el ágora.

Paradójicamente, para los jóvenes excombatientes, esta lógica se ha invertido. Ahora también es necesario mimetizarse en el mundo civil. Lejos de las montañas y de las trincheras, distantes de los campos de batalla y los campamentos de una tregua, los jóvenes excombatientes, en las calles, plazas, periferias o centros de una ciudad, también se mimetizan. Guardan sus recuerdos, los arrastran en silencio.

Los animales públicos que devienen en la urbe, quizá no están listos para la aparición pública y desarmada de un excombatiente. El lugar es radicalmente otro. Atrás quedaron los árboles, los ríos, las laderas, el pliegue entre el mundo campesino y una naturaleza que se convertía en hogar, en refugio, incluso en trinchera. Ahora, delante de sus pies y de sus ojos, el cemento que lo cubre todo, esa otra piel edificada sobre la naturaleza, también deviene trinchera. Nada ha cambiado, salvo el trino de las aves desplazado por el ruido de la ciudad. Advertimos una difícil inscripción del cuerpo excombatiente en la polis. Pero lo peor sucede cuando esta mimetización es también un acallamiento, un silenciamiento.

En el instante en que alguien se deshace de su condición guerrera, el Estado asoma para acoger al excombatiente, llevarlo hacia la vida civil, conducirlo hacia una nueva realidad, instalarlo en una espacialidad otra.

Un conjunto de dispositivos se encargan de reinscribir la desnudez absoluta del joven que ha perdido su mundo de referencias simbólicas e identitarias, para entretejerlo en una nueva textura de códigos, signos, palabras, incluso de gestos, movimientos y tonos. Se trata de dispositivos para rehacer el cuerpo, para reinventar lo que éste puede. Y como si se tratara de un retorno al Leviatán, el cuerpo desnudo, frágil y desértico, teme al poder del Estado, se somete, ha perdido la batalla, no es un prisionero de guerra, la ha dejado, decide re-incorporarse, hacerse incorpóreo,

re-aparecer. El afuera está esperando. Sin embargo, en estos dispositivos todo pasa bajo la figura de un atroz olvido.

No basta con otorgar por primera vez o restablecer de nuevo las titularidades jurídicas si se deja intacta la *héxis*, el carácter del guerrero: La investidura se pierde, los hábitos no. Al guerrero no sólo lo constituye y lo funda el instrumento de la guerra (las armas, el uniforme, la disciplina), al guerrero lo configuran sus hábitos. Parafraseando a Cicerón, “*O, tempora o mores*” (Oh tiempos, oh costumbres), nosotros decimos, *Oh guerreros, oh costumbres*.

El dispositivo del Leviatán organiza la transición, orienta el paso, guía la metamorfosis del cuerpo excombatiente. Después de dejar las armas se dispone de un hogar para acoger por un tiempo la frágil humanidad desprovista de beligerancia. El Hogar Tutor recrea el simulacro familiar después de la guerra. En el refugio del *oikos* el restablecimiento y la reincorporación inician el juego de las inscripciones; el excombatiente se enfrenta a los hábitos de la vida privada. A diferencia del campo de batalla donde la “familia”, lo “privado” y lo “íntimo” se realizan en un único escenario, en este simulacro todo parece ordenarse de nuevo. Se traslada el mando de la unidad guerrera a la unidad familiar-institucional. Los límites espaciales regresan a la vida cotidiana. El hogar es el adentro, el ágora es el afuera. Ahora de civil y en el ágora, el temor aumenta, la amenaza es el estigma, el silencio es la defensa, hablar, en ocasiones, es la muerte.

Pero ¿qué pasa cuando los Hogares Tutores llegan a su fin? ¿Qué pasa cuando la vida de un excombatiente se queda sin “tutor”? El simulacro de la protección llega a su final. Alguien oculto en una oficina pública decide que un excombatiente ya está preparado para emprender una vida sin el amparo del Leviatán. La mayoría de edad (no kantiana) define el instante en que se cruza el umbral. La trayectoria se torna diáfana: De la Guerra al Hogar, del Hogar al Ágora, y después ¿qué?

De repente un ciudadano excombatiente camina por la ciudad, sin rostro, sin palabra, sin recuerdos, sin nada... De repente un ciudadano excombatiente siente que la guerra no termina allí donde la palabra se torna posible y que la experiencia seguirá siendo lo innombrable, como él, como su pasado, como su posibilidad de volver a Ser... De repente aparecemos nosotros con el afán de comprender cómo habitan en él las palabras, como nacen en él las narraciones, cómo se reinventa el sí mismo en el lenguaje y no en las armas... De repente nosotros quedamos estupefactos por lo que nos cuentan, y decidimos escribir, contar tan sólo lo que parece un signo ineludible después de la guerra: al mismo tiempo se vive y se muere en el decir.

**CAMINANDO POR EL LIMBO DE LA
PERTENENCIA**

Después de la guerra, experiencias en tránsito...

La experiencia es lo que nos pasa, lo que nos acontece, o lo que nos llega. No lo que pasa, o lo que acontece o lo que llega, sino lo que nos pasa, o nos acontece, o nos llega. (Larrosa, 2013, p.168).

Algo nos acontece, algo se torna experiencia, algo nos pasa... Los jóvenes excombatientes se exponen desde sus historias de vida. Sus palabras y sus silencios en permanente tránsito, revelan las incertidumbres, los vacíos, las ausencias, las contingencias de todo lo que pasó después de desvincularse.

Siendo aún menores de edad, pasaron por la guerra, por la fuga, por la recepción, el control, el hogar tutor; pasaron por la selva, la calle, la casa, la plaza, sin saber muy bien quiénes son, que esperar de sí mismos, que esperar de los otros; conservando tan sólo sus palabras, esperando el acontecer de la narración.

Estas narraciones las realizaron hoy, en un mundo en el que ya son mayores de edad. Han pasado varios años después de que salieron de los grupos armados y de los programas de protección¹¹; en sus miradas se refleja el paso del tiempo, sus ojos ya no son expresión del asombro y la novedad de una nueva vida; en sus retinas se mimetiza el asfalto y el devenir cotidiano. La expectativa de dejar las armas se transforma en el deseo por enfrentar esta nueva batalla, el nuevo enemigo ya no surca los aires, ni cae del cielo, ahora brota desde sí mismos.

Al escucharlos, al transcribirlos, al leerlos, al recordarlos, al llorarlos, al reírlos, al amarlos, al abrazarlos; ora en la cercanía, ora en la distancia, encontramos distintos ritmos, matices, entonaciones. Sus palabras son como textos híbridos, espesos

¹¹ Los jóvenes participantes en esta investigación tienen, a finales de 2014, un promedio de 7 años de haber salido de las filas de los grupos armados.

gestos de la multiplicidad afectiva, agrietados, fisurados, buscando en cada tramo de palabras, en cada camino narrativo, la inefable unidad de la vida, el sentido.

Un sello particular habita en sus relatos y permite evidenciar formas particulares de comprender sus historias, después de varios tránsitos y situaciones de vida, dentro y fuera de la tutela del Estado.

Estas experiencias se sitúan y se construyen a partir del primer acontecimiento que ocurre y “*les pasa*” a niños y jóvenes que participaron de los grupos armados y salieron de estos, que es precisamente ese: ***La salida de la guerra.***

Este acontecimiento sucede por evasión, captura o entrega, pero en cualquiera de estas circunstancias, y sin desconocer lo que representa cada una de ellas, salir del grupo armado trae para jóvenes excombatientes cambios y rupturas, tránsitos y movilizaciones, subjetividades emergentes e identidades ausentes; amenazados por todas las voces que atraviesan sus circunstancias, trazan caminos para reconciliarse consigo mismos, con su historia, con sus familias, con la sociedad.

La salida empieza a configurar múltiples experiencias que tienen que ver con afrontar y vivir lo que implica romper con la guerra, dejar lo que ésta representó para ellos, lo que los hizo *ser* y empezar una vida distinta, una vida como civiles.

Hoy, mientras caminas por las calles de la ciudad, te podrías encontrar con Camila, Sofía, Simón y muchos otros jóvenes excombatientes, que viven la experiencia de empezar a reconocer todo lo que la guerra les significó, les marcó; que viven entre las huellas y las heridas de este difícil tránsito, donde pese a todo, el coraje con su existencia, el valor de sus gestas, el esfuerzo inagotable de sus sueños, la pulsión afectiva de su nicho vital, devela la grandeza y el heroísmo de estos jóvenes.

Dos experiencias atraviesan las vidas de estos jóvenes y marcan el recorrido vital en lo que se ha nombrado, desde las lecturas gubernamentales, como proceso de

Reintegración, el paso a la vida civil: **Reconocer la guerra como experiencia de ser alguien; y abandonar la guerra como experiencia de ser otro.**

Distintos interrogantes se abren en las vidas de estos jóvenes: ¿qué fue lo que sucedió en la guerra? ¿Cómo dejarla atrás? Se dejan atrás el arma, el uniforme, las botas, los compañeros, el grupo; pero ¿cómo dejar atrás todo lo que ella trajo y significó para sus vidas? ¿Cómo superar las heridas dejadas por ésta? ¿Cómo empezar una nueva vida? ¿Cómo vivir y sostener una vida no guerrera en el marco de los programas del Estado? ¿Intentar ser alguien fuera de ellos?

Estas preguntas, suscitadas en medio de sentimientos de incertidumbre, temor, esperanza, alegría, confusión, acompañan la vida de jóvenes excombatientes no por poco tiempo. Aunque el acontecimiento es uno, **la vida después de la guerra**, la experiencia de comprenderlo, de asumirlo y de afrontarlo no se vive con la inmediatez y la fugacidad que el desprendimiento físico del grupo armado pareciera tener.

Salir de la guerra, desprenderse de ella, no es una sola experiencia, ni es la misma para todos los jóvenes; pero se va realizando en tanto se transita por distintos escenarios y contextos, en tanto se van sosteniendo diversas relaciones que traen posibilidades y limitaciones para su elaboración.

Para efectos de comprender las experiencias de jóvenes excombatientes **después de la guerra**, caminamos sus palabras, transitamos sus narraciones, contemplamos las subjetividades emergentes, dándole tiempo a su aparición, a los balbuceos que de ellas brotaron.

Entre escenarios y contextos relacionales por los que transitaron jóvenes excombatientes, se fueron configurando, en sus relatos, acontecimientos que marcaron el devenir de sus vidas: La salida del grupo armado, el paso por los programas de protección del ICBF, el egreso de estos programas que marca el inicio

de la etapa de la vida independiente, la vida en sociedad y finalmente la búsqueda de libertad como experiencia común en sus vidas.

A partir de estos acontecimientos nos preguntamos ***qué les pasa, cómo les pasa, con quién les pasa***, cuáles son los efectos en sus vidas, en sus pensamientos y sentimientos, la ***influencia y el movimiento que tiene en la subjetividad***, en lo que ellos dicen de sí mismos, en la narración de identidad, en lo que han dejado de ser o en lo que vienen siendo; es decir, en cómo se constituyen las experiencias o en la imposibilidad de las mismas.

Tránsitos por el desprendimiento...

Lo que acontece no es solo un acontecimiento entre una serie discreta de acontecimientos, sino un acontecimiento en el curso de nuestra vida. (Larrosa, 2003c, p.614)

Para los jóvenes excombatientes salir del grupo armado es el inicio de una experiencia. En sus narraciones, este acontecimiento se revela como ruptura; el *continuum* de la vida se agrieta, se parte en dos. ¿Por qué? Se empieza a reconocer que lo vivido previamente fue importante, fue significativo, fue doloroso, marcó sus vidas, dejó huellas y los hizo ser otros.

Este reconocimiento no se da, conscientemente de forma inmediata al salir del grupo; pero la fuerza de este acontecimiento, los lleva a sentirlo, a experimentarlo en medio de confusiones y contradicciones, pues los desprende de la vida armada y los instala en una vida civil y en una lógica institucional; los aleja y los distancia del pasado conocido, del ámbito rural en el que vivieron y combatieron, del sentimiento de arraigo y pertenencia al grupo; pero a la vez, genera expectativas y esperanzas de libertad, de retorno a la vida familiar, de una vida tranquila, de una vida distinta a la armada.

Para comprender las implicaciones y las características de la experiencia que viven los jóvenes excombatientes, de darse cuenta de lo que implicó la guerra y de salir de ella, es necesario pensar ***qué les representó la vida en el grupo armado***; lo que la guerra significa y marca, y cómo se transforma en experiencia. Después será posible empezar a comprender cómo se configura la experiencia de dejarla y de ***reconocer qué es lo que se deja***, y los retos que en este proceso se afrontan, las implicaciones y los significados que estos jóvenes le atribuyen a la salida del grupo como experiencia de ruptura en la vida, de volver a la sociedad en medio de temores, incertidumbres, inquietudes y esperanzas.

La experiencia es aquello que traspasa la vida; no es un acontecimiento superficial, no es accidental, no se olvida, no es un gesto efímero, ni una impresión pasajera. La experiencia es algo que hace, nos hace, que deja huella, que marca una existencia. Si la experiencia es lo que *nos pasa*, siempre deja algo. La experiencia es evocación, es recuerdo, es conmemoración de lo que nos atraviesa y se aloja en nosotros. Recordamos aquello que nos pasa, recordamos aquello que al pasarnos, nos desgarró, nos atraviesa y, en este sentido, se mantiene en la experiencia de ser lo que somos, es decir, aporta a nuestra construcción.

La guerra es una experiencia que marca la vida de los jóvenes que la han vivido, es ruptura, es *antes, en y después* en su existencia. Configura las maneras de ser de los jóvenes, no sólo mientras participan de ésta, sino también cuando salen de las filas de los grupos armados y retornan a la vida civil. Muchas experiencias marcan la vida, pero la guerra es una experiencia que se convierte en hito, en acontecimiento decisivo: ***Después de hacer parte de la guerra, como combatiente, no se es el mismo***; es imposible serlo porque la guerra deja una profunda huella, una huella que no desaparece en la vida, que continúa en el tiempo y en lo que los jóvenes valoran, elaboran sobre sí o reconfiguran de sus vidas aún después de dejarla; es decir, ***la guerra se constituye en experiencia***.

A nosotros siempre nos preocupó la manera como esto se transformó en huella; y en los momentos en los cuales aparecía la pregunta, escaseaban las palabras, y paradójicamente sólo en ellas podía encontrar un lugar nuestro tránsito, junto al de ellos: ***¿cómo se convierte la guerra en experiencia en las vidas de jóvenes excombatientes?***

En contextos de conflicto armado en nuestro país, generalmente en escenarios rurales, la vinculación de niños y jóvenes no es sorprendente, es común y para algunos, hasta esperada.

La mayoría de estos contextos, además de estar permeados por las lógicas del conflicto armado y las acciones de guerra, están caracterizados por condiciones de pobreza, inequidades, carencia de oportunidades, ausencia o presencia débil del Estado, dificultades en las relaciones familiares (abuso, abandono, desprotección), violencias múltiples y la atracción por modelos guerreros, entre otros factores que llevan a la vinculación de jóvenes como una respuesta, una alternativa a los tiempos de precariedad. Camila es un testimonio de esta ontología del absurdo:

Cuando yo digo que estuve, es porque, vinculada con uniforme y cargando un arma estuve año y medio desde los 14 años, pero desde los nueve años yo trabajaba como informante de ello; entonces ellos eran mis compañeros de juego, ellos eran todo... Sí, porque en parte, cuando no estaba mi mamá, ellos eran los que estaban pendientes de mí, eran los que me pagaban el colegio, ellos eran los que hacían todo por mí, entonces casi... siempre estuve con ellos. (Camila)

Permeados por los contextos de conflicto armado, niños y jóvenes ven la guerra, sueñan con la guerra, juegan a la guerra, viven en medio de la guerra; los combatientes de la guerra son sus interlocutores, sus compañeros –como en el caso de Camila- y en muchas ocasiones son la única ley e incluso hasta sus héroes.

¿Qué podemos esperar de un país en el que los niños y jóvenes ven en la guerra una opción de vida? Muchas son las circunstancias y los acontecimientos personales, familiares y sociales, que se entrecruzan para motivar u obligar, finalmente, el enrolamiento de un joven a un grupo armado, pero esto se da principalmente porque han vivido en contextos de conflicto, porque la guerra se presenta como una opción y los actores armados se han ocupado de que así sea con distintas tácticas de seducción y la instauración de órdenes de facto atravesados por la lógica de la vida armada.

Las acciones de guerra han hecho parte de las formas que influyen en la configuración de las vidas de los jóvenes y de las relaciones en sus contextos de

procedencia. En las narraciones de Simón y Camila, quedan al desnudo estas circunstancias:

A los 10 años, fue la primera vez que yo hice llorar a mi abuelita porque le dije que ya me había cansado de aguantar hambre y que me mantuvieran llevando para el monte a cargar plátano. Entonces yo le dije que cuando estuviera más grande me metía a la guerrilla para que nadie nos humillara y vengarme de todos los que me pegaban. (Simón)

Yo estuve vinculada a las FARC en S..., ya metida de lleno, de lleno, como desde los 14 años... porque antes estuve con mi papá, desde que se murió mi mamá (cuando tenía 6 años) y todo eso... (Sofía)

Las historias, que hoy narran los jóvenes sobre esta parte de sus vidas, no son más que la evidencia de la proximidad entre existencia y guerra. De esta forma, la vinculación a la guerra (incluso en los que es aparentemente “voluntaria”¹²), es una respuesta a las condiciones de vida de las que quieren salir, las que quieren cambiar, en las que no quieren participar; implica una búsqueda de los jóvenes en la transformación de sus vidas.

Los jóvenes tejen ideas y significados alrededor de lo que el grupo les puede representar (poder, reconocimiento, respeto, medios de subsistencia) en comparación con sus actuales condiciones de vida, atravesadas por situaciones de maltrato, rupturas familiares, abandono o falta de protección de la familia de origen, pobreza, violencias.

Ya en la guerra, son investidos de combatientes, entrenados para la batalla; revestidos de guerreros encontraron algo de lo que estaban buscando. La guerrilla

¹² Distintos autores han discutido sobre la posibilidad de nombrar o caracterizar el ingreso de niñas, niños y jóvenes que no fueron reclutados forzosamente sino que se enrolan en la guerra. Se reconoce que no es una decisión “voluntaria” en toda la dimensión del término. Desde esta investigación, se asume el planteamiento del grupo de Memoria Histórica, 2013 que plantea que “el orden violento en el que se produce el reclutamiento ilícito elimina cualquier consideración sobre éste como un acto voluntario y consensuado. Estos niños y niñas son reclutados, retenidos y obligados a convertirse en victimarios. No tienen derecho a abandonar las filas ni a expresar sus opiniones”. Sin embargo, se reconoce su vinculación como una búsqueda de transformar sus condiciones de vida.

para Camila, no sólo era “el grupo armado”. Implicó una vinculación no sólo física, sino emocional; la guerrilla jugó un papel protagónico en su crianza; allí nació la relación con ellos y luego se consolidó en el marco de la vida como combatiente.

Cuando yo digo que estuve, es porque, vinculada con uniforme y cargando un arma estuve año y medio desde los 14 años, pero desde los nueve años yo trabajaba como informante de ello; entonces ellos eran mis compañeros de juego, ellos eran todo... Sí, porque en parte, cuando no estaba mi mamá, ellos eran los que estaban pendientes de mí, eran los que me pagaban el colegio, ellos eran los que hacían todo por mí, entonces casi... siempre estuve con ellos. (Camila)

Camila habla desde su pasado, se nombra como combatiente, como una persona hecha, formada por el grupo. Habla desde el sentimiento de arraigo más complejo que constituye la identidad de alguien, y en este subsume todo el sistema de sus representaciones: “ellos eran todo”, “ellos eran los que hacían todo por mí”. El grupo dio sentido y pertenencia a lo que ella era, los compañeros armados representaron su familia, entretejieron sus vínculos, posibilitaron un lugar en el que ella era alguien para otros.

Camila habla desde los recuerdos de ser niña, habla de quienes la acompañaron, de quienes representaron su familia, su grupo de referencia, quienes la protegieron, la vieron y la ayudaron a crecer: “ellos”. Incluso son “ellos”, quienes se hacen cargo de las condiciones materiales y espirituales de existencia, de los imaginarios, ideales y proyecciones de los jóvenes rurales; la guerrilla se hizo cargo de todo aquello que ni la familia ni el Estado lograron suplir.

Lo que *le pasó* a Camila con el grupo armado, también les sucedió a jóvenes como Simón:

Cuando yo llegué al grupo, yo ya conocía al comandante, él me había prometido que me iba a dar la mejor vida, que nunca me iba a pasar nada... pues yo dije, en el caserío

no hago nada, entonces me fui... Él era como un papá para mí... hasta que lo mataron yo siempre estuve fiel a él y él me cumplió a mí. (Simón)

En los intersticios del testimonio de Simón, sólo es posible reconocer la experiencia desde los sentidos que los jóvenes tejen en la narración de sus historias de vida. Como afirma Larrosa (2003c), “el sentido de quién somos, depende las historias que contamos y que nos contamos” (p.607).

Las historias que narran jóvenes excombatientes, hablan de cómo su participación en el grupo armado los atraviesa afectivamente, tejer vínculos, pertenencias, ser alguien para otros, contar con alguien que los protegiera, que asumiera su cuidado. Parecieran encontrar aceptación, reconocimiento y respeto que por las condiciones de vida de sus familias, de sus contextos de origen y las dinámicas sociales, tal vez no encontraron.

Irme para el grupo, fue más como un escape, porque yo no sé, tuve muchos problemas con mi hermanita y mi mamá, fue algo muy difícil, entonces normalmente nosotras nos la pasábamos peleando nunca nos comprendíamos, yo normalmente casi nunca viví con ellos, normalmente hacía otras cosas o me iba a estudiar a otra parte, me iba para donde mis tíos o hacia otras cosas, porque siempre pelee con mi hermanita, yo decía que ella era adoptada, entonces pasábamos como una situación y fue un escape, me invitaron por allá cuando yo fui de vacaciones por allá donde vivían mis papás, fue algo muy difícil, me invitaban los del grupo y yo decía que no, y finalmente dije que sí, que si me quería ir, fue más como un escape, de huir de todas las situaciones difíciles, como el rechazo de mi mamá, entonces fue algo muy difícil, entonces por eso casi nunca cuento eso. (Esperanza)

“...de pronto saqué valor y le dije que me quería ir con ellos (...) se me acercó el comandante y me dijo, “¿se quiere ir con nosotros?” yo le dije “sí”, me preguntó “¿por qué?” le dije, “no tengo familia, estoy aburrido de estar sólo y quiero ser importante” (...), entonces dijo: “usted está resignado a aguantar hambre, frío, dolores, regaños, sanciones, madrazos, matar, mejor dicho todo lo malo que puede existir en este mundo”, yo un poco nervioso por dentro, le dije “sí”. Me dijo, “bienvenido... encontró una familia grandecita”. (Santiago L., 2007, p.43)

Valentía, responsabilidad, obediencia y lealtad son representaciones simbólicas que emergen cuando están vinculados al grupo armado. La alteridad es un mecanismo de adhesión y pertenencia; en un contexto donde los lazos con los otros están rotos, la guerrilla es paradójicamente, el lugar ideal para construir otredad. El grupo es protector porque hacer parte de él, es encontrar, en quien ostenta el poder de las armas, un cuidado que difumina la individualidad del abrigo en la unidad de la colectividad.

Para los jóvenes, a nivel personal, esto les implica revestirse y convertirse en combatientes, hecho que hace parte fundamental de la experiencia de la guerra. El arma, el camuflado, las botas, el nombre de guerra (el alias), la pertenencia al grupo, donan de poder la vida de los combatientes; inspirar respeto, hace parte de lo que niños y jóvenes ganan con el ingreso al grupo armado. Camila, Simón y Santiago L. develan esta construcción simbólica del poder y la protección:

Usted con un uniforme, con un arma, usted se siente poderoso, así sea como un soldado ahí, de los más rasos, pero a usted lo ven con un arma y con un uniforme, entonces usted ya manda, entonces es como el respeto que uno aspira de las demás personas. (Camila)

Relato de Santiago L... de la emoción de sentirse en uno de los "grupos terroristas más importantes y más buscados"

A los 8 años yo jugaba con un arma de madera al escondite, yo era el comandante del juego. Todo un año de juego me dañó la mente y me llevó a pensar y a soñar una cosa real y a vengarme de todos los que me pegaban... A ellos les hacía dar rabia con mi amenaza hacia ellos, pues yo les decía que cuando tuviera mi arma real no me iban a volver a pegar porque los mataba a todos... (Simón)

Este es uno de los aspectos más relevantes que va configurando la experiencia de guerra como aquella que les permite a estos jóvenes, devenir guerreros. Estando en la guerra, los jóvenes sienten que suspenden la condición de vulnerabilidad, huyen del maltrato y encuentran formas de reconocimiento, tan ausente en sus contextos familiares y sociales.

La experiencia en la guerra *les pasa*, en tanto los convierte en guerreros, les permite ser; aparece entonces una identidad asignada; el grupo armado con todo su andamiaje los reviste de las dotaciones simbólicas y físicas para hacerlos guerreros, y ellos proyectan en el grupo el deseo de ser; podríamos decir, que eso que pasa por los jóvenes, es un **QUERER SER** que van encontrando en la experiencia de la vida armada.

Ser sujetos de la guerra, pasa por sentirse poderosos, capaces, reconocidos, fuertes; sujetos a los que nada les duele. En su lenguaje, entre palabras y gestos, proyectan fuerza y superioridad sobre los civiles.

Sin embargo, la guerra no solo reviste de poder, no se queda en ello; ser combatientes también los pone de cara al horror, esto es otra de las cosas que *les pasa* y los atraviesa: La guerra como una experiencia marcada por dolores/heridas, la espera de la muerte propia, las muertes ajenas, el riesgo de daño y la tarea de infringir daño, de acumular odios y rencores. Después de la emoción de los rituales de iniciación, se encuentran también con el peso de la rutina, los esfuerzos y sobreesfuerzos físicos, el cansancio, la nostalgia por la familia perdida, los castigos, la falta de libertad y de una vida tranquila. En medio de ello, como sujetos de la guerra deben pasar por ocultar, negar e incluso anestesiar temores, incertidumbres, cansancio, tristeza y dolor.

La paradoja de la guerra se hace carne en las vidas de jóvenes excombatientes que al salir de ella, se van encontrando de cara a los vestigios de la guerra.

Por todo ello, la guerra también destruye, deja fuertes impactos y huellas emocionales y físicas, daños en las vidas de los jóvenes, alteración de los vínculos con sus familias y con sus contextos de relación inmediata; la guerra niega y trunca expectativas de un futuro posible; la guerra nos arrebató el futuro.

Morir o matar, en el grupo uno no se preocupa por nada más. (Diario de Campo, conversación con egresados, 2013)

Yo estuve en el grupo, pero fuera del lado de donde yo perteneciera a la familia. Me sacaron de ahí para otro lado donde no estuviera junto a ellos, y no podía estar junto a ellos porque o sea, el hecho es que uno se mete a un grupo y no está junto a la familia. (Simón)

... solamente una pensaba hoy estoy vivo, mañana no sé, entonces uno solamente vivía el hoy y no pensaba en el mañana... porque allí usted se acuesta, mas no sabe si amanece vivo o amanece muerto, lo puede matar un mismo compañero, lo puede matar el ejército, pues uno no sabe. (Camila)

Es que usted allá no puede hacer nada, el que diga pues que estuvo en la guerrilla y que pidió permiso para ir a bailar, eso es una vil mentira, cierto, porque eso allá no se vive. (Sofía)

La guerra los enfrentó con múltiples formas de sometimiento, con la sensación continua de miedo e incertidumbre, con la negación de su condición de ser niños y jóvenes; la guerra somete la propia voluntad y la libertad en función de los intereses colectivos, produce y reproduce relaciones de desconfianza, frustración de futuro. Paradojas todas ellas que emergen como oxímoron de la alteridad que se revela en la narración. La guerra les dio y al mismo tiempo les quitó.

La guerra se convierte en una experiencia de paradojas “hace y deshace”, “forma” y “deforma”. **Paradójicamente**, la guerra destruye y limita las posibilidades de pensar por sí mismos, de decidir, de vivir en libertad, pero con todo esto, además contribuye a la configuración de lo que son hoy y de lo que no son, incluso algunos años después de haber salido de ella. Les dona de pensamiento, de acción, desata sus voluntades. La guerra ocupa un lugar significativo en la configuración de sus subjetividades; en lo que dicen que fueron y en lo que no dicen que son, en lo que dicen que desean ser y en la forma como se posicionan ante el mundo, ante las instituciones, ante las relaciones consigo mismos, con los otros y con lo otro.

La guerra como experiencia hizo y hace parte fundamental de su existencia, y como experiencia de paradoja se extiende en la vida después de salir de los grupos armados.

Tránsitos por el extrañamiento...

Yo creo que la vida del grupo armado terminó cuando yo llegué a B... Ahí ya empezó una nueva vida (...) era como que... la vida se partía en dos: dejaba la parte del conflicto a llegar acá otra vez quizás a seguir viviendo como una niña o ya a pensar como una persona madura, no sé (Camila).

Y, a veces, la experiencia, en tanto que desestabiliza, actualiza y hace emerger la pregunta por quien soy: pone en cuestión el sentido establecido de mí mismo (Larrosa, 2003c, 615).

La salida del grupo armado es un acontecimiento que desestabiliza, mueve, marca tránsitos y rupturas en la vida de los jóvenes excombatientes. A partir del momento de salir del grupo, ya no se puede ser el mismo. Todo habla de una manera diferente, las antiguas *pertenencias* se tornan extrañas, el vestido cambia, el lugar se fisura, las relaciones son otras, las expectativas se expanden y al mismo tiempo se estrechan, lo que es posible ser cambia de rumbo, de piel, de horizonte. Un joven excombatiente habita en el limbo de la pertenencia.

La salida marca de una forma distinta la experiencia de jóvenes excombatientes, pues interpela su construcción de identidad y la subjetividad esculpida en el pasado. Lo que *les pasa* a jóvenes excombatientes es que ya no pueden ser los mismos.

Paradójicamente, la fuerza de la salida va desatando una experiencia que quiere deshacer lo que son, lo que fueron; aparece otro ser y otro hacer que inevitablemente niega la existencia previa. Salir trae consigo empezar a reconocer el significado y el peso de la experiencia vivida que, por la lógica de la sobrevivencia en medio de la muerte, no tenía ni tiempo ni posibilidad de acontecer en el pensamiento y en la reflexión.

La guerra que se vivió día a día, como *hábitus*, como costumbre, ora por convicción, ora por imposición, ora por sobrevivencia, ya no es, ni puede ser lo propio. El arraigo se desvanece y el pasado es un fantasma en disolución. Así empieza el proceso de reconocer todo lo que la guerra representó y todo lo que implicó salir de ella.

Pero, ¿qué es lo que sucede con la salida de la guerra? ¿Qué es lo que trae este acontecimiento? ¿Desvincularse y “*entrar*” a una sociedad?

De la misma manera como la experiencia en la guerra les dio y les quitó, la salida de ésta y el retorno, que quizás también pudiera llamarse, ***ingreso forzado a la vida civil***, les quita y les da. Con la salida del grupo armado, en algunos casos se pierden “ganancias” y en otros, abandonar es ganancia.

En el primer caso, lo que se pierde es el arma, el camuflado, el grupo, el nombre de guerra (el alias), el poder, esa extraña palabra, condición de posibilidad del reconocimiento y el prestigio de ser un guerrero, alguien leal, en el estatus de la militancia, de la importancia; alguien con mayor posibilidad de defenderse y de defender a los suyos de las amenazas del contexto de guerra.

En el segundo caso es la protección y la tranquilidad, la posibilidad de recuperar y sanar las heridas; la oportunidad de reconstruir los vínculos con la familia, la esperanza de una vida en libertad, de un futuro abierto a nuevas formas de vida. Pese a ello, en este caso también se puede ganar la desesperanza, la desilusión, el nuevo presidio de la vida civil.

Perder poder y reconocimiento son de las experiencias que viven con mayor fuerza los jóvenes excombatientes que habían encontrado en la guerra la posibilidad de ser alguien y no más bien nada. Los motivos de ingreso al grupo armado, esa investidura que dona de identidad y subjetividad, con la salida se experimentan como una pérdida. ***La salida trae consigo la pérdida de la investidura guerrera.***

Dejar el arma, quitarse el camuflado, las botas, son los primeros signos del tránsito que están viviendo. Este hecho que se va viviendo y reconociendo con el tiempo. A la vez que representa desprenderse de parte de lo que se es, también representa tranquilidad, libertad y esperanza de recuperar o construir una vida propia.

En las narraciones, los jóvenes remarcan esta situación; al salir del grupo armado, la extraña libertad por la que luchaban, ahora les pertenece. Ésta se representa desde las cosas pequeñas y cotidianas de la vida, hasta la posibilidad de pensarse quiénes son y cómo ser otros distintos a los que la guerra les hizo ser.

Trayendo de nuevo la voz de Camila y las voces de Sofía y Simón, se logra entender lo que este tránsito representa e implica:

Yo creo que la vida del grupo armado terminó cuando yo llegué a B... Ahí ya empezó una nueva vida porque ya tenía que dejar esa mentalidad de haber pertenecido a un grupo... y tenía que meterme en la cabeza que estaba en la sociedad nuevamente y que tenía que seguir con un sueño y que tenía que cumplir algunas metas que de una u otra forma en el grupo armado no las podía cumplir... entonces era como que... la vida se partía en dos: dejaba la parte del conflicto a llegar acá otra vez quizás a seguir viviendo como una niña o ya a pensar como una persona madura, no sé. (Camila)

De haber salido del grupo armado a estar acá, es claro, obviamente más libertad. Usted puede encontrarse con otras personas porque usted en el grupo solo veía solamente a las personas con las que usted estaba y de pronto si salía al pueblo veía otro poquito de gente. Yo allá no podía tener un teléfono para estar hablando, yo allá no podía saludar a la otro normalito vamos este fin de semana a tomar, yo no podía hacer eso allá tenía que cumplir como con reglas... en todas partes hay reglas que unas más malucas que otras, pero obviamente hay una gran diferencia al salir: uno se siente libre, que uno puede andar por donde quiere andar sin miedo de que lo van a matar a uno, de que uno tiene que cumplir con reglamentos, de usted sentirse libre, normal, es que yo a nadie le debo nada por acá, eso significa mucha libertad y mucha diferencia. (Sofía)

Yo salí del grupo armado porque un día me agarraron a mí, el ejército. Eso fue muy... pues por un momento yo no me pensaba salir pues del grupo. Yo pensaba ya era de morir allá, pues yo no pensaba que me iban a dar la oportunidad de yo salir y me iban pues que me iban a sacarme de allá, hacer la vida por acá afuera. (Simón)

Es la salida del grupo armado el acontecimiento que permite que la guerra sea vista, significada o representada como un hito; de continuar en la guerra esto no hubiera sido posible. Por eso, la experiencia de salir de la guerra para jóvenes excombatientes, es dolorosa y compleja en un doble sentido: es *la experiencia de darse cuenta de que la guerra fue una experiencia para ellos* y, a su vez, *es vivir, día a día, la experiencia de dejarla*.

La experiencia de reconocer y afrontar que “*la vida se parte en dos*” nos arroja a nuevas preguntas: ¿cómo desprenderse de aquello que se hace propio, que tiene sentido, que le da piso a la vida? ¿Cómo dejar de ser los que han llegado a ser a través de la experiencia de la guerra? ¿Cómo abandonar aquellos otros y aquello otro que han configurado la experiencia? Entonces, ahora, ¿quiénes son? ¿Con quiénes son? ¿Quiénes son estos otros extraños que los hacen extraños? ¿Cómo viven este tránsito por el extrañamiento de sí mismos?

La guerra fue la experiencia determinante en la formación de la subjetividad, de ello se van dando cuenta los jóvenes excombatiente cuando la abandonan. Estando en la guerra, ésta no se piensa, en la guerra no hay opción, avasalla, hay que asumirla para no morir; hay que ser rápido, decidido, valiente, dispuesto y leal, se está en permanente acción, en estado de vigilia, de alerta, el enemigo acecha por todas partes.

Cuando ya no se está en la guerra, cuando ya no se tiene un arma, cuando no se viste un camuflado, cuando no se cuenta con el respaldo del grupo armado, cuando ya no se está sujeto a la jerarquía, cuando la disciplina y los roles del combatiente no son imposiciones diarias, cuando los compañeros de ayer pueden ser los enemigos hoy; la guerra se les revela en su complejidad, en su extrañamiento, en su paradoja.

La ruptura que genera la salida, trae un gesto de interrupción que permite que se empiece a configurar una experiencia donde se toma distancia de la vida beligerante y no queda más opción que *darse cuenta de que la guerra fue acontecimiento*.

Darse cuenta es un estado de la conciencia que aflora en la medida en que sus propias voces y muchas voces ajenas (del pasado y del presente) les hablan de ello. Al *darse cuenta*, las opciones de vida no se limitan a la inminencia del morir; ahora pueden resistirse a esta inminencia. El presente se torna así una experiencia abierta al futuro de lo desconocido. Para un combatiente el destino es la muerte, para un excombatiente el destino se difumina en el dejar de ser, después de intentar ser alguien. Esta *experiencia de salir de la guerra* interpela la *experiencia de ser guerrero*, y paradójicamente, es al mismo tiempo su condición de posibilidad.

Esta *experiencia* se construye en la medida que su pasado es interpelado, conocen y se acercan a otras formas de ser (encuentros y desencuentros con el Estado, sus familias, la vida en sociedad, las instituciones, los otros de su pasado), se cuestionan sus posiciones frente a la *experiencia* que hizo hito en sus vidas y frente a la forma en que están asumiendo, al mismo tiempo, la vida por fuera de ella.

Podríamos entonces decir que si la guerra se constituye en una experiencia, en “LA EXPERIENCIA”, por todo el significado que otorgó a la vida de los jóvenes excombatientes, en sus relatos se logra leer que de esas cosas *que les pasa*, que *los atraviesa*, *los forma* y *los deforma* es SALIR DE ELLA; configurarse ya no como “guerreros”, sino como “civiles” que “viven en sociedad”.

Y esta experiencia, tal vez sea la de más larga duración, la más constante y la que tal vez, ha de ser reconfigurada por el resto de sus vidas. Sin embargo, siempre cabe la posibilidad de retornar a la vía armada, ahora, cuando los años han esculpido el carácter de la vida civil, ajena a lo que fue su trayectoria inicial en el marco de sus familias y de sus comunidades de origen.

La experiencia de ingreso a la vida civil tiene que ver con *dejar atrás* lo que fue la experiencia de la guerra, decidir qué hacer con todo aquello que les significó, y volver a la civilidad, a la “vida en sociedad” como la nombraba Camila.

Esta experiencia implica afrontar muchas contradicciones entre lo que la guerra configuró a nivel personal, lo que representaba para ellos a nivel social, y con lo que puede llegar a representar ahora, en relación con los discursos sociales e institucionales que configuran sus vidas en el presente.

Lo que el grupo significó a nivel personal, esa capacidad de enfrentarse a la vida, de hacerse fuertes para asumir las dificultades, y a nivel social, recrear lazos de solidaridad, valor, amistad y pertenencia, por fuera del grupo armado adquieren otro sentido. Inmersos en la sociedad desarmada, la guerra representa muerte, destrucción; los combatientes son los enemigos, no tienen cabida, no tienen lugar en la vida juntos. Pero esas representaciones de lo que el grupo armado es y significa, ahora sólo emergen y se hacen evidentes cuando salen. Mucho de lo que es juzgado fuera del grupo, es celebrado en éste porque la osadía –contra el enemigo-, la lealtad al grupo y la obediencia ciega a las jerarquías son obligaciones inobjetables.

Salir implica que lo que era la lógica de guerrero, la vida en el grupo armado, se trastoque, se interpele. Aparecen o se reconocen nuevos lenguajes, extraños lenguajes, formas de vida distintas, vidas en ciudadanías que se posicionan para negar, cuestionar y, en el mejor de los casos, indagar sobre la experiencia vivida en tempos de la militancia.

¿Qué hacer con todo ello? Se generan confusiones y contradicciones, y al interior de éstas, surge la necesidad de realizar otras construcciones de sí mismos y de los otros, de la memoria y del recuerdo. La salida y lo que ella trae es el acontecimiento que interpela, es el que va haciendo a los jóvenes sujetos de la experiencia.

Tránsitos hacia sujetos de la experiencia...

El sujeto de la experiencia, no es, en primer lugar, un sujeto activo, sino que es un sujeto pasional, receptivo, abierto, expuesto. Lo que no quiere decir que es un sujeto pasivo, inactivo: de la pasión también se desprende una epistemología y una ética, tal vez incluso una política, seguramente una pedagogía (Larrosa, 2003a, 4).

Los jóvenes excombatientes ya no son sólo sujetos de acción, sino que adquieren el estatus de sujetos abiertos a la experiencia de que pasen otras cosas. *La salida*, suspende la lógica de la acción que se vivía en el grupo armado y trae opciones y posibilidades, que insistimos están atravesadas por la condición paradójica. Aquí los jóvenes excombatientes se ven abocados a convertirse en sujetos de experiencia, en donde tal vez de forma no muy consciente, sino que por la fuerza del acontecimiento "*la salida del grupo*" y por lo que éste interpela y posibilita, es que viven aquello que los atraviesa, les pasa, los va transformando. Además, la misma experiencia de la *salida* que trae esa pérdida de poder que los desnuda, los lleva a ser sujetos vulnerables, los *ex-pone*, no como una exposición deseada por ellos, sino como una exposición que los *pone* de cara a afrontar lo que les trae, lo que les llega, lo que les acontece.

Ser sujetos de experiencia, tiene que ver con otro acontecimiento significativo que ocurre con la *salida*. Ello, tiene que ver con dar cuenta de quiénes fueron y quiénes son, ante sí y ante otros, de lo que quieren o no seguir siendo, teniendo como punto de referencia, para nombrar u ocultar, su pertenencia a un grupo armado.

Es aquí cuando aparece la palabra, única posibilidad de aparecer en la vida social sin las armas. Desde que los jóvenes se desvinculan del grupo armado, empiezan a ser interrogados, indagados, interpelados. Se les pide dar cuenta de su pasado, de lo que fue su participación en la guerra. Inicialmente, estos relatos se realizan ante

autoridades militares y civiles, luego ante los profesionales y educadores que los reciben en las instituciones de protección a las que ingresan, también ante sus antiguos compañeros o enemigos de batalla, ante sus familias, ante otros que empiezan a hacer parte de sus vidas. A partir de *la salida*, los jóvenes aparecen en sus historias narradas, relatadas, expuestas para sí y para otros.

Esta es una nueva experiencia para los jóvenes. Los empieza a confrontar con lo sucedido, a tratar de dar sentido a lo pasado, encajar los hechos, los tiempos, los sentimientos que atravesaron la vivencia en la guerra. Esta experiencia habla en sus silencios, en sus rebeldías, en sus ausencias, se abre camino entre audiencias que padecen de autismo e indiferencia. Si el interlocutor no se presta para la escucha, para la lengua excombatiente, no hay posibilidad de dejar de ser, y el aparecer se torna frágil. .

La experiencia de *“salir de la guerra”* no es simple, no es sólo cuestión de “dejarla”. Esta implica tránsitos, se construye en escenarios diversos, con resultados esperados por otros, resultados anhelados por los jóvenes, temidos por ellos. La incertidumbre conquista el por-venir: vivir “en sociedad”, volver “a la sociedad”, retornar a donde antes no habían estado (lugar, tiempo, etapa de la vida, grupos relacionales, espacios,...), todo es incertidumbre, ese otro que se desea ser, se posterga, se aplaza. Entonces ¿Hacia dónde se transita? ¿Cómo se transita para ser otro?

Los sujetos de la experiencia en su lento y vertiginoso regreso a la sociedad, a la vida civil, se percatan de que en realidad es el extrañamiento lo que soporta este mundo, este tránsito hacia lo desconocido. Todo se torna extraño, incluso ellos mismos. Pasan del campo a la ciudad, de vivir los tiempos del presente y la vida del día a día, a la vida de la proyección al futuro; volver a la vida civil implica volver a la posición social “de la infancia”, de “la adolescencia”.

La pregunta que uno se hace es ¿cómo voy a llegar a defenderme en la ciudad?... las calles, los semáforos, el transporte, la tecnología... Lo más tecnológico que yo conocía era un celular. (Patricia)

Una de las cosas más difíciles, es hablar... la dificultad que uno tiene cuando llega para expresarse... uno no llega uno siendo el mejor orador sino hablando muy montañeramente... uno comienza a estudiar y empieza a caer en cuenta, escuchar a otras personas, me tocó irme puliendo poco a poco. (Juan)

Jóvenes excombatientes, en su experiencia de vida después de la guerra, se encuentran con la sorpresa de estar del lado enemigo; ahora el enemigo es el grupo, no tanto por su percepción, sino porque ahora, según las circunstancias de la desvinculación, los jóvenes pueden ser objetos de sospecha de delación, de traición. ¿Qué les pasa cuando el mapa de los afines y los enemigos se trastoca y se les reclama confianza para quienes ayer encarnaban el riesgo?

Dos vidas construidas a partir de la desconfianza, primero en el grupo como una estrategia para la supervivencia “en el campo de batalla”, y ahora parece que tuviera que perpetuarse como estrategia para la sobrevivencia “en la sociedad”.

Cuando uno sale del grupo y llega a la ciudad, sale con muchos temores... A uno le da miedo encontrarse con policías y soldados, le da miedo pensar en un re-encuentro con el grupo armado, por represalias o cosas así. (Juan)

(...) acá –en la vida civil-, ya no somos nada, somos común y corriente, según ellos –los soldados- son la ley, entonces muy duro, salimos perdiendo somos nosotros. (Camila)

Yo ya me acostumbré a esconder cosas de mi vida, y eso es como ya normal, antes si me daba mucho temor y muchas cosas, pero ya ahorita... ahh... antes me daba como miedo de que se den cuenta de lo que soy realmente y puedan pasar cosas, puedan lastimar a las personas, yo que sé, cosas por el estilo... miedo de que sepan... que pertenezco a, pues a un grupo, que hice parte de eso, y que estoy en un proceso de adaptación, y de... como se le dice, de superación pues. (Camila)

Las inquietudes radicales afloran, emergen desde el fondo de la existencia, trastornan la calma, alteran la experiencia: ¿y ahora qué hacer con el pasado? ¿Quién ser en el presente? Pareciera que lo que antes representó orgullo para ellos,

de acuerdo con los ideales del grupo, ahora desde los discursos sociales, tuviera que representar vergüenza, tuvieran que ocultarlo. En medio de los puntos de vista ajenos, los jóvenes excombatientes se preguntan ¿dónde está el propio? ¿Tendrá que ver con la experiencia de la desvinculación el preguntarse por ello?

**LA SALIDA: CAMINANDO EN EL LIMBO DE LA
EXPERIENCIA DESPUÉS DE LA GUERRA... como un
civil cualquiera**

La salida es una experiencia que rompe la idea de pertenencia y de perpetuidad en el grupo armado, por ello trae ruptura, reacomodaciones, interrogantes, incertidumbres, esperanzas, desilusiones, desencantos en las vidas de los jóvenes excombatientes; *la salida* es el acontecimiento que marca el sentido de dejar la guerra, pasar a la vida civil y reconfigurarse en estos tránsitos del **desprendimiento**, y el **extrañamiento** hasta convertirse en **sujetos de la experiencia**.

La salida es una experiencia que se extiende a los diferentes caminos recorridos por jóvenes que van configurando sus experiencias después de la guerra: *salir* del grupo armado al programa de protección; en el ICBF, *salir* de modalidades más cerradas a modalidades más abiertas; *salir* del ICBF a la vida independiente y a la ACR; *salir* “limpios” de la ACR a la vida en sociedad.

La salida configura experiencias de paradojas, de pérdidas y ganancias por todo lo que representó, en cada salida, la experiencia anterior y por lo que representa el presente excombatiente.

La salida rompe con la lógica de la acción que impone la guerra, (o que en su momento impone el programa) donde no hay lugar para la reflexión porque la inminencia de la muerte (o los dispositivos del control y el disciplinamiento) no permite esperar nada de la vida, la arrebató al pensamiento, le niega la posibilidad de ser en el futuro. Con *la salida* (del grupo y del programa) se recrea un gesto de discontinuidad que permite tomar distancia de la experiencia previa y donde puede abrirse una compuerta, una esperanza al por-venir, aún en medio de los temores anidados en las narraciones.

La salida, con la sensación y esperanza de libertad que genera a jóvenes excombatientes, posibilita una ventana a la reflexión. Inicialmente liminal, tal vez poco consciente, pero la fuerza de este acontecimiento y de lo que en él emerge, pone a los jóvenes de cara a su pasado, su presente y su porvenir. Invita a pensar quien se es, quien se quiere ser, quien se puede ser, con quien se quiere ser.

La salida es una vivencia del presente pero que mira al pasado y que se proyecta hacia el futuro. Bajo el telón de una contradicción, revela el pasado que hasta ese momento configuraba su vida, y los confronta con unas urgencias de vida en el presente y posibilidades de futuro. Se quiere retornar a lo conocido, a lo que dio piso, pero a la vez, se guardan esperanzas de una vida distinta.

La salida es esperanza de libertad. En sus narraciones, los jóvenes excombatientes reiteran la ilusión de la libertad después de la guerra. Sin embargo, es una libertad en escalamiento y en tensión con las experiencias que continuarán viviendo en el marco de las instituciones de protección y fuera de ellas.

La salida va implicando que, en el tiempo, jóvenes excombatientes vivan como sujetos de experiencia y encuentren algunas posibilidades para mirar, repensar, revisar, reconocer subjetividades-otras; abre un tiempo para la reflexión y aparece en ellos la palabra, en la posibilidad y casi en la imposición de dar cuenta de sí ante otros.

La salida parte del reconocimiento de que lo anterior fue experiencia, una vivencia significativa, aquello que marcó sus vidas y que impactó lo que son ahora y lo que serán. *Salir* juzga la experiencia propia, la previa y la actual; dispone a los jóvenes excombatientes a enfrentar nuevas contradicciones sobre LA GUERRA después de LA GUERRA.

Salir, marca las experiencias de vida civil que suceden mientras jóvenes excombatientes van caminando, en la medida que sus vidas transcurren en medio de acontecimientos en el limbo de la pertenencia: caminando en búsqueda de reconocimiento, de libertad, de lugares, relaciones y formas de Ser en sociedad, de pertenecer.

Salir, un acontecimiento que perpetúa el pasado en el presente; se deja el combate de las armas pero la *nueva experiencia*, abre la vida a nuevos combates: la sobrevivencia, la soledad, la discriminación, la falta de oportunidades, el dolor de un pasado que parece no tener eco en la *nueva sociedad* y, paradójicamente, en sus vidas en reconstrucción: la esperanza, la libertad y los sueños, apuestas por la vida, para sí y para otros, para el país.

Salir, último aliento experiencial, último registro vivencial de una vida con pasado combatiente; desenlace y punto de partida, hallazgo y pérdida, encuentro y desencuentro; *salir*, abrirse al mundo amarrado al pasado, trazo final de una narración que vive y muere en el limbo de la experiencia... **como un civil cualquiera.**

BIBLIOGRAFÍA

Arendt, Hannah. (2009). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.

Beckett, Samuel. (1990). *Compañía*. Barcelona: Anagrama.

Benjamin, Walter. (1991). *Para una crítica de la violencia y otros ensayos (Iluminaciones IV)*. Madrid: Taurus.

Borges, Jorge Luis. (2005). *Arte Poética*. Barcelona: Crítica.

Cifuentes, M.R. (2010). *Constitución discursiva de la identidad: relatos de niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado*. (Tesis de doctorado no publicada). Universidad del Valle, Cali.

Derrida, Jacques. (2005). *Cada vez única, el fin del mundo*. Valencia: Pretextos.

ICBF. (2010). *Lineamientos técnicos para el programa especializado y modalidades para la atención a niños, niñas y adolescentes que se desvinculan de grupos armados organizados al margen de la ley*. Bogotá, D.C, Colombia.

Kertész, I. (1999). *Un instante de silencio en el paredón*. Barcelona: Herder.

Lara, L.M. (2011). *Configuración de las subjetividades en el tránsito a la vida civil de jóvenes desmovilizados de las fuerzas armadas revolucionarias de Colombia-FARC*. Tesis doctoral. Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá D.C.

Larrosa, J. (2003a). "Algunas notas sobre la experiencia y sus lenguajes", Conferencia presentada en el Seminario internacional: la formación docente entre el siglo XIX y XX. Buenos Aires, Dirección Nacional de Gestión curricular y Formación docente. Ministerio de Educación de la

Nación. Serie "Encuentros y Seminarios" 1-11. Recuperado de http://www.me.gov.ar/curriform/publica/oei_20031128/ponencia_larrosa.pdf (10/10/2012)

_____. (2003b). "Experiencia y pasión". En: *Entre las lenguas. Lenguaje y educación después de Babel (165-178)*. Barcelona: Laertes.

_____. (2003c). "Narrativa, identidad y desidentificación". En: *La experiencia de la lectura: Estudios sobre literatura y formación. Nueva edición revisada y aumentada (p.607-628)*. Fondo de Cultura Económica: México. (2da edición)

_____. (2009a). "Experiencia y alteridad en educación". En: C. Skliar & J. Larrosa, (Comp.) *Experiencia y alteridad en educación (p.13-44)*. Buenos Aires: Homo Sapiens/FLACSO, Colección "Pensar la educación".

_____. (2009b). Veinte minutos en la fila. Sobre experiencia, relato y subjetividad en Imre Kertész. *Revista Actualidades pedagógicas, Julio - Diciembre(54)*, 55-68. Recuperado de <http://revistas.lasalle.edu.co/index.php/ap/article/view/950/857> (23/05/2014)

_____. (1995). Lectura, experiencia y formación (Entrevista por Alfredo J. da Veiga Neto). En: Asociación de Profesores de la Universidad de Antioquia (2007). *Lectiva, Diciembre(14)*, 29-44, Medellín: Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://asoprudea.org/component/k2/item/55-lectiva-no-14> (06/11/2014)

Lugo, V. (2014). *Guerreros desarmados. Narrativas con jóvenes excombatientes de Colombia*. (Tesis de doctorado no publicada). Tilburg University y Taos Institute, Países Bajos.

Molina, G.P. (2011). *La atención estatal a menores de edad desvinculados del conflicto armado: el Hogar José*. Tesis de grado para optar al título de Magister en Antropología Social. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

Moreno, M.A. (2009). Consideraciones sobre el paso a la vida civil de jóvenes desvinculados de grupos armados ilegales. *Revista científica Guillermo de Ockham7(2)*, 65-74. Recuperado de <http://investigaciones.usbcali.edu.co/ockham/imagenes/volumenes/Volumen7N2/V702-05GruposArmados.pdf> (24/10/2010)

Pieschacón, F., Melguizo, M. C. & González, P. (2006). *Estudio exploratorio de patrones culturales que contribuyen a la vinculación de niños, niñas y jóvenes a los grupos armados en Colombia*. Informe de investigación. Sin publicar. Bogotá: Alotropía.

Rethman, A. (2010). Condenados al silencio – jóvenes excombatientes en Colombia. (Axe XI, Symposium 40). *Independencias - Dependencias - Interdependencias*, VI Congreso CEISAL 2010, Toulouse, Francia. <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00503128/document> (13/03/2012)

Ricoeur, P. (2006). *El sí mismo como otro*. España: Siglo XXI.

Santiago L. (2007). *Nacido para triunfar. Testimonio de un adolescente desvinculado de un grupo armado ilegal*. Manizales: Editorial Universidad de Caldas.

Wittgenstein, Ludwig. (2008). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.